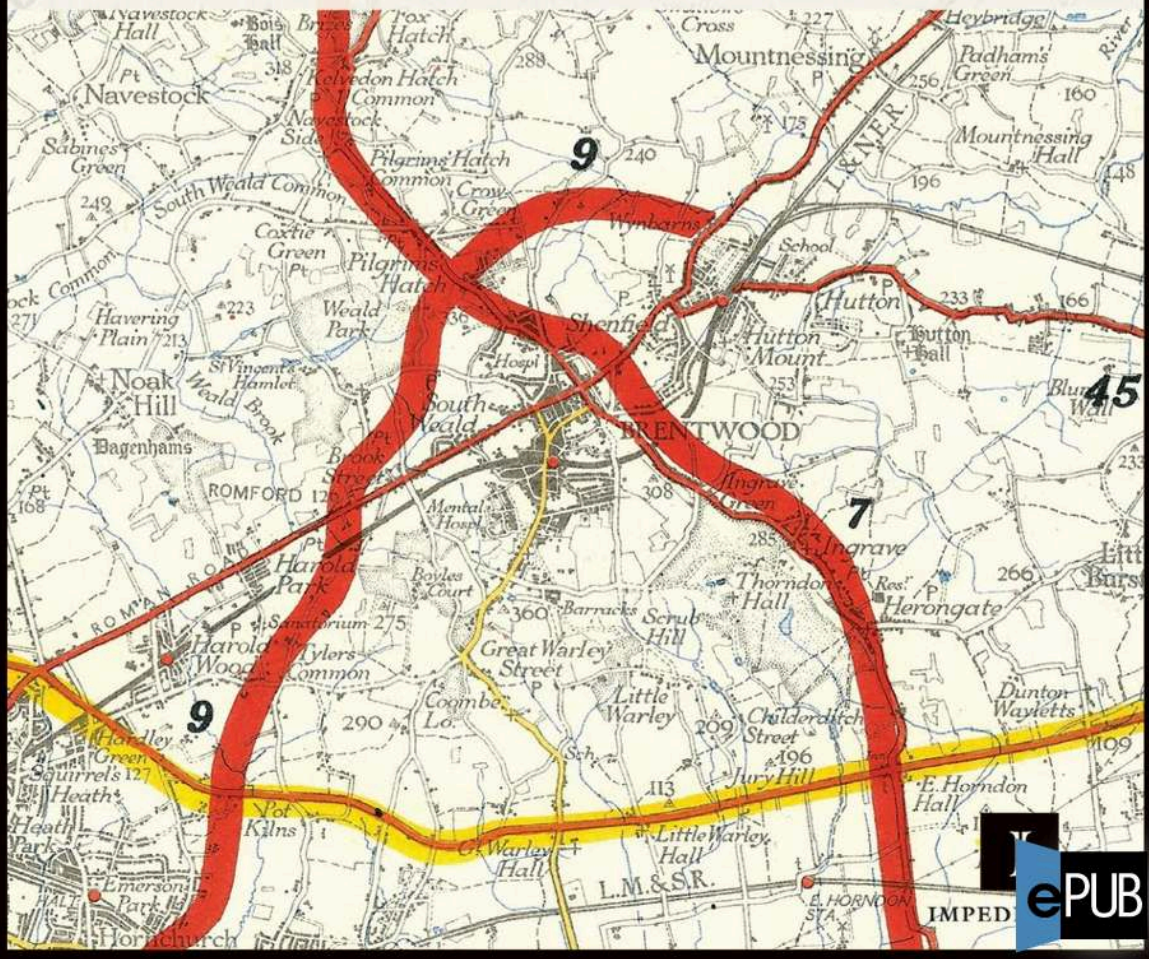
STANISŁAW LEM

La investigación



Gregory, un joven teniente de Scotland Yard, recibe el encargo de investigar una serie de extraños sucesos que tienen intrigada a la policía. De diversos puntos de la zona metropolitana de Londres llegan informes sobre cadáveres aparentemente resucitados que empiezan a levantarse y caminar, a vestirse y recorrer largas distancias antes de desaparecer sin dejar rastro. Nadie encuentra una explicación racional para lo sucedido, y lo que comienza siendo una anécdota intrascendente acabará convirtiéndose en una auténtica plaga. ¿Se trata realmente de muertos que vuelven a la vida? ¿Estamos ante un caso de ladrones de cuerpos? Pronto se hará evidente que el principal misterio no radica únicamente en la investigación en sí, sino en los efectos que los sucesos tienen sobre el propio lector.

Stanisław Lem nos seduce con una intriga policíaca de tintes filosóficos y metafísicos, en un Londres neblinoso y nocturno en que casi ninguna pregunta tiene respuesta.

eBooks con estilo

Stanislaw Lem

La investigación

ePUB v1.0
chungalitos 08.01.12

más libros en epubgratis.me

Título original: *Sledztwo*
Traducción: Jadwiga Maurizio
Primera edición de esta colección: octubre 2000
© 1959 by Stanislaw Lem
Ediciones B, S. A., 2000
ISBN: 84-663-0056-2

1

El anticuado ascensor, con dibujos de flores grabados en los cristales, ascendía lentamente. En cada rellano resonaba el acompasado chasquido de los contactos. Al fin se detuvo. Los cuatro hombres avanzaron por el pasillo bajo la luz de las lámparas, a pesar de ser de día.

Se abrió una puerta tapizada de cuero.

—Hagan el favor, caballeros —dijo el hombre que la había abierto.

Gregory entró el último, detrás del doctor. La estancia estaba casi a oscuras. A través de la ventana se veían, desdibujadas por la niebla, las desnudas ramas de un árbol.

El inspector general volvió a sentarse tras su alto escritorio de color negro, adornado con una barandilla labrada. Ante él tenía dos teléfonos y un micrófono plano para la comunicación interior. Sobre la pulida superficie de la mesa había, además, la pipa del inspector, sus gafas y un pañito de gamuza. Esto era todo. Al sentarse en una mullida butaca al lado del escritorio, Gregory vislumbró la cara de la reina Victoria, que le miraba desde un pequeño retrato, por encima de la cabeza del inspector general. Este miró detenidamente, una tras otra, las caras de los hombres, como si los contara o tratara de retenerlos en la memoria. Un gran mapa de Inglaterra meridional cubría una pared lateral. Enfrente había una larga estantería negra repleta de libros.

—Ustedes ya saben algo de ese asunto —dijo el inspector— que yo sólo conozco por los informes. Quiero pedirles, pues, una breve recapitulación de los hechos. ¿Podría empezar usted, colega Farquart?

—Sí, señor inspector; pero el principio yo sólo lo conozco también por los informes.

—Al principio ni siquiera hubo informes —observó Gregory en un tono un poco demasiado alto. Todos le miraron. Él, con una desenvoltura exagerada, se puso a buscar enérgicamente cigarrillos en sus bolsillos.

Farquart se enderezó en su butaca.

—La cosa empezó más o menos a mediados de noviembre del año pasado. Puede que los primeros acontecimientos ocurrieran antes, pero pasaron sin llamar la atención. El primer informe policial nos llegó tres días antes de las Navidades, y mucho más tarde, en enero, una investigación minuciosa demostró que esas historias con los cadáveres ya habían ocurrido antes. El primer informe procedía de Engender. Tenía, considerado estrictamente, carácter semioficial. El encargado del depósito, Plays, se quejaba al comandante del puesto de la policía local, quien, entre paréntesis, es su cuñado, de que alguien tocaba los cuerpos por la noche.

—¿En qué consistía eso de «tocar»?

El inspector estaba limpiando metódicamente sus gafas.

—Pues que los cuerpos se encontraban por la mañana en posiciones diferentes de las que tenían por la noche. Estrictamente hablando, se trataba de un solo cadáver, al parecer de un ahogado, quien...

—«¿Al parecer?» —repitió en el mismo tono indiferente el inspector general.

Farquart se enderezó más aún en su butaca.

—Todas las declaraciones son reconstrucciones posteriores, ya que entonces nadie les daba importancia —aclaró—. El encargado del depósito no está ahora del todo seguro de si se trataba exactamente del cuerpo de aquel ahogado o de algún otro. Sí, desde luego, hubo una informalidad: el comandante del puesto local de Engender, Gibson, no formalizó esta denuncia, porque pensaba...

—¿Hemos de meternos en detalles de ese tipo? —intervino el hombre sentado debajo de la estantería de libros. Su actitud era la más despreocupada. Su pierna, cruzada muy alta, dejaba ver unos calcetines amarillos y un poco de piel

desnuda.

—Me temo que sea necesario —contestó secamente Farquart, sin mirarle. El inspector general se caló finalmente las gafas y su mirada, como ausente hasta entonces, tuvo una expresión benévola.

—Podemos ahorrarnos el lado formal de la investigación, al menos por ahora. Continúe hablando, por favor, colega Farquart.

—Sí, señor inspector. Tuvimos otra denuncia de Planting, ocho días después de la primera. También allí se trataba de que alguien movía los cuerpos por la noche en el depósito de cadáveres del cementerio. El muerto era un obrero portuario, llamado Thicker, enfermo desde hacía bastante tiempo, una carga pesada para la familia.

Farquart miró de reojo a Gregory, que se había movido con impaciencia.

—El entierro debía celebrarse por la mañana. Los miembros de la familia se dieron cuenta, al entrar en el depósito, de que el cuerpo yacía boca abajo, o sea, con la espalda hacia arriba y los brazos abiertos, lo que daba la impresión de que aquel hombre... había resucitado. Es decir, la familia lo creyó así. En la región empezaron a circular rumores sobre un caso de letargo: se decía que Thicker había despertado de una muerte aparente y tanto se asustó de verse en el ataúd que aquella vez murió de verdad.

»Evidentemente, todo aquello eran cuentos —prosiguió Farquart—. El óbito fue confirmado por el médico local sin que exista posibilidad de duda. Sin embargo, cuando los chismorrees se extendieron por las localidades de la región, se recordó que de lo que se llamaba «tocar los cuerpos» o, en cualquier caso, de encontrarlos por la mañana en posiciones distintas, la gente venía hablando desde hacía cierto tiempo.

—¿Desde «un cierto» tiempo? —repitió el inspector.

—No hay manera de fijarlo. Los rumores se referían a Shaltam y Dipper. Al principio de enero se efectuó la primera indagación más o menos sistemática por las fuerzas locales, ya que el asunto no parecía serio. Las declaraciones de los lugareños eran en parte exageradas y en parte contradictorias, los resultados de las pesquisas carecían en el fondo de valor. En Shaltam se trataba del cuerpo de un tal Samuel Filthey, muerto de infarto. Al parecer «se dio la vuelta en el ataúd» durante la noche navideña. El enterrador que así lo afirmaba es un alcohólico inveterado, y nadie pudo confirmar sus palabras. En Dipper se habló del cadáver de una mujer, enferma mental, encontrado por la mañana en el suelo del depósito junto al ataúd. Se decía que lo había hecho por odio una hijastra suya que penetró de noche en el depósito. Verdaderamente, no hay manera de ver claro en todos esos rumores y chismes. Todos se limitaban a dar el nombre de un testigo ocular, pero éste siempre remitía a alguna otra persona.

»El asunto hubiera sido probablemente enviado *al acta* —Farquart hablaba ahora más rápidamente—, pero el dieciséis de enero desapareció del depósito de Treakhill el cadáver de un tal James Trayle. Este asunto fue llevado por el sargento Peel, destacado por nuestro CIC. El cuerpo fue sacado del depósito entre las doce de la noche y las cinco de la mañana, cuando el empresario de pompas fúnebres descubrió su ausencia. El difunto era un hombre de... unos cuarenta y cinco años...

—¿No está usted seguro? —inquirió el inspector general. Mantenía la cabeza inclinada como si contemplase su reflejo en la brillante superficie de la mesa. Farquart carraspeó:

—Sí, estoy seguro. Lo dije por decir... Pues bien, éste murió intoxicado por el gas del alumbrado. Fue un desgraciado accidente.

—¿Autopsia? —El inspector general enarcó las cejas. Ladeando el cuerpo, tiró de una manivela que abría una parte de la ventana. En el aire inmóvil, recalentado, de la habitación, penetró un soplo húmedo.

—No hubo autopsia, pero nos cercioramos de que había sido un accidente. Seis días después, el 23 de enero, ocurrió otro accidente, en Spittoon. Allí desapareció el cadáver de John Stevens, de veintiocho años de edad, obrero, que sufrió una intoxicación mortal un día antes, al limpiar la caldera en una destilería. El óbito ocurrió a eso de las tres de la tarde, y el cuerpo, transportado al depósito, fue visto por última vez, por el vigilante, a las nueve de la noche. Por la mañana ya no estaba allí. También este asunto lo llevó el sargento Peel, sin resultados, igual que en su primer caso. Puesto que entonces no habíamos tomado todavía en consideración la posibilidad de relación entre esos dos casos y los anteriores...

—¿Quiere usted abstenerse de todo comentario, por el momento? Esto nos facilitará la revisión de los hechos —observó el inspector general. Sonrió amablemente a Farquart. Puso su mano seca y ligera sobre la mesa. A pesar suyo, Gregory fijó la vista en aquella mano anciana, sin venas aparentes, exangüe.

—El tercer accidente ocurrió en Lovering, en el área del gran Londres —continuó Farquart con una voz átona, como si hubiera perdido las ganas de proseguir su largo relato—. La Facultad de Medicina tiene allí sus nuevas salas de autopsia. Desapareció de ellas el cadáver de Stewart Aloney, de cincuenta años, muerto a causa de una larga enfermedad tropical que contrajo durante una travesía como marinero. Este accidente tuvo lugar nueve días después de la segunda desaparición, el dos de febrero, mejor dicho la noche del 2 al 3 de febrero. Esta vez la investigación fue llevada a cabo por Scotland Yard. El teniente Gregory, encargado del caso, se ocupó de otro más: la desaparición de un

cadáver del depósito de un cementerio suburbano de Bromley. Ocurrió el 12 de febrero; se trataba de una mujer, muerta después de una operación de cáncer.

—Gracias —dijo el inspector general—. ¿Por qué no está presente el sargento Peel?

—Está enfermo, señor inspector. Hospitalizado —contestó Gregory.

—¿De veras? ¿Y qué le pasa?

El teniente vaciló.

—No estoy seguro, pero me parece que tiene algo que ver con los riñones.

—Quizás ahora usted, teniente, nos resuma el resultado de su investigación.

—Sí, señor inspector.

Gregory carraspeó, inspiró profundamente y, sacudiendo la ceniza en el borde del cenicero, dijo en voz inesperadamente baja:

—No tengo motivos para enorgullecerme de mí mismo. En todos los casos, los cadáveres desaparecieron durante la noche. No hubo ni huellas ni señales de violencia. Por otra parte, esto no es necesario en un depósito. No se acostumbra cerrarlos o si se hace hasta un niño podría abrir la puerta con un gancho.

—La sala de autopsia estaba cerrada —intervino por primera vez el médico forense Sörensen. Estaba sentado con la cabeza echada hacia atrás, lo que hacía menos visible la desagradable forma angulosa de su cráneo. Con la punta de un dedo se daba un delicado masaje alrededor de sus abotargados ojos.

Gregory tuvo tiempo de pensar que Sörensen había acertado escogiendo una profesión en la que tenía que tratar casi siempre con difuntos. Se inclinó con cortesía versallesca ante el médico.

—Me leyó usted los pensamientos, doctor. En la sala a la que se refiere hemos encontrado una ventana abierta. Mejor dicho, estaba entornada, no cerrada, como si alguien hubiera salido por ella.

—Primero tendría que haber entrado —dijo Sörensen con impaciencia.

—Es una observación brillante —repuso Gregory. Arrepentido, echó una rápida mirada al inspector general, que guardaba silencio, inmóvil, como si no hubiese oído nada.

—Aquella sala se encuentra en la planta baja —continuó el teniente al cabo de un instante de embarazoso silencio —. Por la noche, la ventana estaba cerrada como las demás, según declaración de un conserje que se empeña en recalcarlo. Él mismo lo había verificado porque el frío iba en aumento, lo que le hacía temer por los tubos de los radiadores. No es que allí se exagere con la calefacción. El profesor Harvey, titular de la cátedra, dio unos informes inmejorables sobre dicho conserje. Al parecer, es un hombre que se pasa de minucioso. Se puede creer firmemente en su palabra.

—¿Hay dónde esconderse en esa sala de disección? —preguntó el inspector general. Estaba mirando otra vez a los reunidos como si se hubiera dado cuenta repentinamente de su presencia.

—Bueno, eso... queda prácticamente excluido, señor inspector. Exigiría la complicidad del conserje. No hay allí muebles salvo las mesas de autopsia, ni rincones oscuros, ni escondrijos de ninguna clase... Sólo pequeños armarios empotrados para las batas de los estudiantes y el instrumental, pero ni siquiera un niño cabría en ellos.

—¿Lo entiende usted en sentido literal?

—¿Perdón?

—O sea: ¿no cabría ni un niño? —preguntó calmosamente el inspector.

—-Bueno... —El teniente frunció el ceño—. Tal vez un niño, señor inspector, cabría, pero no mayor de unos siete u ocho años.

—¿Midió usted esos armarios?

—Sí —fue la contestación inmediata—. Los he medido todos, porque pensé que quizás habría alguno más grande, pero no. Ninguno. Fuera de eso, están los servicios, unas aulas y, en el sótano, la cámara frigorífica y un almacén de preparados; y en el primer piso las habitaciones de los ayudantes de cátedra y el despacho del profesor. El conserje inspecciona todos esos aposentos por la noche. Lo hace a menudo varias veces por exceso de celo, podríamos decir. El profesor me ha hablado de ello. Nadie pudo esconderse allí.

—¿Un niño, tal vez? —sugirió suavemente el inspector. Se había quitado las gafas, como si quisiera suavizar la agudeza de su mirada. Gregory negó enérgicamente con la cabeza.

—No, eso es imposible. Un niño no abriría la ventana. Son unas ventanas muy grandes, altas, con dos cierres arriba y abajo que funcionan con una palanca fijada en el marco. Como aquí, más o menos. —Gregory indicó la ventana que dejaba pasar un soplo de aire frío—. Esas palancas son muy difíciles de mover, hasta el propio conserje se quejaba al respecto. Las comprobé yo mismo.

—¿Le indicó él que era difícil moverlas? —preguntó Sörensen con aquella misteriosa sonrisa que Gregory odiaba. Hubiera dejado sin respuesta aquella pregunta, pero la mirada del inspector era interrogante. Repuso, pues, de mala

gana:

—El conserje me lo dijo cuando yo, en su presencia, abría y cerraba la ventana. No sólo es la exactitud personificada, sino, además, un latoso. Un gruñón —manifestó Gregory, recalcando la palabra sin apartar la vista de Sörensen. Estaba satisfecho de sí mismo—. Es natural a su edad —añadió conciliador—; anda por los sesenta, escle... —Dejó la frase sin terminar, confuso. El inspector no era más joven. Trató desesperadamente de arreglar sus últimas palabras, pero no supo cómo hacerlo. Todos guardaron silencio. Gregory se resintió de ello. El inspector general volvió a calarse las gafas.

—¿Ha terminado usted?

—Sí —Gregory vaciló—. Sí, en realidad, eso es todo en lo que se refiere a esos tres casos. En el último, tomé particularmente en consideración el entorno, quiero decir, el tráfico nocturno cerca de la sala de disección. Los agentes de servicio en aquella zona no vieron nada sospechoso. Al ocuparme del asunto, me informé con la mayor exactitud posible de todos los detalles de los incidentes anteriores, tanto por el sargento Peel, como directamente, estuve en todos los sitios donde ocurrieron. Sin embargo, no encontré ningún indicio, ninguna pista. Nada, absolutamente nada. La mujer muerta de cáncer desapareció del depósito en parecidas circunstancias que el obrero. Por la mañana un familiar, al llegar, encontró el ataúd vacío.

—Sí —dijo el inspector general—. Gracias, eso es todo de momento. Colega Farquart, ¿quiere usted...?

—¿He de pasar a los siguientes casos? Bien, señor inspector.

«Debería servir en la marina; se comporta como durante el izamiento matutino de la bandera; y así, toda la vida», pensó Gregory. Tuvo ganas de suspirar.

—La siguiente desaparición ocurrió en Lewes, al cabo de siete días, el 19 de enero. Se trataba de un joven obrero portuario que sufrió un accidente de coche. Tuvo una hemorragia interna por ruptura del hígado. Fue operado con éxito, según dijeron los médicos..., pero no resistió la intervención. Su cadáver desapareció de madrugada. Pudimos fijar la hora con exactitud excepcional, pues a eso de las tres de la madrugada falleció un tal Burton, cuya hermana (vivía con una hermana suya), tenía tanto miedo a quedarse sola con un cadáver en el piso, que hizo levantar de la cama al propietario de la funeraria. El cuerpo, pues, fue trasladado al depósito a las tres en punto. Los dos empleados del establecimiento depositaron su cuerpo junto al del obrero...

—¿Deseaba usted decir algo más? —sugirió el inspector general.

Farquart se mordió el bigote.

—No... —respondió finalmente.

Por encima del edificio se oyó el creciente ronroneo de un avión que, invisible, volaba hacia el Sur. Los cristales vibraron en una tenue resonancia.

—Es decir... —continuó Farquart, decidiéndose—. Al colocar el cadáver de Burton, uno de los empleados de la funeraria desplazó el cuerpo del obrero porque le estorbaba. Bueno, pues él afirma que el cadáver no estaba frío.

—Mmm —gruñó afirmativamente el inspector general, como si la cosa fuese de lo más normal—. ¿No estaba frío? ¿Cómo lo dijo? ¿Podría usted repetirme sus palabras?

—Dijo que no estaba frío. —Farquart hablaba con desgana, espaciando sus palabras—. Esto suena estúpi... no tiene el menor sentido, pero aquel empleado se empeña en afirmarlo. Manifiesta haberlo dicho a su compañero, pero éste no recuerda nada. Gregory les tomó la declaración por separado...

El inspector general, en silencio, volvió la cara hacia el teniente.

—Bien, aquel empleado es un charlatán, una persona no demasiado fidedigna —se apresuró aclarar Gregory—. Esta fue mi impresión. Un tipo de la clase de tontos que quieren llamar la atención, dispuesto a contestar cada pregunta con la historia del mundo. Se empeña en que era un caso de letargo «o algo peor todavía», así se expresó. Me dejó bastante sorprendido, porque la gente que trabaja profesionalmente con cadáveres no cree en los letargos. Su experiencia no se lo permite.

—¿Y qué dicen los médicos?

Gregory guardó silencio, dejando que hablase Farquart. Este, al parecer descontento de tanta atención dedicada a una nimiedad, dijo encogiéndose de hombros:

—El óbito sucedió un día antes. Había manchas y *rigor mortis.* No tenía más vida que una piedra.

—¿Hay algo más?

—Sí. Como en los incidentes anteriores el cuerpo estaba vestido para el sepelio. Sólo el de Trayle, que desapareció en Treakdown, no llevaba ropa puesta. El empresario de pompas fúnebres tenía que ocuparse de ello al día siguiente. Fue porque la familia no quiso al principio dar un traje. Mejor dicho, se lo había llevado. Y cuando trajeron otra ropa, el cuerpo ya no estaba allí...

—¿Y en otros casos, dijo usted?

—El cadáver de la mujer estaba también vestido. Aquélla de la operación de cáncer.

—¿Qué llevaba puesto?

—Bueno... un vestido.

—¿Y los zapatos? —preguntó el inspector general en voz tan baja que Gregory tuvo que inclinarse hacia él.

—También llevaba zapatos...

—¿Y el último cadáver?

—El último... pues no llevaba ropa, pero al mismo tiempo (cabe suponer) desapareció una cortina que tapaba un pequeño hueco en la pared del fondo del depósito. Era un trozo de tela negra que corría sobre una varilla, colgado de unas anillas de metal cosidas a la tela. En las anillas quedaron unos jirones de tela.

—¿Fue arrancada?

—No. La varilla es demasiado delgada para aguantar un tirón fuerte. Aquellos jirones...

—¿Usted ha intentado quebrar esa varilla?

—No.

—¿Cómo sabe, pues, que no hubiese aguantado?

—Se aprecia a simple vista.

El inspector general hacía las preguntas calmosamente, fijando la vista en el cristal de un armario en el que se reflejaba el cuadrilátero de la ventana. Las hacía como si pensase en otra cosa, pero tan seguidas que Farquart apenas tenía tiempo para contestarlas.

—Bien —concluyó el inspector—. ¿Fueron examinados esos jirones?

—Sí. El doctor Sörensen...

El médico dejó de acariciar su puntiaguda barbilla.

—La tela fue rota, o más bien roída trabajosamente, y no cortada. Es indudable. Como si alguien lo hubiera hecho a mordiscos. Hice incluso algunas pruebas. La imagen microscópica es idéntica.

Un corto silencio reinó en la estancia, interrumpido por un lejano ronroneo de un motor de avión, ahogado por la niebla.

—¿Desapareció alguna otra cosa, además de la cortina? —preguntó finalmente el inspector.

El doctor miró a Farquart, que asintió con la cabeza.

—Sí. Un rollo de esparadrapo, un gran rollo de esparadrapo, olvidado encima de una mesita junto a la puerta de entrada.

—¿Un esparadrapo? —repitió el inspector enarcando las cejas.

—Lo utilizan para sostener la barbilla... para que no caiga la mandíbula —aclaró Sörensen—. Cosmética mortuoria —añadió con una sonrisa sardónica.

—¿Eso es todo?

—Sí.

—¿Y el cadáver de la sala de disección? ¿Estaba también vestido?

—No. Pero aquel asunto... de aquel caso ha hablado ya Gregory.

—Se me había olvidado —empezó a decir rápidamente el teniente, embargado por una desagradable sensación de haber sido cogido en falta—. El cuerpo no estaba vestido, pero al conserje le faltó, al contar, una bata de médico y dos pares de pantalones de tela blanca que los estudiantes suelen usar en verano. Al parecer faltaban también un par de sandalias de cartón. En realidad, me dijo que nunca podía llevar la cuenta exacta de esas cosas. Sospecha de la lavandera, por negligencia, o tal vez, robo.

El inspector suspiró profundamente y golpeó la mesa con las gafas.

—Gracias. Doctor Sciss, ¿podría ahora hacer el favor...?

Sciss no cambió su indolente postura. Gruñó algo por lo bajo apresurándose a terminar de apuntar algo en su cartera abierta, apoyada en su huesuda rodilla, cruzada sobre la otra.

Ladeando su cabeza de pájaro, algo calva, cerró de golpe la cartera. La guardó bajo la butaca, adelantó sus delgados labios como si fuese a silbar y se levantó, frotándose las manos de articulaciones artríticas, abultadas.

—Considero el hecho de haberme invitado a mí como una novedad útil —dijo en una voz aguda, casi de falsete—. Por la naturaleza de las cosas, caigo fácilmente en una manera de hablar algo pedante, lo que tal vez les disguste, pero no lo puedo evitar. He investigado la serie de la que se está hablando aquí, en la medida de lo posible. Los clásicos métodos de investigación: coleccionar las huellas y buscar los móviles, han fracasado rotundamente. Por lo tanto, tuve que emplear el método estadístico. ¿Qué es lo que nos brinda? En el lugar del crimen, se puede a veces determinar con qué hechos está relacionado éste y con cuáles no lo está. Por ejemplo, las formas de manchas de sangre cerca del cuerpo de un asesinado están relacionadas con el crimen y pueden decirnos bastantes cosas sobre el mismo. En cambio, el

hecho de que las nubes de ese día fueran cúmulos o cirrostratos, que los cables telefónicos en la calle fueran de aluminio o de cobre, puede considerarse como poco importante. Por lo que a nuestra serie se refiere, no es posible definir a priori qué hechos observados a raíz del crimen estuvieron relacionados con él, y cuáles no.

»Si sólo hubiera habido un caso —continuó Sciss—, no podríamos encontrar ninguna solución. Por suerte, hubo más. Naturalmente, la cantidad de cosas y fenómenos que coincidieron en los momentos críticos u ocurrieron en las cercanías del lugar de los hechos es prácticamente infinita. No obstante, tenemos que apoyarnos únicamente en aquellos sucesos que acompañaron a todos o a casi todos los incidentes. Procederemos, pues, según el método de comparación estadística de los fenómenos. Hasta ahora, casi no se había aplicado dicho método a la investigación criminal. Me llena de satisfacción el poder presentarlo hoy a ustedes, junto con sus primeros resultados...

El doctor Sciss, que hasta entonces se mantenía de pie detrás de su butaca, como en la tarima de una cátedra, dio con sus largas piernas unos pasos en dirección a la puerta, se volvió de repente, ladeó la cabeza y continuó hablando, con la mirada perdida entre los presentes:

—Primero: teníamos antes del fenómeno propiamente dicho, una fase (convengamos en llamarla así) de «signos precursores». Los cadáveres quedaban en distintas posiciones. Unos boca abajo, otros, arrojados del ataúd. Segundo: todos los cuerpos desaparecidos, con una sola excepción, pertenecían a hombres muertos en la flor de la vida. Tercero: cada vez, exceptuando el primero, alguien se había preocupado de cubrir con algo el cuerpo. En dos casos fueron trajes, en otro, probablemente una bata de médico y pantalón blanco, y, en una ocasión, una cortina de tela negra. Cuarto: fueron siempre cadáveres no sometidos a la disección, bien conservados y, hasta cierto punto, no dañados. En todos los casos no habían transcurrido desde la muerte más de treinta horas. Y eso es digno de atención. Quinto: todos los casos, exceptuando otra vez uno, ocurrieron en un depósito del cementerio de una población pequeña, donde, por regla general, el acceso es fácil. Hay que excluir aquí la desaparición de un cadáver de la sala de disección.

Sciss se volvió al inspector y le dijo:

—Necesito un foco potente. ¿Puedo conseguir algo parecido?

El inspector conectó el micrófono y dijo unas palabras en voz baja. En medio de un silencio general, Sciss sacó lentamente de su cartera de cuero, enorme, como un fuelle de herrero, una hoja de papel vegetal doblado varias veces, cubierta de dibujos multicolores. Gregory lo miraba, presa de una mezcla de repulsión y curiosidad. Le irritaba la superioridad de que hacía gala el científico. Aplastó el cigarrillo y se esforzó en vano en descifrar lo que había en el calco, crujiente en las torpes manos de Sciss.

Éste, no sin desgarrarlo en un ángulo, lo extendió sobre el escritorio, lo alisó delante de las narices del inspector como si no hubiese nadie detrás de la mesa, se acercó a la ventana y se puso a mirar la calle, tomándose con los dedos de una mano la muñeca de la otra para controlar su pulso.

Se abrió la puerta, entró un policía con un foco de aluminio sobre un pedestal alto y lo conectó en un enchufe. Sciss encendió la lámpara, esperó que la puerta se cerrase detrás del policía, y dirigió un fuerte círculo de luz sobre el gran mapa de Inglaterra. Luego cubrió el mapa con el calco. Como el mapa no se transparentaba a través del papel vegetal, se puso a desplazar el foco. Finalmente desprendió el mapa de la pared, tambaleándose peligrosamente sobre la silla, y lo suspendió del colgador que había empujado desde el rincón hasta el centro de la estancia. Situó el foco detrás, de modo que la luz atravesara el mapa junto con el papel que mantenía con los brazos extendidos. La posición de sus brazos levantados y extendidos era sumamente incómoda.

Sciss empujó aún el colgador con el pie y por fin se quedó inmóvil. Sosteniendo el papel por el borde superior, dijo ladeando la cabeza:

—Fíjense, por favor, en la zona donde ocurrieron los incidentes.

La voz del doctor era todavía más aguda que antes, tal vez a causa del esfuerzo cuidadosamente disimulado.

—La primera desaparición ocurrió en Treakhill, el 16 de enero. Recuerden los sitios y las fechas. La segunda, en Spittoon el 23 de enero. La tercera, en Lovering, el 2 de febrero. La cuarta, en Bromley, el 12 de febrero. El último caso ocurrió en Lewes, el 8 de marzo. Si aceptamos como punto de partida el lugar del primer incidente y trazamos a su alrededor varios círculos de un radio creciente, observaremos lo que representa el dibujo en mi calco.

La mancha de luz delimitaba clara y nítidamente la Inglaterra meridional, adyacente al Canal. Cinco círculos concéntricos abarcaban cinco localidades señaladas con cruces rojas. La primera se veía en el centro, las siguientes cada vez más lejos hacia el perímetro del círculo más grande.

Gregory estaba casi fatigado, a la espera de alguna señal de cansancio de Sciss, quien sostenía sin temblar el borde del papel con los brazos levantados.

—Si ustedes lo desean —dijo Sciss con voz áspera—, podré presentarles luego los detalles de mis cálculos. Ahora les daré sólo mi conclusión. Observando los distintos incidentes vemos que cada vez ocurrieron más lejos del centro, o sea del lugar del primero. Aparece además otra regularidad: los lapsos de tiempo entre cada incidente y el siguiente son,

contando desde el primero, cada vez más largos, sin que tengan en realidad una proporción definida. Sin embargo, si tenemos en cuenta un factor suplementario, la temperatura, resulta una nueva regularidad. Es decir, que el producto del tiempo que había pasado entre dos casos y de la distancia que separa del centro dos lugares consecutivos de la desaparición se convierte en un valor constante si lo multiplicamos por la diferencia de la temperatura reinante en ambos casos...

»De este modo —reanudó su discurso Sciss— obtenemos una cifra constante del valor de cinco a nueve centímetros por segundo y grado. Digo de cinco a nueve, puesto que el momento exacto de la desaparición no pudo determinarse en ninguno de los incidentes. Siempre tenemos que enfrentarnos con un amplio período de tiempo, de varias horas, durante la noche o, más exactamente, en la segunda parte de ella. Si admitimos como un valor real de la constante el término medio de siete centímetros, entonces, después de efectuar los cálculos, como hice, llama poderosamente la atención un dato curioso. La causa del fenómeno que se estaba desplazando gradualmente desde el centro hacia el perímetro de aquella región, no se encuentra en Treakhill, sino que está desviada al oeste en dirección de Timbridge-Wells, Engender y Dipper... o sea, donde hubo aquellos rumores sobre "tocar" a los cadáveres.

»Si nos permitimos un experimento que consiste en una definición completamente exacta del punto que representaría el centro geométrico del fenómeno, no lo encontraremos en ningún depósito de cadáveres, sino a treinta kilómetros al suroeste de Shaltam, en los terrenos pantanosos y yermos de Chinchess...

El inspector Farquart, que escuchaba la disertación con la nuca cada vez más colorada, no pudo aguantar más.

—¿Quiere usted decir con todo eso —estalló— que de aquellos malditos pantanos se levantó un fantasma que, volando por los aires, invisible, se iba llevando un cadáver tras otro?

Sciss estaba enrollando lentamente su papel. A la luz del foco oculto, delgado y negro sobre el resplandeciente fondo verdoso del mapa, se parecía más que nunca a un pájaro («acuático», añadió para sí mismo Gregory). Guardó cuidadosamente el rollo en su abultada cartera y, enderezado, con la cara marcada de manchas rojas, miró fríamente al inspector.

—No quiero decir nada más de lo que resulta de un análisis estadístico —manifestó—. Existen relaciones estrechas, por ejemplo, entre los huevos, el bacon y un estómago. Las hay también menos precisas, más difíciles de observar, como la del régimen político de un país y la edad media de los matrimonios que en él se contraen, pongamos por caso. Sin embargo, se trata siempre de una correlación definida que nos suministra una base para poder hablar de causas y efectos.

Se secó unas gotitas de sudor por encima del labio superior, con un gran pañuelo esmeradamente doblado. Lo guardó en el bolsillo y prosiguió:

—Nuestra serie de incidentes es difícil de aclarar. Hay que abstenerse de cualquier prejuicio. Si yo tuviese que enfrentarme con ellos como lo hacen ustedes, me vería obligado a abandonar el asunto, así como toda colaboración con Scotland Yard.

Se interrumpió, como si esperase que alguien recogiera el guante echado; luego, acercándose a la pared, apagó el foco. Una oscuridad casi completa invadió la estancia. Sciss buscó el conmutador tanteando la pared. La luz de la lámpara del techo cambió el aspecto del cuarto. Parecía ahora más pequeño. El inspector general, deslumbrado, parpadeante, le recordaba a Gregory a un viejo tío suyo. Sciss volvió al mapa.

—Cuando emprendí la investigación, había pasado ya tanto tiempo desde los dos primeros casos, o mejor dicho, para ceñirnos más a la verdad, la policía le había dedicado tan poca atención en sus dossieres, que ya no fue posible reconstruir con exactitud los hechos, lo que hubiera permitido un conocimiento detallado de los incidentes, hora por hora. Me limité, pues, a los sucesos ulteriores. Cuando ocurrieron los tres había niebla; dos veces densa, y una vez muy densa. Además, en el radio de unos centenares de metros pasaban varios coches. No los hubo, por cierto, «sospechosos», pero yo no sé exactamente en qué hubiera podido basarse una tal sospecha. Supongo que nadie se pondría en marcha para una expedición semejante en un coche con la inscripción «transporte de cadáveres robados». El coche podría aparcar eventualmente a una distancia bastante considerable del lugar del robo. Me enteré, finalmente, de que en los tres casos, al anochecer (recuerden que las desapariciones ocurrían siempre de noche) fue visto en las inmediaciones... —Sciss hizo una pequeña pausa y en voz baja pero contundente, terminó—: Un animal doméstico que no solía aparecer por allí o, por lo menos, desconocido y nunca visto por mis interlocutores. En dos casos se trataba de un perro; en el tercero, de un gato.

Se oyó una risita ahogada en una mala imitación de tos. Sörensen se estaba riendo. Farquart no se movió, no dijo nada, ni siquiera mientras Sciss hacía su dudosa broma sobre los vehículos «Sospechosos». En una fracción de segundo, Gregory captó la mirada que el inspector general dirigió a Sörensen. No era una reconvención severa, sino un peso, casi físico.

El doctor tosió una vez más para salvar las apariencias. Se hizo silencio. Sciss miraba por encima de sus cabezas

hacia la oscura ventana.

—La importancia estadística de mi última aseveración es aparentemente pequeña —dijo, quebrándose su voz en falsete—. Me consta, sin embargo, que en aquellos parajes no vagabundean, prácticamente nunca, perros y gatos sin amo. Uno de esos animales, un perro, *fue* encontrado muerto el cuarto día de la desaparición del cadáver. Teniendo esto en cuenta, me permití, en el último caso, en el que apareció por la noche un gato, poner un anuncio que prometía una recompensa a quien descubriera el despojo de aquel animal. Esta mañana tuve una respuesta por la que pagué quince chelines. El gato yacía, cubierto de nieve, entre unos arbustos (lo encontraron unos escolares) a una distancia de doscientos pasos escasos del depósito del cementerio.

Sciss se acercó a la ventana vuelto de espaldas a la estancia, como si quisiera mirar afuera, pero la oscuridad no dejaba ya ver nada salvo un farol de la calle que oscilaba bajo las ráfagas de viento. Su luz brillaba, intermitente, entre las gruesas ramas del árbol.

El científico guardó silencio, alisando con los dedos el borde de su chaqueta gris, demasiado holgada.

—¿Ha terminado usted, doctor?

A la voz de Sheppard, Sciss volvió la cabeza. Una tenue sonrisa, casi infantil, transformó de repente su diminuto rostro, de rasgos desproporcionados con pequeñas protuberancias en las mejillas debajo de los ojos grises, casi sin barbilla, de tan huidiza como tenía la mandíbula.

«Pero si es un muchacho, un eterno adolescente... y qué simpático», pensó Gregory, sorprendido.

—Me gustaría decir todavía unas palabras más, pero al final —dijo Sciss, volviendo a su sitio.

El inspector se quitó las gafas. Tenía los ojos cansados.

—Bien. Colega Farquart, por favor, ¿tiene usted algo que añadir?

Farquart dijo de mala gana:

—A decir verdad, no mucho. Estaba reflexionando a la antigua sobre toda esa «serie», como la llama el doctor Sciss. Pienso que algunos, por lo menos algunos rumores tenían que ser verídicos. Es sencillo: el culpable quiso robar el cuerpo en Shaltam y en otros sitios, pero algo le asustó. Lo logró sólo en Treakhill. Entonces era todavía «novato» y se llevó el cadáver desnudo. Por lo visto no se había dado cuenta de que el transporte en tales circunstancias tenía que acarrearle por fuerza grandes dificultades, mayores en todo caso de las que supondría el traslado de un cuerpo vestido, no tan llamativo. Esto precisamente motivó el cambio de su táctica. Desde entonces, procuró siempre disponer de alguna ropa. Además, la decisión de escoger el cadáver no fue tampoco de las «mejores». Me refiero a lo que el doctor Sciss definió como la selección de un cuerpo «en buen estado». En el depósito de Treakhill había otro difunto, un hombre joven conservado mejor que el desaparecido. Esto sería todo...

»Queda la motivación de los actos —reanudó Farquart—. Las posibilidades que veo son: necrofilia, locura, o bien acción de algún, algún... digamos científico. Preferiría que sobre ello se pronunciase el doctor Sörensen.

—No soy psicólogo ni psiquiatra —dijo ásperamente el doctor—. En cualquier caso, se puede eliminar la necrofilia. Los necrófilos son siempre individuos gravemente tarados mentalmente, débiles, cretinos, incapaces de planear una acción complicada. Eso no admite dudas. Luego la locura, también a excluir según mi opinión. En todo este asunto, nada se dejó al azar, demasiada minuciosidad, ningún tropiezo: los locos no suelen demostrar tanta lógica en sus actuaciones.

—¿Paranoia? —sugirió Gregory en voz baja. El médico le miró duramente. Durante un instante pareció saborear esa palabra en su boca, torciendo luego sus labios de batracio.

—No. Es decir, no lo creo —dijo para suavizar lo categórico de su respuesta—. Señores, la locura no es un saco donde puedan meterse todos los actos humanos cuyos motivos no entendemos. La locura tiene su estructura, su lógica. Si se empeñan, podríamos admitir, en último caso, la eventualidad de que un psicópata auténtico, sí, un psicópata, precisamente un psicópata, pudiese ser el culpable. Es la única posibilidad...

—Un psicópata aficionado a las matemáticas —observó con fingida ligereza Sciss.

—¿Qué insinúa?

Sörensen miraba a Sciss con una sonrisita medio fatua, medio sarcástica, bastante ofensiva.

—Verá, un psicópata que había calculado qué divertido sería si el producto de la distancia y tiempo entre los casos consecutivos, multiplicado por la diferencia de las temperaturas, constituyera una cierta constante.

Sörensen se acariciaba nerviosamente una rodilla. La tamborileó con los dedos.

—Yo qué sé... se pueden multiplicar y dividir varias cosas: el largo de unos bastones por el ancho de unos sombreros, etc.; tal vez nos dieran unas constantes o inconstantes.

—¿Usted se imagina que de este modo ridiculiza las matemáticas? —replicó Sciss. Era evidente su deseo de mostrarse seco.

—Dispénsenme. Desearía oír su opinión sobre el tercer motivo posible.

Sheppard seguía mirando a Sörensen con la misma expresión de antes.

—¿Sobre el científico que roba los cadáveres? No, de ninguna manera. ¿Un científico que hace experimentos con los muertos? ¡Jamás! Una idea digna de una película mala. ¿Para qué robar un cadáver que puede conseguir en cualquier sala de disección sin la menor dificultad, o comprarlo a una familia? Esto ocurre a veces. Por otra parte, ningún científico trabaja hoy en día solo, y aunque robase un cadáver (no sé para qué), no podría esconderlo ante sus colegas o colaboradores. Podemos excluir tranquilamente este motivo.

—¿Qué queda, pues, en su opinión? —preguntó Sheppard. Su escéptica cara era inexpresiva. Gregory se dio cuenta de que miraba a su superior con una fijeza rayana en la impertinencia, como si estudiase un cuadro. ¿Era éste de verdad así, o toda su actitud no era más que aburrimiento y rutina?

Se hundió en esos pensamientos en medio del silencio pesado, desagradable, que reinaba en el despacho tras las últimas palabras del inspector general. Los motores de otro avión lejano resonaron en la profundidad de las tinieblas, su ruido sobrevoló el edificio y se extinguió poco a poco. Los cristales temblaron.

—Psicopatía, o nada —dijo de pronto el doctor Sciss, sonriendo con buen humor—. Tal como manifestó con muy buen criterio el doctor Sörensen, la actividad de un psicópata suele ser diferente; se caracteriza por la impulsividad, las ideas sin puntualizar a causa de la limitación emocional del campo de atención, los errores. No nos queda nada. Debemos pensar, pues, que aquellos incidentes no han podido ocurrir.

—Muy gracioso —gruñó Sörensen.

—Señores —intervino Sheppard—, estoy maravillado por la benevolencia que hasta ahora nos demuestra la prensa. Me imagino que se lo debemos al conflicto en Asia Menor. La opinión pública estaba demasiado preocupada por aquel asunto. Pero no siempre será así. Ahora ya podemos prepararnos a duras críticas para Scotland Yard. En lo que se refiere al aspecto puramente formal, la investigación debe proseguir. Querría saber qué se hizo hasta ahora y, sobre todo, qué medidas se tomaron para encontrar los cadáveres robados.

—Esto corre a cargo del teniente —dijo Farquart—. Le dimos plenos poderes hace dos semanas y, hasta el presente, se desenvolvía solo.

Gregory asintió, fingiendo no haber oído el reproche sobreentendido en aquellas palabras.

—Empezando por el tercer caso —dijo— hemos aplicado medidas muy radicales. Inmediatamente después del informe sobre la desaparición del cadáver, cerramos toda la región en un radio de cien kilómetros aproximadamente, empleando todas las fuerzas locales, tanto los puestos de vigilancia de carreteras como las unidades móviles, y destacamos de Londres dos secciones de coches patrulla con radio que se comunican con la central táctica en Chichester. Todas las encrucijadas, pasos a nivel, puestos de peaje, accesos a autopistas y caminos de la región acordonada fueron sometidos a control: sin resultado. Hemos detenido en esa ocasión a cinco individuos buscados por varios delitos, pero en lo que a nuestro problema se refiere, no hubo resultados. Querría llamar su atención sobre el último incidente. Acordonar un terreno de un radio de cien kilómetros es muy difícil y, prácticamente, no presenta el ciento por ciento de garantías de que las mallas de la red sean lo bastante pequeñas como para excluir la posibilidad de que un delincuente se deslice entre ellas. Es probable que en los casos anteriores, o sea el segundo y el tercero, el culpable haya abandonado la zona cerrada antes de que todos nuestros hombres ocuparan sus posiciones. Disponía de bastante tiempo para ello: una vez alrededor de las seis, la otra a las cinco horas de la noche. Admitiendo, evidentemente, que disponía de un coche. Sin embargo, en el último caso la desaparición ocurrió entre las 3.00 y las 4.50 de la madrugada. El culpable disponía a lo sumo de una hora y tres cuartos para huir. Bien, pues era una noche de una típica borrasca de marzo, ráfagas de viento y tormenta de nieve después de la niebla del anochecer; todos los caminos hasta el mediodía del día siguiente quedaron cubiertos de nieve y la circulación resultó obstruida por los amontonamientos de la nevisca. El culpable hubiera tenido que emplear un tractor para pasar. Sé algo de eso, porque tuvimos dificultades inauditas para despejar nuestros coches patrulla, tanto locales como los que venían desde el área del gran Londres, de las fuerzas de reserva destacadas por el Crime Investigation Department.

—¿Opina usted, pues, que no pudo salir ningún coche hasta el mediodía de la región de Lewes?

—Así es.

—¿Y un trineo?

—Teóricamente, sería posible, pero no en el espacio de tiempo del que disponía el culpable. Los trineos no pueden hacer más de, digamos, diez o veinte kilómetros por hora, y, con nieve tan profunda, menos de diez. Aun con los mejores caballos, no hubiera podido escapar hasta el mediodía de un círculo de ochenta kilómetros de radio.

—De acuerdo, teniente; pero usted mismo acaba de decir que esta clase de acordonamiento no ofrecía una seguridad total —dijo suavemente Sheppard—. Un control absoluto es sólo un ideal que no podemos pretender...

—Por otra parte, pudo sacar el cuerpo en un saco, a pie, yendo a campo traviesa —observó Farquart.

—Afirmaría que era imposible —dijo Gregory.

No quería perder la calma, pero notaba el ardor de sus mejillas. Tenía enormes ganas de levantarse, pero se contuvo.

—Después de las seis de la mañana ningún vehículo pudo salir de la zona cerrada. Puedo garantizarlo —continuó —. Al fin y al cabo, un peatón hubiera podido abrirse paso en la nieve, pero no cargado con el cadáver de un hombre adulto. Lo hubiera tirado...

—Tal vez lo tiró —observó Sörensen.

—He pensado también en ello. Hemos rastreado toda la región. Fue más fácil gracias al deshielo del día siguiente. No encontramos nada.

—Su razonamiento no es tan infalible como cree —intervino de repente Sciss—. Por de pronto, no encontraron el gato muerto, como hubiera sido de haber buscado escrupulosamente...

—Usted perdone, pero estuvimos buscando el cadáver de un hombre, no el de un gato —replicó Gregory.

—Bueno. Pero hay demasiadas posibilidades de esconder un cadáver en un terreno tan extenso para poder afirmar con seguridad que no estaba allí.

—El culpable pudo también enterrar el cuerpo —añadió Farquart.

—¿Lo había robado para enterrarlo? —preguntó Gregory con aire de inocencia. Farquart hizo una mueca.

—Pudo enterrarlo al darse cuenta de que no escaparía.

—¿Y cómo podía saber que no escaparía? No hemos anunciado el bloqueo de caminos por la radio —replicó prontamente Gregory—. ¿Tendría un informador? ¿O sería él mismo un oficial de la policía?

—Buena idea, teniente —sonrió Sciss—. Por lo demás, señores, no han apurado todas las posibilidades. Queda la de un helicóptero.

—¡Un disparate! —El doctor Sörensen ni siquiera trató de disimular su menosprecio.

—¿Por qué? ¿Es que no hay helicópteros en Inglaterra?

—El doctor quiere sugerir que aquí es más fácil dar con un psicópata que con un helicóptero —dijo Gregory, sonriendo divertido.

—Dispensen, pero no pienso perder el tiempo en conversaciones de esta clase.

Sciss volvió a abrir su cartera, extrajo de ella un voluminoso informe mecanografiado y empezó a hojearlo, pluma en ristre.

—¡Caballeros!

La voz de Sheppard les hizo callar a todos.

—Las posibilidades que tuvo el culpable de escapar del terreno acordonado no pueden ser pasadas por alto. Tómelo en cuenta, colega Gregory, para el futuro. En cuanto a un helicóptero... podemos reservar esa sugerencia como una solución extrema, para más tarde...

—Y también toda la carroña —añadió Sörensen.

Sciss no dijo nada, absorto aparentemente en su lectura.

—Hay que continuar con la búsqueda de los cuerpos —prosiguió Sheppard—. La acción debe ser planificada ampliamente, abarcando los puertos. Un discreto control de los barcos, de carga diversa en particular, no sería superfluo. ¿Tiene alguno de ustedes algo más que decir? ¿Alguna hipótesis? ¿Alguna idea? Aunque fuese muy atrevida, hasta demasiado atrevida.

—Creo que no se puede... —dijeron a la vez Gregory y Farquart. Se miraron, interrumpiendo la frase.

—Les escucho.

Nadie dijo nada. Sonó el teléfono. El inspector general lo desconectó y miró a los presentes. Una azulada nube de humo de tabaco se extendía debajo de la lámpara. El silencio duró un momento.

—Entonces hablaré yo —dijo Sciss. Dobló minuciosamente sus hojas mecanografiadas y las guardó en la cartera—. He aplicado la constante de la propagación del fenómeno que antes mencioné, para prever su curso futuro.

Se levantó. Con un lápiz rojo marcó sobre el mapa una zona en torno a una parte de los condados de Sussex y Kent.

—Si el siguiente delito se comete entre hoy y el final de la próxima semana, será en este sector, delimitado al norte por los suburbios East Wickham, Croydon y Surbiton; al oeste por Horsham; al sur, por la zona litoral del Canal, y al este, por Ashord.

—Un gran espacio —gruñó dubitativamente Farquart.

—No tanto, ya que hay que eliminar de él todo el círculo interior, donde han ocurrido nuestros casos. El fenómeno se caracteriza por la expansión al exterior; en el juego entra, pues, sólo una faja redonda de treinta y cinco kilómetros de anchura aproximadamente. Se encuentran en ese terreno alrededor de dieciocho hospitales y algo más de ciento sesenta pequeños cementerios. Eso es todo.

—¿Y usted... está seguro que sucederá así? —preguntó Sörensen.

—No —repuso al cabo de un momento Sciss—. No estoy seguro. Pero si no, oh, si no fuera así...

Algo raro le pasaba al científico; todos le miraron estupefactos, viendo que temblaba todo su cuerpo, hasta que la voz se le quebró, como a un chico en pleno crecimiento. Sciss emitió un extraño sonido. Sí, sí, estaba riendo a carcajadas, divertido por alguna idea suya, sin preocuparse por el silencio sepulcral de los demás como reacción a su hilaridad desenfrenada.

Sacó su cartera de debajo de la butaca, inclinó la cabeza en un leve saludo y, con los hombros sacudidos todavía por la risa, salió rápidamente del despacho a zancadas exageradamente largas.

2

Un fuerte viento desgarró las nubes. Por encima de las casas brilló el amarillento resplandor del ocaso. Los faroles palidecieron; la nieve se deshacía en manchas negras sobre las aceras y la calzada. Gregory andaba con paso rápido, las manos en los bolsillos de su abrigo, sin mirar a los transeúntes. Se detuvo en un cruce de calles, vaciló un instante marcando el paso con sus largas piernas porque empezaba a invadirle el aire frío del deshielo, saturado de humedad. Enfadado por su propia falta de decisión, torció finalmente a la izquierda.

La conferencia se había terminado casi inmediatamente después de la salida de Sciss, en realidad sin resultados. Sheppard no había decidido siquiera quién seguiría llevando el asunto.

Gregory conocía muy poco al inspector; hoy era la quinta o sexta vez que le veía en su vida. No le eran ajenas las maneras de atraerse la atención de los superiores pero no las aplicaba en su breve carrera de detective. Sin embargo, ahora lamentaba tener un cargo tan bajo. Esto disminuía considerablemente la posibilidad de que le confiaran la investigación.

Al despedirse, Sheppard le había preguntado qué pensaba hacer. Contestó que no lo sabía. Era la verdad, pero esta clase de sinceridad no suele ser provechosa. ¿No tomaría Sheppard esas palabras por una señal de cerrazón mental, si no de ligereza?

¿Qué contaría Farquart al inspector general sobre él a sus espaldas? Seguro que su opinión no sería de las más lisonjeras. Gregory se esforzaba en convencerse a sí mismo de que así era mejor, ya que ¿valía algo el juicio de un Farquart?

De ese poco interesante individuo, sus pensamientos pasaron a centrarse en Sciss. Éste era un hombre verdaderamente original. Gregory no sabía gran cosa de él.

El doctor había trabajado durante la guerra en la sección operacional del Estado General, donde, según se decía, logró unos cuantos éxitos personales. Un año después de finalizar la guerra, lo echaron estrepitosamente. Al parecer, insultó a un pez gordo, tal vez al mismo mariscal Alexander. Tenía fama de enemistarse con todos sus colaboradores. Se decía que era seco, mordaz, desprovisto totalmente de tacto y tan despiadado en cantar la verdad a los demás como sólo podía serlo un niño.

Gregory podía comprender perfectamente la repulsión que despertaba el científico. Recordaba muy bien su propia confusión durante la conferencia de Sciss, cuando fue incapaz de contraponer nada a sus lógicas deducciones. Al mismo tiempo, sin embargo, tenía todo el respeto para la clase de inteligencia que intuía en aquel hombre parecido a un pájaro de cabeza demasiado pequeña. «Habré de ocuparme de ello», pensó para terminar sus cavilaciones, sin precisar en qué tenía que consistir aquello de «ocuparse».

El día se apagaba rápidamente y empezaban a iluminarse los escaparates. La calle se estrechó; era un rincón del centro antiguo de la ciudad, tal vez sin transformar desde la Edad Media, con unos edificios oscuros y deformes, en los que brillaban grandes tiendas todas de cristal, que parecían hallarse allí por equivocación.

Entró en un pasaje para acortar el camino. En la entrada el suelo aparecía cubierto con una fina capa de nieve arrastrada por el viento. Gregory se extrañó al no ver huellas de pasos en ella. Una mujer solitaria, tocada con un sombrero rojo, contemplaba las sonrisas de cera de unos maniquíes vestidos con trajes de baile. Más lejos el pasaje daba una suave vuelta; sobre el cemento seco se veían los reflejos lila y blancos de las luces de los escaparates.

Gregory aminoró un poco el paso, sin pensar dónde se encontraba. Pensó en la risa de Sciss y se esforzó en adivinar su causa. Quería recordar exactamente el sonido de aquella risa, imaginándose que aquello tenía importancia. Sciss no

era, pese a las apariencias, un efectista; pagado de sí mismo, sí, seguro. Reía, pues, sólo para él y por razones que solamente él conocía.

Desde el fondo del pasaje solitario un hombre venía al encuentro de Gregory. Alto, esbelto, movía la cabeza como si hablase consigo mismo. El teniente estaba demasiado ocupado en sus propios pensamientos para observarle, pero le captaba en algún punto de la periferia de su mirada. El otro estaba ya cerca. La calle era más oscura, las luces de tres tiendas estaban ya apagadas, los cristales de la cuarta cegados por la cal: una reforma. Sólo por donde venía el solitario transeúnte brillaban unos ventanales muy iluminados.

Gregory levantó la cabeza. El hombre aminoró la marcha, se movía ahora con lentitud. Gregory no se había desprendido todavía de sus reflexiones y, aunque miraba la alta silueta del hombre que tenía delante, no veía su cara. Dio un paso; el otro le imitó.

«¿Qué querrá ése?», pensó Gregory. Ambos se estaban observando de reojo. Aquel hombre tenía una cara ancha, desdibujada por las sombras, un sombrero calado hasta las cejas, un abrigo algo corto ceñido con un cinturón mal atado, la punta enrollada en torno a la hebilla. En aquella hebilla había algo raro, pero Gregory tenía bastante con sus propios asuntos. Echó a andar para pasar al otro, pero el hombre le cerró el camino.

—Vaya, yo le... —empezó a decir Gregory irritado; pero la voz se le quedó en la garganta.

Aquel otro hombre era su propia imagen. Estaba ante un gran espejo que cerraba el pasaje como una pared. Había entrado por equivocación en un callejón sin salida, cubierto por un techo de cristal.

Estaba contemplando su propio reflejo, embargado todavía por la impresión, lenta en ceder, de observar a un desconocido. Un rostro atezado, no muy inteligente, con mandíbula terca (así se atrevía a definirla a veces). O tal vez sólo huraña, tontamente huraña, según la definición que le daba en otros momentos.

—¿Has visto bastante? —gruñó, y dando media vuelta se dirigió, confuso, hacia la salida, como si le hubieran tomado el pelo.

A mitad del camino cedió a un impulso irrazonable y miró atrás. «El otro» también se detuvo, lejos entre las iluminadas tiendas vacías, desapareciendo entre los misteriosos asuntos de su mundo de cristal. Furioso, se arregló el cinturón en la hebilla, se echó el sombrero hacia atrás y salió a la calle.

El pasaje siguiente le llevó directamente al Europa. El conserje le abrió la puerta de cristal. Gregory avanzaba entre las mesitas, hacia las azuladas luces del bar. Era tan alto que no precisaba ponerse de puntillas para sentarse en el taburete.

—¿Un White Horse? —preguntó el camarero. Gregory hizo un gesto afirmativo.

La botella emitió un sonido parecido a una campanita. Gregory apuró rápidamente la copa, convenciéndose de que el White Horse tenía el gusto áspero del alcohol malo, desagradable al pasar por la garganta. Lo detestaba. Pero al haber entrado varias veces seguidas en el Europa con el joven Kinsey, y beber con él precisamente este whisky, el camarero desde entonces le trataba como a un cliente habitual, sin olvidar lo que tomaba. En realidad, Gregory se encontraba con Kinsey para arreglar con él el cambio de vivienda. Prefería la cerveza caliente, pero le daba vergüenza pedirla en un local tan elegante.

Aquella vez entró sencillamente porque no le apetecía volver a casa. Decidió ordenar, con la ayuda de un trago, todos los hechos conocidos de la «serie» en una construcción homogénea, pero fue incapaz de recordar un solo nombre, una sola fecha.

Bebió, levantando exageradamente la barbilla.

Se estremeció: el camarero le estaba hablando.

—¿Qué? ¿Qué?

—¿No quiere usted cenar? Tenemos caza. Es la mejor época.

—¿Caza?

No entendía nada.

—Ah, sí, cenar —dijo, volviendo por fin a la realidad—. No. Póngame otra vez lo mismo.

El camarero asintió. Lavaba los vasos bajo unos grifos plateados, entrechocándolos como si quisiera romperlos. Levantó para mirar a Gregory su cara enrojecida, de músculos endurecidos, y murmuró con los ojos medio cerrados:

—¿Está usted esperando...?

En la barra no había nadie.

—No. ¿De qué se trata? —añadió en un tono más seco.

—No, nada, pensé que... estaba usted de servicio —refunfuñó el camarero, alejándose al otro extremo de la barra. Alguien tocó ligeramente el hombro de Gregory. Éste se volvió inmediatamente, pero se sintió decepcionado: era un camarero.

—Perdone... ¿El teniente Gregory? Le llaman por teléfono.

Tuvo que abrirse paso entre la multitud de parejas que bailaban. Esquivando empujones, trató de darse la mayor prisa posible. La bombilla de la cabina estaba fundida. La única luz era una mancha de claridad de cambiantes colores que se filtraba por una ventanilla redonda.

—Diga, aquí Gregory.

—Sheppard.

Al oír aquella voz lejana, su corazón dio un brinco. Uno solo.

—Teniente, me gustaría verle.

—Sí, señor inspector. ¿Cuándo quiere...?

—Pues preferiría no aplazarlo. ¿Tiene usted tiempo?

—Desde luego, señor. ¿Mañana?

—No, hoy, si usted puede. ¿Podría?

—Claro que sí.

—Perfectamente. ¿Sabe dónde vivo?

—No, pero...

—Walham, 85. Está en Paddington. ¿Puede usted venir ahora mismo?

—Sí.

—¿Preferiría quizá dentro de una hora o dos?

—No. Puedo ir enseguida.

—Le espero, pues.

Al colgar el auricular oyó un ligero chasquido. Gregory miró estupefacto el aparato. ¡Cómo demonios podía conocer Sheppard aquel condenado Europa donde él desahogaba sus baratos esnobismos? ¿Habría estado llamándole a todos los sitios? ¿Tanto le importaba encontrarle? La sola idea de esa posibilidad le hizo sudar. Salió del local y echó a correr hacia un autobús que se aproximaba. Desde la parada había que andar un buen trecho por calles tortuosas, cada vez más desiertas. Finalmente se encontró en una encrucijada de casas bajas. Los charcos reflejaban las luces centelleantes de una hilera de faroles de gas. No habría imaginado que un rincón tan abandonado pudiese esconderse en el corazón mismo de aquel barrio.

Al llegar al número 85 tuvo otra sorpresa. En el jardín, detrás de un muro bajo, se erguía un edificio macizo, solitario, y tan a oscuras como unas catacumbas. Sólo esforzando mucho la vista, Gregory captó un débil resplandor en una ventana al extremo del primer piso.

El portillo se abrió pesadamente, chirriando. El teniente avanzó en medio de una oscuridad casi total, ya que el muro tapaba la luz de los faroles. Unas losas de piedra, irregulares, llevaban sus pasos hacia la puerta de entrada. Avanzaba tanteando con los pies. En vez de un timbre, de la puerta negra sobresalía un picaporte abrillantado por el uso. Llamó con suavidad, temiendo hacer demasiado ruido.

Esperó un buen rato. En algún sitio goteaba un canalón; las ruedas de un coche chirriaron sobre el asfalto mojado de una curva. Una puerta se abrió silenciosamente. Un débil resplandor procedente de la parte alta de la casa iluminó la escalera. Arriba había una puerta abierta que daba a una pequeña antesala. Algo le miró desde lo alto con una mirada negra, vacía. Era el cráneo de un animal, apenas visible; sólo se distinguían unas cuencas vacías entre huesos amarillentos.

Se quitó el abrigo y entró en la estancia. El caminar en las tinieblas había sensibilizado su vista, por lo que tuvo que entornar los ojos.

—Siéntese, por favor.

La habitación estaba sumida en penumbra. La pantalla de la potente lámpara del escritorio estaba inclinada hacia abajo, dirigiendo el haz de luz sobre un libro abierto. Unos papeles extendidos sobre la mesa reflejaban la luz en el techo y las paredes. Gregory seguía de pie; en la estancia no había más que una butaca.

—Siéntese —repitió el inspector general. Fue como una orden. A pesar suyo, el teniente obedeció. Se hallaba ahora tan próximo a la fuente de la luz que no veía casi nada. En las paredes distinguía las manchas de unos cuadros; debajo de sus pies notaba una mullida alfombra. La butaca no era cómoda, pero adecuada para el trabajo en aquella enorme mesa. Enfrente, una larga estantería llena de libros sostenía en el centro un aparato de televisión, cuya pantalla de luz blanquecina brillaba débilmente.

Sheppard se acercó al escritorio, sacó de debajo de los libros una negra cajita metálica con cigarrillos y la tendió a su visitante. El también encendió uno. Empezó a pasearse entre la puerta y la ventana, oculta tras una pesada cortina marrón. El silencio se prolongó tanto que Gregory tuvo tiempo de observar hasta la saciedad el acompasado andar de su jefe.

—Decidí darle ese asunto —dijo de repente Sheppard, sin detenerse.

Gregory no supo qué contestar. Todavía notaba los efectos del alcohol que había bebido; inhaló profundamente el humo, como esperando que el tabaco le ayudara a serenarse.

—Lo llevará usted solo —prosiguió Sheppard. Su tono no admitía réplica. Sin dejar de andar, miró de reojo al hombre sentado bajo el círculo de luz.

—Le escogí a usted no por sus particulares aptitudes para la investigación, que no posee; tampoco es usted sistemático. No importa. En cambio, usted está interesado personalmente por ese problema, ¿verdad?

—Sí —contestó Gregory.

Le parecía que esta breve y decidida respuesta era la más apropiada.

—¿Tiene alguna idea propia al respecto, algo completamente privado que no haya querido manifestar hoy en mi despacho?

—No. Mejor dicho... —Gregory dudaba.

—Le escucho.

—Es una impresión sin ninguna base —dijo Gregory. Las palabras parecían resistírsele—. Me parece que en ese asunto no se trata de los cadáveres. Quiero decir que desempeñan un papel, pero no el primordial.

—¿Qué es, pues, lo primordial?

—Lo ignoro.

—¿Seguro?

La voz del inspector era aviesa, su tono casi alegre. A Gregory le hubiera gustado ver en aquel momento su cara. Era un Sheppard muy diferente del que veía de vez en cuando en Scotland Yard.

—Creo que es un asunto feísimo —soltó de pronto como si hablara a un colega— Hay en él algo... algo perverso. No porque sea tan difícil. Es que contiene detalles que no se pueden relacionar, no por una imposibilidad física, sino porque entonces resulta un contrasentido psicológico tan colosal que no se puede seguir pensando.

—Sí, sí —convino Sheppard, escuchando atentamente. Seguía andando. Gregory dejó de seguirle con la vista. Miraba los papeles de la mesa y hablaba cada vez con más énfasis:

-—La posibilidad de la locura, manía, psicopatía como base de todo el problema, es muy sugestiva. Se empiece por donde se empiece, aun queriendo evitarlo, se vuelve siempre a lo mismo. En el fondo es la única tabla de salvación. Pero sólo aparentemente. Un maniático, perfecto. Pero a esta escala y con esta férrea lógica. ¡No sé si me explico! Cuando se entra en una casa y se encuentra que todas las mesas y todas las sillas sólo tienen una pata, se puede decir: es obra de un loco. Un loco amuebló así su piso. Pero si fuéramos de casa en casa, encontrando lo mismo en toda la ciudad... No sé qué significado tiene, pero no pudo, no puede ser un loco. Es más bien el polo opuesto. Alguien demasiado inteligente, sólo que había empleado su inteligencia en un asunto incomprensible.

—¿Y luego? —preguntó Sheppard por lo bajo, como temiendo apagar el fuego interno que invadía a Gregory. Detrás del escritorio, mirando sin ver los papeles, el joven dijo tras un momento de silencio:

—Luego... cosas muy malas. Muy malas. Una serie de hechos sin un solo tropiezo; es horroroso, me... espanta. No es humano. Los hombres no actúan así. Los hombres se equivocan, tienen que cometer de vez en cuando un error, embrollarse, dejar una huella, dejar sin concluir algún proyecto. Esos cadáveres al principio, esos... cuerpos «tocados», según se lo había llamado... Yo no creo en lo que afirma Farquart que el culpable, alarmado, había huido. Ni mucho menos. Entonces quiso tocarlos solamente. Primero un poco. Después más. Luego más todavía, hasta que desapareció el primer cadáver. Debió de ser así, él lo decidió así. Estuve pensando, sigo pensando siempre: ¿por qué?... pero no lo sé. No sé nada.

—¿Conoce usted el caso de Lapeyrot? —preguntó Sheppard.

Seguía en el fondo de la estancia, apenas visible.

—¿Lapeyrot? Aquel francés que...

—Sí. Fue en el año 1909. ¿Conoce el asunto?

—Me suena, pero no recuerdo. ¿De qué se trata?

—Del exceso de huellas. Así se había dicho, no muy acertadamente. En la orilla del Sena se fueron encontrando durante un cierto tiempo botones de trajes, dispuestos en varias figuras geométricas, hebillas de cinturones, de tirantes, monedas sueltas, formando polígonos, círculos, diversas figuras. Pañuelos entrelazados como trenzas.

—Un momento. Recuerdo algo. Tuve que leer algo sobre eso. Dos viejos que en un desván... ¿Es eso?

—Sí. Eso es precisamente.

—Buscaban a hombres jóvenes que querían suicidarse, les disuadían de ello, les consolaban, se los llevaban a casa y les rogaban que les contaran las razones de sus ideas suicidas. Era así, ¿verdad? Y luego... les estrangulaban. ¿No es eso?

—Más o menos. Uno de los viejos era químico. Desnudaban a las víctimas, hacían desaparecer los cuerpos por

medio de ácidos concentrados y de un horno, y jugaban a las adivinanzas con la policía valiéndose de los objetos menudos que habían pertenecido a las víctimas.

—No entiendo por qué me habla de ello. Uno de los asesinos estaba loco, el otro sufría la llamada *folie en deux.* Sin voluntad, supeditado a la personalidad del primero. Inventaron esas adivinanzas porque les excitaba. El caso fue tal vez difícil de resolver, pero en el fondo, trivial: hubo asesinos y víctimas, hubo huellas. Qué más da que fueran preparadas artificialmente...

Gregory se interrumpió y, con una extraña sonrisa en sus labios, miró al inspector, tratando de ver su cara en la penumbra.

—Ah... ah... —dijo, como si hubiese hecho un descubrimiento sobrecogedor— de eso se trata...

—Sí, exactamente de eso —convino Sheppard, reanudando su paseo por la estancia.

Gregory bajó la cabeza. Sus dedos pellizcaban el borde de la mesa.

—Artificiales... —murmuró—. Imitación... Imitación, ¿verdad? —repitió alzando la voz—. Fingido, pero ¿qué? ¿La locura? No, eso no: el círculo vuelve a cerrarse.

—Se cierra, porque usted va por el mal camino. Cuando dice «locura fingida» está buscando una analogía estricta con el caso Lapeyrot. Los asesinos actuaban allí, por así decirlo, para un espectador determinado: dejaban huellas adrede, dando a la policía unos rompecabezas por resolver. Mientras que en nuestro caso no hay seguridad alguna de que el «destinatario» sea la policía. Lo considero, inclusive, muy poco probable.

—Realmente... —empezó a decir Gregory. Estaba desanimado, apagado—. Así que volvemos otra vez al punto de partida. Al motivo.

—De ninguna manera, espere un poco. Mire aquí, por favor.

Sheppard indicó con una mano la pared. Había en ella una manchita fija de luz, que Gregory no había visto antes. ¿De dónde procedía? Miró la mesa. Cerca del foco de la lámpara, sobre las hojas, aparecía un pisapapeles tallado. Un estrecho rayo, reflejado por el cristal, atravesaba el oscuro fondo de la estancia, incidiendo en la pared.

—¿Qué es lo que ve usted allí? —preguntó Sheppard, desapareciendo en la sombra.

Gregory ladeó el cuerpo para soslayar la luz cegadora de la lámpara. De la pared colgaba un cuadro, casi invisible en la sombra. El solitario rayo iluminaba sólo un pequeño fragmento de la pintura. En aquel espacio, no mayor que dos monedas, aparecía una mancha oscura, ribeteada por una línea ondulada gris claro.

—¿Aquella mancha? —dijo—. ¿Un corte transversal de algo? No, no veo bien, espere...

Aquella forma le intrigó. La observó detenidamente, entornando los ojos. Cuanto más la miraba, sentía crecer en él una extraña inquietud. Seguía sin distinguir nada en el cuadro, pero su inquietud iba en aumento.

—Es como un ser vivo —dijo, bajando la voz a pesar suyo—. No, no... ¿Una ventana de una casa quemada, en ruinas?

Sheppard se acercó, tapando con su cuerpo aquel fragmento. La irregular manchita de luz se dibujaba ahora en su pecho.

—No puede darse cuenta de nada porque sólo ve una parte —dijo—. ¿Verdad?

—¡Ah! Usted cree que la serie de cadáveres robados constituye un fragmento, una parte, digamos, el principio de un fenómeno de mayor importancia...

—Eso es lo que yo pienso.

Sheppard reanudó su ir y venir por la estancia. Gregory volvió a mirar la pared.

—Podría ser el comienzo de un asunto de gran envergadura, criminal o político, que, en un momento dado, sobrepasará las fronteras de nuestro país. Lo que pasara, sería, pues, originado por lo que ya ocurrió. Puede ser también algo distinto, tal vez hemos observado sólo una maniobra de despiste, una operación táctica aparente...

Gregory apenas escuchaba, absorto por entero en aquella forma oscura, inquietante.

—Perdone —dijo inesperadamente, sorprendiéndose a sí mismo—. ¿Qué hay allí, señor inspector?

—¿Dónde? ¡Ah, aquello!

Sheppard dio la vuelta al conmutador. La luz invadió la estancia durante dos o tres segundos. Luego el inspector volvió a apagar la lámpara.

Todo quedó sumido en la penumbra. Pero Gregory tuvo tiempo de ver lo que antes era invisible: una cara de mujer, echada oblicuamente atrás, mostrando sólo el blanco de los ojos, con una profunda huella de soga en el cuello. Ya no pudo ver más detalles de la fotografía, pero a pesar de ello, como con un extraño retraso, percibía el horror, petrificado en aquel rostro muerto. Su mirada acompañó los pasos del inspector.

—Tal vez tenga usted razón —dijo parpadeando—, pero no sé si es esto lo más importante. ¿Puede usted imaginarse a un hombre que por la noche, en un oscuro depósito de cadáveres, roe con los dientes una cortina de tela?

—¿Es que usted no puede? —replicó Sheppard.

—Oh, sí, pero en la excitación, asustado, a falta de otros utensilios a mano, por necesidad... Pero usted sabe tan bien como yo para qué lo hizo. Esto se repite en toda la serie, esa maldita cadena de casos idénticos. Es obvio que lo preparó todo para que pareciera que aquellos cadáveres resucitaban. Para esto calculaba hasta el último detalle y estudiaba los partes meteorológicos. ¿Podría un hombre así imaginar a un policía inclinado a creer en un milagro? ¡En esto, precisamente en esto, estriba toda la locura!

—De la que usted opinaba que no existe ni puede existir —observó con indiferencia Sheppard, que apartando la cortina miraba por la oscura ventana.

—¿Y por qué recordó el caso de Lapeyrot? —preguntó Gregory rompiendo el silencio.

—Porque había empezado de manera infantil, por unos botones dispuestos formando dibujos y formas. Pero no sólo por eso. Dígame: ¿cuál es el polo opuesto a la acción humana?

—No entiendo... —farfulló Gregory.

Le dolía mucho la cabeza.

—El hombre manifiesta su personalidad por sus actos —aclaró con calma el inspector—. Por tanto, la muestra también en sus acciones criminales. Pero la regularidad que observamos en nuestra serie es impersonal. Impersonal, como una ley de la naturaleza. ¿Entiende?

—Me parece... —empezó a decir Gregory con voz ronca. Se estaba inclinando lentamente hacia un lado, hasta situarse fuera del alcance de la cegadora luz del foco. Así, paulatinamente, sus ojos podían ver mejor en la oscuridad. Al lado de la fotografía de la mujer había otras igualmente de rostros sin vida. Sheppard, caminando a lo largo de la estancia, parecía moverse entre esos rostros como en un extraño decorado irreal. Se detuvo delante del escritorio.

—Hay en esta serie una perfección matemática que podría sugerir que nuestro problema no existe. Es extraordinario, pero cierto, Gregory...

—Qué, qué quiere... —balbuceó el teniente. Su voz era casi inaudible. Instintivamente se echó hacia atrás.

Sheppard se mantenía inmóvil, la cara invisible. De pronto, Gregory oyó un ruido entrecortado. El inspector general se reía.

—¿Le he asustado? —preguntó, de nuevo serio—. ¿Cree usted que estoy divagando?

—¿Quién hace el día y la noche? —prosiguió. Su tono era sarcástico. Gregory se levantó repentinamente, empujando la butaca.

—¡Entiendo! ¡Naturalmente! —dijo—. Se trata de la creación de un nuevo mito. Una ley de naturaleza artificial. Un culpable artificial, impersonal, invisible. Y, evidentemente, todopoderoso. ¡Formidable! Una imitación de lo infinito...

Gregory se estaba riendo con una risa nerviosa. Calló, respirando profundamente.

—¿Por qué se ríe? —preguntó el inspector calmosamente, con cierta tristeza en la voz—. ¿No será porque usted ya tuvo esta idea, pero la rechazó? ¿Una imitación? Desde luego. Sólo que puede ser perfecta, tan perfecta, Gregory, que volverá a verme con las manos vacías.

—Es posible —confesó Gregory fríamente—. Entonces me sustituiría otro funcionario. En último caso, podía explicar ya cada detalle por separado, incluso lo de aquella sala de disección. La ventana puede abrirse desde fuera con la ayuda de un hilo de nilón, sujeto previamente al pomo. He hecho incluso la prueba. Pero, que algún creador de una religión nueva, algún imitador de milagros, tuviese que empezar por esos procedimientos...

Se encogió de hombros.

—No, no es tan sencillo. Repite usted siempre la palabra «imitación». Una muñeca de cera es imitación de un ser humano. ¿No es así? Y si alguien fabricase una muñeca que anduviera y hablase, sería una imitación perfecta. ¿Y si fabrica una muñeca que sangre? Una muñeca desgraciada y mortal, entonces, ¿qué?

—¿Y qué tiene que ver todo eso si hasta la imitación más perfecta, incluso una muñeca así, tiene que ser fabricada por alguien? ¡A ese alguien se le puede traer aquí esposado! —exclamó Gregory, embargado por una ira repentina. «¿Estará jugando conmigo?», pensó por un momento—. Señor inspector... —dijo—. ¿Podría hacerle una pregunta?

Sheppard le miró.

—Usted considera este problema insoluble, ¿no es así?

—En absoluto. Sin embargo, es posible que la solución... —El inspector dejó la frase sin terminar.

—Dígamelo todo, se lo ruego.

—No sé si tengo derecho —dijo secamente Sheppard, como molesto por la insistencia de Gregory—. Usted tal vez rechazaría esta solución.

—¿Por qué? Le ruego que se explique con más claridad.

Sheppard meneó la cabeza.

—No sé hacerlo.

Se acercó al escritorio, abrió un cajón y sacó de él un pequeño paquete.

—Hagamos lo que nos incumbe —dijo, entregándoselo a Gregory.

Eran fotografías de tres hombres y una mujer. Unas caras corrientes y vulgares, que en nada llamaban la atención, miraban a Gregory desde las brillantes cartulinas.

—Son ellos —dijo.

Conocía dos de aquellas caras.

—Sí.

—¿No tiene fotos mortuorias?

—Pude conseguir dos. —Sheppard sacó otro sobre del cajón—. Sacadas en el hospital conforme al deseo de la familia.

Eran fotos de dos hombres. Extrañamente, la muerte infundió una mayor personalidad a sus rasgos vulgares, les dio el aire de una atención concentrada. Se volvieron más expresivos que en vida, como si sólo ahora tuviesen que guardar un secreto.

Gregory levantó los ojos hacia Sheppard. Quedó estupefacto. Encorvado, repentinamente envejecido, el inspector apretaba los labios, como si sufriese.

—¿Señor inspector...? —inquirió a media voz, con timidez.

—Preferiría no confiarle este asunto... pero no tengo a nadie... —dijo en voz baja Sheppard. Puso una mano sobre el hombro del teniente—. Mantenga el contacto conmigo. Me gustaría ayudarle, pero no sé si en este caso la experiencia sirve de algo.

Gregory dio un paso atrás. La mano del inspector cayó de su hombro. Ambos se encontraban ahora fuera del círculo de luz. En la penumbra les miraban desde las paredes todas aquellas caras. El teniente se sentía más borracho que en ningún otro momento de aquella noche.

—Señor... —dijo—. Usted sabe más de lo que quiere decirme... ¿no es así?

Le fallaba un poco la respiración, como después de un esfuerzo. Sheppard no contestó.

—Usted... ¿no puede o no quiere? —insistió Gregory—. No se le ocurrió pensar de dónde le venía tanto valor.

Sheppard negó con la cabeza, mirándole con una inusitada indulgencia. ¿O tal vez con ironía?

Gregory miró sus manos y vio que en la izquierda tenía las fotografías de los vivos y en la derecha las de los muertos. Entonces el mismo extraño impulso que momentos antes le había empujado a formular su insólita pregunta volvió a inspirarle. Fue casi como si le hubiese tocado una mano invisible.

—¿Cuáles son... más importantes? —inquirió tímidamente en voz apenas audible. Sólo en aquel profundo silencio pudo oírse su voz.

Sheppard, mirándole con los labios apretados, hizo una mueca de desaliento y se acercó al conmutador. Una luz blanca invadió la estancia, haciendo que todo se volviera corriente y natural. Gregory introdujo poco a poco las fotos en su bolsillo.

La entrevista llegaba a su fin. Y, sin embargo, aunque hablasen ya solamente de cosas concretas: cantidad y colocación de los puestos para el control de los depósitos de cadáveres, vigilancia de las localidades mencionadas por Sciss, plenos poderes para el teniente, quedó entre ellos la sombra de algo inexpresado.

Una y otra vez el inspector guardó silencio mirando a Gregory, dubitativo, como si quisiera dejar los asuntos concretos y volver a la conversación de antes. Pero no lo hizo.

La mitad inferior de la escalera estaba completamente oscura. Gregory encontró la salida a tientas. De repente, oyó su nombre:

—¡Gregory, le deseo mucho éxito! —exclamó detrás de él el inspector general.

El teniente estaba cerrando la puerta cuando el viento la golpeó con estrépito.

El frío era penetrante. La helada cuajaba los charcos, el barro endurecido crujía bajo los pies, y en el aire, impulsadas por las ráfagas, volaban pequeñas gotas convertidas en una borrasca de punzantes agujas de hielo. Acribillaban dolorosamente el rostro y, con un crujido como de papel desgarrado, rebotaban sobre la rígida tela del abrigo.

Gregory quería resumir todo lo ocurrido durante la noche, pero era tan imposible como si hubiera tratado de clasificar las invisibles nubes que el viento empujaba por encima de su cabeza. Los recuerdos luchaban en él, fluían en imágenes sueltas, cuyo único común denominador era la profunda desazón y desorientación que en él causaban. Una estancia con las paredes repletas de fotos mortuorias, un escritorio cubierto de libros abiertos. Lamentó vehementemente no haber echado una ojeada a aquellos libros, a los papeles extendidos. No se detuvo en pensar que hubiese sido una indiscreción. Tenía la sensación de encontrarse en una frontera, más allá de la cual no había nada seguro. Cualquier cosa, aparentemente fútil, podía mostrarle uno de los posibles significados, para desdibujarse, evaporarse, cuando la quería aprehender. Al intentar descifrar aquel misterio, se hundiría en un mar de detalles de

múltiples sentidos, hasta ahogarse en aquellas profundidades sin haber comprendido nada.

¿A quién, de hecho, debía entregar a Sheppard: a un creador de una religión nueva? La perfecta eficacia de la máquina de investigación, comprobada por la rutina, se volvía en este caso contra sí misma. Porque cuantos más hechos, escrupulosamente medidos, fotografiados y descritos se acumulaban, tanto mayor contrasentido ofrecía el conjunto.

De tener que buscar un asesino escondido en las tinieblas, no se sentiría tan impotente ni tan amenazado. ¿A qué se debía aquella perplejidad, aquella inquietud en la mirada del viejo inspector, que quería ayudarle sin poder hacerlo?

¿Por qué le habría escogido precisamente a él, un principiante, para un caso cuya solución —según sus propias palabras— podría ser imposible de aceptar? Y ¿le había llamado, de noche, sólo para eso? Sin fijarse en lo que le rodeaba, sin ver la oscura calle, sin notar las gotas que le resbalaban por la cara, seguía avanzando sin rumbo fijo, con los puños apretados en los bolsillos. Inspiraba profundamente el aire frío y húmedo, volviendo a ver ante sí, muy cerca, la cara de Sheppard llena de sombras, un temblor en la comisura de los labios.

Empezó a calcular el tiempo transcurrido desde su salida del Europa. Ahora eran las diez y media, es decir, hacía unas tres horas. «No estoy bebido», se decía. Se detuvo de repente. A la luz de un farol leyó el nombre de la calle. Se orientó hacia la estación del Metro más próxima y encaminó sus pasos en aquella dirección.

Ahora transitaba por lugares de mayor tráfico; resplandecían los anuncios de colores, y en los cruces parpadeaban, verdes y rojos, los semáforos. Varios transeúntes penetraban en la boca del Metro. Gregory se situó en una escalera mecánica; descendía lentamente en medio de ruidos cada vez más fuertes. Lo acogió una bocanada de aire seco, impulsado mecánicamente.

En los andenes hacía más calor que arriba. Dejó pasar un tren que se dirigía a Islington. Siguió con la vista el rojo triángulo de luces del último vagón. Dio la vuelta a un quiosco de periódicos. Luego se apoyó en un soporte metálico de la bóveda y encendió un cigarrillo.

Llegó su tren. Las puertas se abrieron con el silbido de los cierres neumáticos. Se sentó en un rincón. El vagón dio una sacudida y arrancó. Las luces del andén corrían cada vez más, sustituidas luego por las lámparas blanquecinas del túnel y convertidas por la velocidad en una borrosa línea.

Gregory volvió a pensar en su encuentro con Sheppard. Le parecía que tenía otro significado, escondido, más importante, que entendería si pudiera concentrarse. Miraba con ojos ausentes las caras inexpresivas, iluminadas por una hilera de bombillas parpadeantes.

Una extraña inquietud hervía en su interior, hasta que se concretó en las palabras: ocurrió algo malo. Algo funesto e irreversible había ocurrido esa noche... ¿o ese día? El torrente de sus pensamientos se cortó de repente, en seco.

Entornó los ojos. Le pareció que en el ángulo opuesto del vagón, lejos, junto a la puerta, viajaba algún conocido. Aquella cara le recordaba algo. Ya no veía nada más. Una cara de mejillas colgantes, de rasgos muy esponjosos, borrosos, una cara de viejo.

Aquel hombre, con la cabeza apoyada en el tabique, dormía tan profundamente que el sombrero le descendía cada vez más, proyectando una larga sombra hasta el mentón. Las sacudidas del vagón imprimían a su cuerpo un vaivén acompasado, más fuerte en las curvas. En un momento dado, una mano se le deslizó de las rodillas, inerte como un paquete, y colgó oscilante, grande, pálida, bastante hinchada.

La velocidad del tren iba en aumento, las sacudidas eran más fuertes; finalmente la mandíbula del hombre dormido, que Gregory no pudo identificar, empezó a caer lentamente. Su boca se abrió.

«Duerme como un muerto», pensó el teniente al mismo tiempo que sentía la fría garra del miedo. Se quedó sin respiración un segundo. Ya sabía. Tenía en su bolsillo una fotografía de este hombre, hecha después de su muerte. El tren frenó bruscamente: Cross Row. Entraron varias personas. Las luces del andén se estremecieron, se desplazaron, corrieron hacia atrás.

El tren volvía a emprender la marcha.

De nuevo brillaron los anuncios y los carteles luminosos. Ni siquiera miró el nombre de la estación, aunque era la suya. Seguía sentado, inmóvil, rígido, observando al hombre dormido. Resonó un silbido desgarrador, las puertas se cerraban, las líneas horizontales de los tubos del alumbrado retrocedían hasta desaparecer como seccionadas por un cuchillo: el tren corría por un túnel oscuro, aumentando la velocidad.

Gregory no oía el traqueteo de las ruedas, ahogado por los latidos de su propia sangre en la cabeza. Todo a su alrededor se convertía, bajo su mirada fija clavada en un solo punto, en un pálido embudo lleno de chispas brillantes, en cuyo fondo reposaba la cabeza del hombre dormido. Miraba como hipnotizado la oscura rendija de aquella boca entreabierta. Finalmente, su cara, su piel, pálida e hinchada, se convirtieron para los esforzados ojos del teniente en una luz opalescente. Sin apartar la vista de aquel hombre se desabrochó el abrigo para sacar la fotografía. El tren aminoraba la velocidad. ¿Dónde estaban? ¿En Cambervell ya?

Se levantaron unos pasajeros; un soldado que se dirigía a la salida tropezó con la pierna extendida del hombre dormido. Éste se despertó de golpe, rápidamente arregló en silencio su sombrero, se levantó y se deslizó entre los que salían.

Gregory se puso en pie de un salto, llamando la atención de sus vecinos. Varias personas le miraron. Saltó al andén cuando el tren ya se ponía en marcha, reteniendo con fuerza la puerta a medio cerrar. Sobre el fondo de los vagones en marcha percibió con el rabillo del ojo la expresión de enfado del revisor. Mientras corría oyó detrás de sí la voz de éste:

—¡Oiga, joven!

Sus pulmones se llenaron de aire frío. De repente se detuvo, le latía el corazón fuertemente. Mezclado con la gente, el hombre del vagón se dirigió a la larga barandilla de hierro de la salida. Gregory retrocedió. Detrás tenía un quiosco de periódicos, cuya bombilla, sin pantalla, arrojaba una luz intensa. Esperó.

El anciano venía despacio y la ola de pasajeros se le adelantaba. Cojeaba de una pierna. Las alas de su sombrero colgaban empapadas por la lluvia, su abrigo aparecía arrugado y raído alrededor de los bolsillos. Parecía muy pobre, Gregory miró la fotografía que tenía en la mano. No guardaba ningún parecido.

Perdió la cabeza. ¿Sería una coincidencia casual de unos rasgos con cierto parecido y un ambiente que le subyugaba? El muerto, por cierto, era mucho más joven. Sí, no cabía duda, era alguien totalmente distinto.

Atontado, relajados los músculos, con un temblor desagradable en las mejillas, Gregory miraba primero la foto, después al anciano. Este finalmente se dio cuenta de que le observaba y volvió su ancha cara, que colgaba sobre las solapas del abrigo, cubierta de una barba gris de varios días, hacia el detective. Su mirada era tan fija que imprimía a su rostro una expresión de estupor idiota: su mandíbula descendió ligeramente, se le entreabrieron los labios dejando ver unos hilillos de saliva y, en aquel momento, volvió a parecerse al muerto de la foto.

Gregory extendió la mano para ponerla en el hombro del viejo; éste gritó algo, o más bien emitió un ronco grito de espanto y, de un brinco, saltó a la escalera mecánica.

Antes de que Gregory hubiera emprendido la persecución, una familia con dos niños los separó, cerrándole el paso. El viejo, al verle en la escalera de subida, se escurría entre los pasajeros tratando de aumentar la distancia.

Gregory empezó a apartar a codazos a la gente que le separaba del hombre. Hubo unas frases iracundas, una mujer le increpó indignada. No hizo caso. Arriba, en la salida, la excesiva concurrencia de gente le impidió pasar. Trató de abrirse paso a la fuerza pero tuvo que renunciar. Cuando, obligado a caminar al ritmo de la riada humana, salió a la calle, no había ni rastro del hombre del Metro. En vano lo buscó con la vista en las aceras. Presa de una ira incontenida contra sí mismo, sabía muy bien que la culpa era suya, por aquel segundo de estupor o sencillamente de miedo.

Los coches contorneaban en dos torrentes la islita formada por la entrada del Metro. Cegado a cada instante por los faros de los vehículos, Gregory se mantenía al borde mismo de la calzada, hasta que un taxi se detuvo delante de él, convencido el chófer de que aquel peatón aguardaba un vehículo. Se abrió la portezuela. Gregory subió y dio maquinalmente sus señas. Al arrancar el coche su mano apretaba todavía aquella fotografía.

Al cabo de diez minutos el taxi paró en la esquina de una estrecha calle que arrancaba de Odd Square. Gregory se apeó, ya casi convencido de haber sido víctima de una quimera. Suspirando, buscó las llaves en el bolsillo.

La casa donde vivía pertenecía al matrimonio Fenshaw. Era un edificio viejo, de un solo piso, con un portal casi digno de una catedral, un tejado escarpado y complicado, muros gruesos y lóbregos. Los pasillos abundaban en unos extraños ángulos y recodos, los techos de las habitaciones eran tan altos que parecían estar pensados para seres voladores. La inusitada riqueza pictórica de aquellos techos confirmaba esta impresión. Las filigranas que brillaban en las alturas, la magnitud de la caja de la escalera revestida de mármol, sumida en penumbra para ahorrar luz, la enorme terraza apoyada en unas columnas, el salón de espejos con unas arañas copiadas de las de Versalles y un gigantesco cuarto de baño que antes debía haber sido una sala de baile, todo ello excitó la imaginación de Gregory cuando acompañado por el aspirante Kinsey, había visitado la propiedad de los señores Fenshaw. Y, como la pareja le causó también una impresión más bien favorable, aceptó la proposición del colega y ocupó la habitación abandonada por Kinsey por razones, según dijo, personales.

Los arquitectos Victorianos que habían construido aquella casa nada sabían de las modernas máquinas para vivir; el edificio presentaba, desde luego, no pocos inconvenientes. Para llegar al cuarto de baño, Gregory tenía que atravesar un corredor y un porche de cristales; el camino desde la escalera a su cuarto le llevaba por un salón de seis puertas, casi vacío a no ser por unos bajorrelieves ennegrecidos de dorados exfoliados; una araña de cristal y seis espejos en los rincones. Aun así, pronto se convenció de que los fallos de instalación no eran los más importantes.

Gregory vivía en un continuo apresuramiento, regresaba a casa tarde y pasaba días enteros en el trabajo, por lo que tardó bastante en darse cuenta de las ocultas particularidades de su nueva vivienda. Antes de que pudiera reaccionar, aquel ambiente empezó a arrastrarle a la órbita de unos fenómenos que hasta entonces carecían para él de la menor importancia.

Los Fenshaw habían dejado desde hacía tiempo de ser jóvenes, pero se resistían a envejecer. Él era descolorido, delgado, con un cabello de color indefinido que se volvía gris súbitamente, sin notarse el cambio. Tenía una cara melancólica y su nariz parecía trasplantada de otra cara más carnosa. En la suya producía el efecto de una nariz postiza. Vestía a la antigua, llevaba unos zapatos en extremo lustrosos y chaqué gris, y un bastón alto del que no prescindía ni siquiera en casa. Su esposa era una mujer deforme de pequeños ojos negros que parecían flotar en aceite. Llevaba vestidos oscuros y era tan achaparrada que Gregory empezó a sospechar que se abultaba la figura adrede con algún relleno. Sumamente taciturna, era difícil recordar el timbre de su voz. Cuando el teniente preguntó a Kinsey por los dueños de la casa, éste le contestó primero: «Ya te arreglarás con ellos», añadiendo luego misteriosamente: «Son unos bicharracos.» Gregory, que sólo deseaba entonces que se le animara en su deseo de trasladarse a aquella casa enorme, no hizo caso de aquel epíteto, tanto más cuanto que a Kinsey le gustaba expresarse de manera un tanto original.

Después de mudarse allí, Gregory se encontró por primera vez a la señora Fenshaw muy temprano, yendo al cuarto de baño. Se hallaba sentada en una sillita, pequeña como para un bebé, empujando hacia delante con ambas piernas una alfombra que iba enrollando. En una mano tenía un trapo, en la otra un trocito de afilada hojalata, y frotaba con gran delicadeza las maderas del parqué que la alfombra dejaba al descubierto. Avanzaba así, junto con la silla, muy despacio, de modo que al regreso del baño, la encontró muy concentrada en su actividad medio metro más lejos. Se parecía, en el fondo del salón, a la cabeza negra de una gran oruga cuyo cuerpo fuera la alfombra. Gregory preguntó si podía ayudarla en algo. La mujer levantó su impasible rostro de tez amarillenta sin decir palabra. Por la tarde, al salir de casa, poco faltó para que la precipitara desde lo alto de la escalera (las luces no estaban encendidas), cuando la mujer se trasladaba con su sillita de un peldaño a otro. Después se topaba con ella a las horas y en los lugares más inesperados. Cuando estaba en su habitación trabajando, llegaba a veces a sus oídos el chirrido de la silla, acercándose con gran regularidad y lentitud. Al interrumpirse frente a su puerta aquel chirrido, pensó con desagrado que la señora Fenshaw le estaba espiando. Salió rápidamente al pasillo, pero la mujer, ocupada en rascar el parqué en aquel sitio, no le dedicó la menor atención.

Gregory supuso finalmente que la señora Fenshaw actuaba así para no gastar en el servicio. Lo de arrastrar la sillita era por comodidad, para no agacharse. Sin embargo, esta sencilla explicación, probablemente acertada, no tranquilizó del todo al teniente, ya que la presencia de la señora Fenshaw, inseparable del lento chirriar de la silla, desde el alba hasta el anochecer, salvo las horas de la comida, empezó a revestir para él un carácter casi demoníaco. A veces, durante horas enteras, esperaba con angustia que cesara aquella chirriante procesión. Cerca de la señora Fenshaw se veían siempre dos grandes gatos negros, de los que, al parecer, nadie se ocupaba. Gregory los detestaba sin un motivo concreto. Todo esto debería traerle sin cuidado; se lo decía y se lo repetía docenas de veces. Tal vez hubiese podido aislarse de todo lo que ocurría fuera de las paredes de su cuarto, pero... estaba también el señor Fenshaw.

De día no notaba su presencia. El viejo señor ocupaba una habitación contigua a la de Gregory. Al igual que en la suya, la segunda puerta de la otra habitación daba a la hermosa *terraza* que había entusiasmado al teniente. Pasadas las diez, a veces las once, resonaban detrás de la pared común unos golpes acompasados. A veces claros y sonoros, otras sordos, como si alguien golpeara ligeramente la pared con un martillo. Se oían también otros fenómenos acústicos. Al principio a Gregory le parecía que no se podía contar, de tantos como eran. Se equivocaba. Ya al cabo de un mes supo que los ruidos más frecuentes no pasaban de ocho.

Tras una serie de golpes, se percibía un ruido hueco, como si alguien hiciese rodar por el suelo un tubo o un tonel de madera. Había unas sacudidas, enérgicas aunque blandas, como si una persona, andando descalza, golpease a cada paso el suelo con los talones; un batir de palmas, o mejor dicho, unos desagradables clacs, como si una mano abierta golpease una superficie convexa, húmeda, tal vez hinchada de aire; unos silbidos intermitentes; unos ruidos difíciles de describir: persistentes crujidos entrecortados por golpes metálicos o bien enérgicos chasquidos llanos que podrían ser los de un mosquero, o algo como la rotura de unas cuerdas demasiado tensas de un instrumento musical. Todos estos ruidos se seguían de manera irregular, a veces faltaban durante varias noches. Sólo aquel andar de pies descalzos aparecía siempre. Si su ritmo era más rápido, podía esperarse un concierto de una riqueza e intensidad particulares. La mayoría de esos susurros y sonidos no era muy fuerte, pero Gregory, acostado en la habitación oscura, con la vista fija en el techo invisible, tenía a veces la sensación de que le estallaba el cerebro. Como no se autoobservaba, no hubiera sabido fijar el momento en que su interés por aquellos sonidos se transformó de una curiosidad superficial en un sufrimiento casi morboso. Tal vez el extraño comportamiento de la señora Fenshaw durante el día lo sensibilizara a los misterios nocturnos, pero estaba entonces demasiado absorbido por una investigación para reflexionar sobre ello. Al principio dormía muy bien y no oía gran cosa. No obstante, cuando una y otra vez volvió a distinguir unos sonidos que se destacaban por su misteriosa originalidad, la oscura habitación se convirtió para él en una caja de resonancia demasiado perfecta. Cuando se había dicho con firmeza que las prácticas nocturnas del señor Fenshaw nada tenían que ver con él, era ya demasiado tarde.

Trató, pues, de entenderlas, esforzando su imaginación para dar un contenido lógico a aquellos sonidos inexplicables y misteriosos, pero al poco tiempo tuvo que darse por vencido.

Anteriormente había dormido siempre como un tronco hasta la hora de levantarse, por lo que escuchaba cortésmente, pero con extrañeza, rayana en la incredulidad, las lamentaciones de las personas que padecían insomnio. En casa de los Fenshaw se habituó a tomar somníferos.

Una vez por semana, los domingos, comía con sus anfitriones. Le invitaban siempre el sábado. En una de esas ocasiones, logró echar un vistazo a la habitación del señor Fenshaw. Se arrepintió de ello, ya que su hipótesis, laboriosamente elaborada, de que el hombre se ocupaba en algunos trabajos experimentales o mecánicos, se vino abajo. En aquella gran estancia, ligeramente triangular, no había nada excepto una gran cama, un armario, una mesita de noche, un lavabo y dos sillas: nada de herramientas, balones, tablas, escondrijos o toneles. Ni siquiera libros.

En torno a la mesa dominguera el ambiente no era interesante. Los señores Fenshaw pertenecían a la clase de personas que no tienen nada original que decir. Sus ideas y opiniones eran copiadas del *Daily Chronicle;* su amabilidad era poco efusiva: hablaban de las reformas que exigía la casa y de la dificultad de conseguir medios para realizarlas, o bien contaban cosas sobre unos lejanos parientes suyos que constituían la parte romántica, por ser hindúes, de la familia. La vulgaridad de la charla de sobremesa era tal que a Gregory se le hubiesen atragantado las palabras de haber tenido que hacer cualquier alusión a los ruidos nocturnos o a las procesiones con la sillita.

Gregory se decía a sí mismo que iba camino de volverse loco y que, si sólo pudiera adivinar o por lo menos suponer qué hacía su vecino a medianoche en su cuarto, se liberaría del tormento de yacer con los ojos abiertos en la oscuridad. Pero cuantas ideas suyas trataban de dar un sentido al concierto de sonidos extravagantes, giraban en el vacío. Una vez, aturdido por un somnífero que en vez de dormirle le sumió en una pesadez vacía de pensamientos, se levantó de la cama y salió a la terraza. Una pesada cortina cegaba por la parte interior la puerta vidriera de la habitación del señor Fenshaw. Volvió a su cuarto temblando de frío y se deslizó bajo las mantas sintiéndose como un perro apaleado, con la sensación de haber cometido algo de que avergonzarse durante años.

El trabajo le absorbía de tal manera que durante el día casi nunca pensaba en los incidentes nocturnos. Sólo en ocasiones, al toparse con Kinsey en el edificio de la jefatura, le parecía que éste le miraba expectativamente, con una prudente curiosidad, pero no se decidía a mencionarle el caso. Al fin y al cabo, ¡todo ello era tan fútil! Al cabo de cierto tiempo Gregory introdujo paulatinamente algunos cambios en su modo de vivir: se llevaba a casa los informes y los estudiaba hasta la medianoche o incluso más tarde, y de esta manera escapó a la más profunda humillación, ante sí mismo, que le estaba amenazando: durante las horas de insomnio, como suele ocurrir, discurrían por su mente las ideas más extraordinarias. Llegó incluso a querer huir de allí a un hotel cualquiera.

Aquella noche, a su regreso de la casa de Sheppard, necesitaba la tranquilidad más que nunca. El alcohol, eliminado ya de su cabeza totalmente, le había dejado en la boca un sabor agrio, desagradable; los ojos le ardían como si estuvieran llenos de arena. La escalera, sumida en la oscuridad, aparecía solitaria. Atravesó rápidamente el salón, donde los oscuros espejos despedían un frío resplandor en los rincones. Cerró tras de sí la puerta, aliviado. Como siempre —pues ello se había convertido ya en una costumbre— quedó inmóvil, escuchando. En esos momentos dejaba de pensar y actuaba por instinto. La casa estaba en silencio. Encendió la lámpara. Notó que la atmósfera era densa y cargada. Abrió la puerta que llevaba a la terraza y empezó a prepararse café en una pequeña cafetera eléctrica. Le dolía la cabeza. Antes, ocupado por otras cosas, no lo había notado, pero ahora el dolor se hizo más intenso. Se sentó junto a la silbante cafetera. La sensación de haber sufrido ese día una desgracia le embargó irresistiblemente. Tuvo que levantarse. «Pero si no me ha pasado nada», pensó. Se le había escapado un hombre algo parecido al muerto de la fotografía. Sheppard le había confiado el caso que él tanto deseara. El inspector dijo varias cosas extrañas, pero al fin y al cabo, no eran más que palabras. Sheppard podía tener sus rarezas. ¿Se habría vuelto, quizá, místico en la vejez? ¿Qué más le había pasado ese día? Recordó la escena del callejón sin salida, el encuentro consigo mismo, y sonrió a pesar suyo: valiente detective estaba hecho... «En último caso, aunque fracase en este asunto, no pasará nada», pensó. Extrajo de un cajón un grueso cuaderno y escribió en una página en blanco: MOTIVOS. Deseo de lucro-pasión (¿religiosa-erótica-política-locura?).

Iba tachando, una tras otra, las distintas posibilidades, hasta dejar una sola: «Pasión religiosa.» ¡Qué imbecilidad! Arrojó el cuaderno lejos de sí. Apoyó la cabeza en las manos. El silbido de la cafetera era más fuerte. Esa ingenua manera de apuntar motivos en el cuaderno no era tan tonta. Le invadió de nuevo un pensamiento, un pensamiento que le daba miedo. Esperó pasivamente. Crecía en él la siniestra convicción de que volvía a abrirse algo incomprensible, unas tinieblas en las que tendría que moverse impotente, como un gusano.

Se estremeció. Se levantó y acercándose al escritorio abrió un grueso volumen de *Medicina forense* en el sitio marcado con una señal. El capítulo se titulaba «Sobre la descomposición de los cadáveres».

Empezó a leer, pero pronto sólo sus ojos seguían el texto. Mientras fingía leer, vio nítidamente la habitación de Sheppard, aquellas paredes con la hilera de caras rígidas. Siguió con la imaginación los pasos de aquel hombre, su ir y

venir de la puerta a la ventana, en la casa vacía, le vio detenerse, mirar... Gregory se estremeció: había llegado a la frontera de las cosas. Sospechaba de Sheppard. La cafetera silbaba estridentemente desde hacía rato. El líquido hirviente burbujeaba debajo de la tapadera de cristal. El café estaba listo.

El teniente se levantó, cerró el volumen, vertió el café en una taza y lo bebió a grandes sorbos, de pie junto a la puerta abierta. No notó que le abrasaba la garganta. Un resplandor difuso se extendía sobre la ciudad. Los coches corrían sobre la calzada, apagando los regueros de luz fundida en el asfalto como en un vidrio negro. Oyó desde el fondo de la casa un débil crujido, como si un ratón royese un trozo fino de madera; sabía muy bien que no era un ratón. Sintió que perdía la partida aun antes de empezar. Huyó a la terraza. Con las manos apoyadas en la barandilla de piedra, levantó los ojos al cielo. Estaba cuajado de estrellas.

3

Gregory se despertó convencido de haber tenido en sueños la solución de todo el asunto, sólo que ahora no podía recordarla. Mientras se afeitaba, volvió de repente a verlo todo: soñó que estaba en un parque de atracciones y disparaba con una gran pistola roja a un oso que, alcanzado por la bala, se alzaba rugiendo sobre las patas traseras. Luego resultó que no era un oso, sino el doctor Sciss, muy pálido, cubierto con una capa negra. Gregory le apuntaba con la pistola, que se volvió blanda, como de goma, y ya no parecía un arma, pero él seguía apretando el sitio donde debería estar el gatillo. No pudo recordar nada más. Después de afeitarse, decidió telefonear a Sciss para entrevistarse con él. Cuando salía de casa, la señora Fenshaw enrollaba una larga alfombra en el *hall.* Uno de los gatos estaba bajo su silla. Gregory nunca pudo distinguirlos, aunque, cuando estaban juntos, veía que eran diferentes.

Desayunó en un bar en el lado opuesto de la plaza, y luego llamó a Sciss. Una voz femenina contestó que el doctor no estaba en Londres. Esto le estropeó todo su plan. Salió indeciso a la calle, vagabundeó mirando los escaparates, pasó una hora en todas las plantas de Woolworth sin saber por qué; a las doce abandonó el gran almacén y se fue a Scotland Yard.

Era martes. El teniente calculó cuántos días quedaban para la fecha indicada por Sciss. Ojeó los informes de las provincias, examinó escrupulosamente los partes meteorológicos y el pronóstico del tiempo para la Inglaterra meridional, charló con las mecanógrafas y quedó con Kinsey para ir por la noche al cine.

Después del cine otra vez se halló sin saber qué hacer. No tenía ni pizca de ganas de estudiar la *Medicina forense,* no por pereza, sino porque las ilustraciones del libro le ponían de mal humor. Evidentemente, no lo habría confesado a nadie. Lo único que podía hacer era esperar. Lo mejor sería encontrar alguna ocupación interesante; el tiempo pasaría más de prisa. No era tan fácil. Apuntó libros y números de «Archivos Criminológicos» que quería llevarse prestados, vio en el club un partido de fútbol transmitido por la televisión, aguantó en casa dos horas leyendo y se fue a dormir, convencido de haber desperdiciado el día.

Al día siguiente se despertó con la firme decisión de estudiar estadística. Compró unos manuales, y de la librería fue al Yard, donde se dedicó a matar el tiempo hasta la hora de la comida. Después, estando en la estación del Metro de Kensington Gardens, trató de jugar como en sus años de estudiante. Subió al primer tren que llegó, bajó sin mirar dónde, y durante toda una hora se dejó llevar por impulsos incontrolados a través de la ciudad. Cuando tenía diecinueve años, le fascinaba aquella especie de juego. No comprendía por qué, en medio de la gente, no sabía hasta el último momento si escogería un tren u otro. Esperaba una señal interior, un empuje de su voluntad: a veces se decía: «Ahora no te moverás de tu sitio», y subía justamente cuando la puerta ya se estaba cerrando. O bien decidía convencido: «Me meteré en el próximo tren», pero entraba en el que tenía delante. Gregory se apasionaba en aquellos tiempos por el misterio de lo que se llama «casualidad», procurando convertir su propia psicología en un terreno de estudio y autoobservación, sin grandes resultados a decir verdad. Por lo visto, cuando se tienen diecinueve años hasta esta manera de descifrar adivinanzas psicológicas puede ser divertida. Ahora se convenció de que había cambiado, había perdido la fantasía, ya que al cabo de una hora (terminó por obligarse a efectuar varios transbordos sabiendo que le sería difícil encontrar algo más interesante). Estaba más que harto. Entró en el Europa a eso de las seis, pero huyó inmediatamente al ver a Farquart apoyado en la barra. Por la noche volvió a ir al cine, pero la película le aburrió. En casa se puso a estudiar estadística, hasta que se durmió sobre unas fórmulas interminables.

Era todavía de noche cuando el teléfono le sacó de la cama.

Corriendo descalzo por el frío suelo, se dio cuenta de que las llamadas llevaban ya largo rato intentando arrancarle

del sueño. Medio dormido, no podía encontrar el interruptor de la lámpara. El teléfono continuaba sonando. Cogió el auricular a tientas.

—Gregory —dijo.

—¡Por fin! Pensaba que no dormías en tu casa. ¡Vaya sueño que tienes! Que Dios te lo conserve. Oye, recibí un informe de Pickering. Hubo allá un intento de robo de un cadáver.

Gregory reconoció la voz desde la primera palabra: hablaba el policía que estaba de guardia nocturna en el Yard, AJlis.

—¿Pickering? ¿Pickering? —trató de recordar. Se mantenía a duras penas de pie en la oscuridad, vencido por el sueño. La voz del guardia chillaba en el aparato:

—El agente de guardia en el depósito fue atropellado por un coche. Ya debe de haber llegado la ambulancia. Algo muy enrevesado, ¿sabes? El coche que le atropelló ha quedado clavado en un árbol. Ya lo verás tú mismo.

—¿Cuándo ha sido? ¿A qué hora?

—Hace una media hora. El informe acaba de llegar. Si quieres a alguien en especial, dilo, porque ahora mismo voy a mandarte un coche.

—¿Está ahí Dudley?

—No, estuvo de servicio ayer. Llévate a Wilson. No es un mal chico. Le recogeréis de camino, ahora mismo le saco de la cama.

—Conforme, mándame a Wilson. Avisa también a un técnico de la sección tres, el mejor sería Thomas, ¿me oyes? Que se lleve todo el tinglado. Ah, y el médico, no te olvides.

—Te dije que han mandado una ambulancia. El médico debe de estar ya allí.

—¡Pero hombre! Te hablo de un forense y no de un médico para curar a nadie. ¡Todo lo contrario!

—Está bien, lo arreglaré. Apresúrate, que el coche sale ahora mismo.

—Dame diez minutos.

Gregory encendió la luz. La excitación que le había embargado cuando el teléfono sonó con tanta insistencia en las tinieblas, desapareció totalmente después de las primeras palabras de Allis. Corrió a la ventana. La oscuridad era casi completa. Había nevado durante la noche, dejándolo todo blanco. «Nos conviene», pensó. Se fue de puntillas al cuarto de baño. Había calculado que tendría tiempo de ducharse mientras Thomas preparara todos sus trastos. No se equivocó. Tuvo que esperar delante del portal, con el cuello levantado, antes de que llegasen. Miró su reloj: faltaba poco para las seis, cuando oyó el ronroneo de un motor. Era un gran «Oldsmobile» negro. Al volante estaba el sargento Calls, a su lado el fotógrafo Wilson y detrás dos hombres más. Se abrió una portezuela antes de que el coche hubiera parado del todo. Gregory subió y cerró enérgicamente la portezuela. Arrancaron a gran velocidad, con las luces encendidas.

En el asiento trasero estaban Sörensen y Thomas. Gregory se acomodó a su lado. Tuvieron que ir un poco apretados.

—¿Tenéis algo para beber? —preguntó el teniente.

—Hay café. El termo está ahí, detrás del doctor —dijo el sargento. Iban a setenta por las calles vacías, haciendo sonar la sirena. Gregory encontró el termo, tragó de un golpe un cubilete lleno y lo pasó a los demás. La sirena aullaba con estridencia. A Gregory le gustaba viajar de esta manera. Los faros barrían la calzada en las curvas, la oscuridad se volvía transparente y la nieve señalaba levemente el camino.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Gregory. No contestó nadie.

—Un informe como todos los de las provincias —dijo finalmente Calls—. Parece que una patrulla motorizada de los nuestros sacó al hombre que estaba de vigilancia en el cementerio de debajo de un automóvil. Fractura del cráneo, o algo por el estilo.

—¿Y el cadáver?

—¿El cadáver? —repitió Calls, reflexionando—. Creo que el cadáver se quedó allí.

—¿No se lo llevaron? —preguntó Gregory, sorprendido.

—Se ve que algo ahuyentó al tipo. Debió de salir corriendo —intervino el técnico Thomas, sentado en el rincón, al lado de Sörensen.

—Bueno, ya veremos —gruñó Gregory. El Oldsmobile rugía como si hubiera perdido el tubo de escape. Dejaron atrás los bloques de casas apiñadas acercándose a las afueras. Al pasar al lado de un parque cruzaron por un espeso banco de niebla. Calls redujo la marcha y luego, cuando atravesaron las capas más espesas, aceleró. En el suburbio el tráfico era más denso, pasaban grandes camiones cargados de bombonas y autobuses de dos pisos, iluminados, abarrotados ya de gente. Calls se abría paso haciendo sonar la sirena.

—¿No ha dormido usted esta noche? —preguntó Gregory al forense. Sörensen, los ojos sombreados por grandes ojeras, estaba encorvado, como si le hubieran roto los huesos.

—Me acosté pasadas las dos. Siempre pasa lo mismo. Seguro que ni siquiera me necesitarán.

—Hay quien no duerme para que duerman otros —observó filosóficamente Gregory.

Atravesaron velozmente Fulham, aminoraron la marcha antes del puente y pasaron por encima del Támesis en medio de una niebla ligera. El río fluía abajo, plomizo, un pequeño barco avanzaba lentamente, los hombres se afanaban en la cubierta plegando la chimenea. A lo lejos rugió una sirena. Apareció fugazmente un grupo de árboles en el antepecho del puente. Calls conducía con gran seguridad. Gregory le tenía por el mejor conductor del Yard.

—¿Lo sabe el jefe? —preguntó.

—Sí, Allis le avisó. Ésa era su consigna —contestó Thomas. Era rápido, de estatura baja como el sargento; llevaba un bigotito que le daba aspecto de peluquero de barrio. Gregory se inclinó hacia delante. Estaba más cómodo así y, además, podía observar el camino entre los hombros de los que iban sentados delante. La húmeda nieve se endurecía bajo las ruedas de los camiones, formando una costra lisa. El teniente observaba con placer cómo Calls entraba en los virajes, frenando sólo con el motor que se ahogaba y estornudaba, dando gas a mitad de la curva, tomando la recta a toda velocidad. No cortaba las curvas, la policía no podía permitirse el lujo de hacerlo, salvo en casos de auténtica emergencia. Por otra parte, sobre una nieve tan apisonada, cualquier movimiento brusco podía terminar en la cuneta.

Dejaron Wimbledon; la aguja del cuentakilómetros oscilaba suavemente, pasaba de noventa acercándose a cien, retrocedía temblando, volvía a avanzar a saltitos sobre la escala. Delante de ellos iba un pesado Buick. Calls dio un bocinazo, pero el conductor del Buick no pareció haberlo oído; se veía cada vez más cerca su parte posterior, de color cereza, con un osito-mascota bailando en el cristal. Gregory recordó al verlo su sueño de la otra noche. Una sonrisa distendió sus labios, se sintió fuerte y seguro de sí mismo. Calls estaba ya peligrosamente cerca del otro coche. A cinco metros de distancia, conectó la sirena, que aulló como una condenada. El Buick frenó secamente y la nieve arrojada por sus ruedas posteriores se pegó al parabrisas de ellos. Cuando lo adelantaban, el Buick patinó ligeramente metiéndose en la nieve más profunda; durante una fracción de segundo su parte trasera se encontró delante del coche de la policía; el choque parecía inevitable. Calls se echó a la derecha con un solo movimiento brusco del volante; vieron todavía la cara estupefacta de la conductora, una mujer joven, y se alejaron enseguida. Cuando Gregory miró por el cristal posterior, el Buick se estaba situando en medio de la carretera.

La niebla se había dispersado. Se extendía alrededor una planicie blanca. Por encima de las casas se elevaba verticalmente el humo de las chimeneas. El cielo, de un color indefinido, parecía plano como la tierra. No se veía si estaba nublado o no. La carretera desembocó en otra y las ruedas acusaron una calzada más dura; estaban en una autopista. Calls se movió en su asiento, se deslizó ligeramente hacia abajo, sus piernas más cerca de los pedales, la caja negra del coche resonó con el rugido del motor. Iban a ciento diez.

A lo lejos apareció un poblado. Calls empezó a frenar a la altura de un limitador de velocidad. De la autopista se alejaba a la izquierda una larga faja de asfalto bordeado por una hilera de añosos árboles; a doscientos metros de distancia se unía a la autopista una serpentina de carretera de acceso. Allí pararon. Gregory se enderezó tanto como el techo se lo permitía, para ver el mapa que el sargento extendía sobre el volante. Tenían que torcer a la izquierda.

—¿Estamos ya en Pickering? —preguntó Gregory. El sargento Calls cambiaba las marchas como si jugase.

—Faltan ocho kilómetros.

Se metieron en el camino lateral, ligeramente ascendente. De repente el sol les iluminó por detrás. Velado por los restos de la niebla, casi no hacía sombras. La temperatura subió. Pasaron a lo largo de dos o tres casas apartadas de la carretera, unos edificios achaparrados, una barraca de tablas. Desde el punto más alto de la cuesta se veía ahora todo un pueblo. Los humos se tenían de rosa bajo el sol, la línea negra de un arroyo serpenteaba en la nieve. Pasaron por un pequeño puente de hormigón armado. A su lado apareció la silueta de un policía con un casco de motorista en la cabeza. El abrigo le llegaba casi a los tobillos. Los detuvo haciendo una señal con un disco rojo. Calls frenó y bajó la ventanilla.

—Hemos de continuar a pie —dijo, volviéndose hacia los que ocupaban el asiento trasero, después de haber cambiado unas palabras con el guardia. Puso una marcha y detuvo el coche al borde del camino. Todos bajaron. El lugar les parecía ahora distinto: blancura, silencio, quietud, los primeros rayos del sol dorando unos lejanos bosques en el horizonte. El aire era cortante y, al mismo tiempo, primaveral. La nieve caía en gruesos copos de las ramas de los castaños que bordeaban la carretera.

—Es allá —indicó con la mano el policía de la patrulla de vigilancia. Una suave curva del camino contorneaba una colina cercana. De la carretera partían unos senderos, casi invisibles bajo los apretados arbustos cubiertos de nieve. Abajo, un tejado de ladrillo; enfrente, a unos trescientos pasos se veía, medio tapada por una hilera de árboles, la confusa forma de un coche, muy inclinado. A cierta distancia había un hombre en el borde del camino. Anduvieron por aquel borde, como les había indicado el guardia. La nieve se les pegaba a los zapatos. Gregory, que iba delante, observó en la carretera, cerrada con una cuerda atada entre dos árboles, unas huellas de neumáticos, profundamente marcadas en

la nieve. Tuvieron que apartarse, saltar la cuneta y seguir caminando por el campo hasta el lugar del accidente.

Era un largo Bentley gris claro, con las ruedas delanteras fuera de la carretera, con uno de sus faros roto y clavado en un árbol. El parabrisas resquebrajado, una de las puertas entreabierta. Dentro no había nadie. Se les acercó un policía local. Gregory observó un momento la posición del Bentley y preguntó sin volver la cabeza:

—¿Qué ha pasado aquí?

—La ambulancia ya se marchó, señor inspector. Se llevaron a Williams —informó el policía.

—¿Williams es el que estaba de servicio en el depósito? —le preguntó Gregory.

—Sí, señor inspector.

—Soy teniente. ¿Dónde está el depósito?

—Allá.

Gregory miró en la dirección indicada, viendo sólo entonces el cementerio sin ningún muro en su contorno, con uniformes cuadriláteros de sepulcros cubiertos de nieve. No lo había visto antes porque se tenía que mirar directamente contra el sol, bajo todavía en el horizonte. Unos arbustos ocultaban el sitio donde se apartaba de la carretera un corto ramal que conducía a un edificio rodeado de árboles bajos.

—¿Es eso el depósito de cadáveres, aquel edificio del techo de cartón bituminoso?

—Sí, teniente. Estuve allí de servicio hasta las tres, después me sustituyó Williams. Cuando ocurrió, el comandante nos llamó a todos, por eso...

—Poco a poco. Dígame todo lo que sabe. Williams estuvo de guardia después de usted. ¿Y luego?

—No sé nada más, teniente.

—¿Quién lo sabe?

Gregory tenía mucha paciencia para esta clase de conversaciones.

Viendo que las cosas iban para largo, los hombres del Yard se arreglaron como pudieron. El fotógrafo y el técnico depositaron sus utensilios sobre la nieve, junto a la cuneta, donde estaba, apoyada en un poste, la moto del policía de vigilancia de carreteras. Sörensen encendió un cigarrillo. El viento le apagaba las cerillas.

El policía, un joven rubio de ojos saltones y bonachones, carraspeó:

—Nadie, teniente. Fue así: Williams estaba de servicio desde las tres. A las seis tenía que reemplazarlo Parrings. Pero a las cinco y media, un conductor telefoneó diciendo que había atropellado a un policía que se le metió, corriendo, bajo las ruedas. Le quiso evitar y chocó contra un árbol. Entonces...

—No —le cortó Gregory—, así no. Despacio. ¿En qué consistía el servicio junto al depósito?

—Bueno..., teníamos que dar vueltas alrededor y comprobar la puerta y las ventanas.

—¿Alrededor del edificio?

—No exactamente, teniente, porque ahí detrás hay arbustos hasta la pared misma, andábamos, pues, en un círculo más ancho, hasta las tumbas y vuelta atrás.

—¿Cuánto tiempo dura una vuelta?

—Depende. Esta noche, tal vez diez minutos. La nieve era profunda y no se podía andar aprisa; además había niebla; se tenía que comprobar cada vez si la puerta...

—Bien. Dice que el conductor de aquel coche telefoneó al puesto, ¿no?

—Sí, teniente.

—¿Dónde se encuentra ahora?

—¿El conductor? En el puesto, teniente. El doctor Adams le curó, porque tenía cortes en la cabeza.

—Muy bien. ¿El doctor Adams es el médico del pueblo?

—Sí.

Gregory, de pie sin moverse en el borde de la carretera, preguntó con una seriedad repentina:

—¿Quién anduvo por aquí? ¿Quién pisó toda esta nieve? ¿Vino alguien?

El policía parpadeó. Parecía confuso, pero tranquilo.

—No vino nadie, teniente. El comandante mandó tender una cuerda y no pasó nadie.

—¿Cómo nadie? ¿Y la ambulancia que vino por Williams?

—Williams estaba más lejos. Le encontramos allí, debajo del árbol —el hombre indicó con un ademán un hueco en la nieve acumulada en la fosa del lado opuesto de la carretera, a unos diez o doce pasos detrás del coche.

Sin decir nada más, Gregory dio un gran paso y entró en el área cerrada, procurando mantenerse en el mismo borde. El Bentley había llegado por la misma dirección que ellos, probablemente de Londres. Caminando todo el tiempo con gran cuidado dio varios pasos yendo y viniendo por la carretera a lo largo de las huellas del coche. Las líneas rectas se borraban al fin. La nieve había sido arrancada del asfalto y quedó esparcida en terrones por los lados. Era evidente que el conductor había frenado a fondo y las ruedas, bloqueadas, deslizándose sin rodar, funcionaron como un quitanieves.

Más lejos se veía un arco grabado en la nieve, que terminaba en las ruedas traseras del Bentley. El coche debió patinar de costado y chocar contra el árbol. En la nieve, que la humedad convirtió en una especie de pasta moldeable, quedaron endurecidas las huellas de varios coches, más profundas sobre el borde de la carretera. Un doble carril marcaba el paso de un camión grande y pesado, recortado con el característico dibujo romboidal de los neumáticos. Gregory anduvo un trecho en dirección a Londres, convenciéndose enseguida de que el último coche que había pasado por allí era el Bentley, ya que sus huellas borraban en varios sitios las otras. Entonces empezó a buscar las huellas de un hombre; con este fin, se alejó bastante en dirección opuesta al grupo de gente y al coche en la cuneta. Por aquella cuneta debía de haber pasado todo un desfile, a juzgar por las pisadas. Se dio cuenta de que por allí los enfermeros de la ambulancia habrían llevado a la víctima del accidente. Felicitó para sus adentros al concienzudo comandante de Pickering. En la carretera sólo habían rastros de unas pesadas botas. El hombre al que pertenecían corría a pasos cortos, como alguien que, sin estar entrenado, se esfuerza en alcanzar el máximo de velocidad.

«Vino corriendo desde el cementerio —pensó Gregory—, saltó a la carretera y galopó por el centro hacia el pueblo como una locomotora. ¿Un policía huyendo de ese modo? ¿De qué?»

Se dedicó a buscar las pisadas de un eventual perseguidor. A su alrededor la nieve estaba intacta. Fue más lejos, hasta donde salía de la carretera un sendero, recortado entre los arbustos, que costeaba el cementerio. Unos veinte pasos más allá, pasado el sendero, tropezó con las huellas de un coche y unas pisadas humanas, bien marcadas en la nieve. El coche había llegado por la dirección opuesta, dio la vuelta y se detuvo (las huellas de los neumáticos eran en aquel sitio más profundas), bajaron dos hombres, un tercero se les acercó y les condujo hacia el Bentley. Iban por la cuneta. Volvieron luego por la misma pista; tuvieron tal vez un problema con lo que transportaban: se veían en la nieve unos pequeños agujeros; allí habrían dejado la camilla antes de deslizarla dentro del coche. Aquel lugar distaba bastante de la boca del sendero. Gregory se adentró en él, pero retrocedió inmediatamente: estaba todo claro. Las pisadas del fugitivo, llenas de una azulada sombra, venían en línea recta desde el depósito de cadáveres, cuya pared, recientemente enjalbegada, cerraba parcialmente la vista a unos cien metros.

Volvió al Bentley, observando con suma atención las pisadas del fugitivo. A ocho pasos del coche averiado las huellas se apartaban de la recta en una línea curva; tal vez aquel hombre quería torcer rápidamente; sin embargo, ya no se podía ver gran cosa más, puesto que la nieve aparecía revuelta y pisoteada. Gregory, con los puños hundidos en los bolsillos, inmóvil, se mordía los labios.

«La parte delantera le había evitado —concluyó—, pero patinó de costado y le alcanzó... tal vez con la punta del maletero.»

—¿Cómo está ese Williams? ¿Qué le ha pasado? —preguntó.

—Sin sentido, teniente. El médico de la ambulancia no comprende cómo pudo llegar hasta allá, porque cayó aquí. Mire, aquí.

—¡Cómo sabe que *fue* aquí?

—Porque aquí hay sangre...

Gregory se inclinó sobre el sitio indicado. Tres, no, cuatro manchitas parduscas habían penetrado tan profundamente en la nieve, que era difícil verlas.

—¿Estaba usted presente cuando la ambulancia se lo llevó? ¿Estaba consciente?

—No, no, en absoluto.

—¿Sangraba?

—No sangraba, bueno, un poquito por los oídos, creo.

—Gregory, ¿cuándo se compadecerá usted de nosotros? —preguntó Sörensen; bostezando con ostentación, tiró en la nieve un cigarrillo a medio fumar.

—El reglamento no tiene prevista la compasión —soltó Gregory. Miró una vez más en torno suyo. Wilson extendía ya con chasquidos el soporte de su máquina; Thomas soltaba juramentos por lo bajo: el talco se le había desparramado en la maleta enharinando todos sus instrumentos.

—Bueno, chicos, haced vuestro trabajo —dijo Gregory—, huellas, mediciones, etc., mejor demasiado que poco, luego venid al depósito. Esta cuerda se podrá quitar después. Doctor, tal vez haya algo para usted... enseguida. ¿Dónde está el comandante? —se dirigió al policía.

—En la ciudad, teniente.

—Vamos, pues.

Gregory se desabrochó el abrigo, tenía calor. El policía, indeciso, se balanceaba de un pie a otro.

—¿He de ir yo también, teniente?

—Venga.

Sörensen les seguía, abanicándose con el sombrero. El sol quemaba, la nieve se había fundido en las ramas, que se

destacaban, negras y mojadas sobre el fondo azul del cielo. Gregory iba contando los pasos hasta los arbustos que marcaban la entrada del camino hacia el cementerio. Eran ciento sesenta. El camino y el cementerio estaban en la sombra entre dos suaves colinas. El pueblo no se divisaba, sólo sus humaredas. En el camino había nieve espesa, el aire frío calaba en los huesos. El depósito de cadáveres, una barraca blanqueada con cal, se hundía por detrás en una espesa maleza de arbustos. Tenía dos pequeñas ventanas en la pared del norte, y en la fachada, una puerta de madera entreabierta, sin cerradura salvo un pasador, también de madera. Había muchas huellas. Delante del umbral mismo yacía una forma plana, cubierta con una lona.

—¿Es el cuerpo?

—Sí, teniente.

—¿No lo movieron? ¿Está tal como estaba?

—Igual que ahora. No lo tocó nadie, teniente. El comandante, cuando vino aquí con el doctor, miró, pero no lo tocó nadie.

—¿Y esta lona?

—El comandante mandó taparlo.

—¿Pudo venir aquí alguien cuando usted estaba en la carretera? ¿Qué le parece?

—No, teniente, porque la carretera estaba cerrada.

—De este lado sí, pero ¿y del de Hackey?

—Hay un puesto de guardia allí también. De aquí no se ve, porque está detrás de la colina.

—¿Y a campo través?

—A campo través, puede —accedió el policía—, pero tendría que haber pasado por el agua.

—¿Por qué agua?

—Mire, por aquel riachuelo, del otro lado.

Gregory no se había acercado todavía a la lona. Andando por un lado, encontró las huellas del guardia de noche. Su pista estrecha, apisonada, rodeaba las tumbas más cercanas, abarcaba en un arco la barraca y volvía desde atrás, a través de la espesura de arbustos. Había ramitas rotas hundidas en la nieve. Unas pisadas de grandes botas, las mismas que en la carretera, se destacaban claramente en el sitio donde el policía se desviaba de su ruta, por lo visto perdiendo la orientación en la oscuridad.

Gregory recorrió toda esa pista controlando el tiempo en su reloj: cuatro minutos. «Añadamos otro tanto a causa de la noche y del temporal —pensó—, y dos minutos más por la niebla.» Penetró todavía más en los arbustos, bajando por la pendiente. De pronto, la nieve cedió bajo el peso de su cuerpo. Apenas tuvo tiempo de agarrarse a un haz de finas ramas de avellano, que le sostuvo tocando ya casi el agua. Era el punto más bajo de la hondonada en la cual se encontraba el cementerio. Los montones de nieve acumulada en las orillas del arroyo formaban una especie de terraplén, escondiéndolo aún de cerca. El agua socavaba las raíces de los arbustos y formaba pequeños remolinos en torno a ellas. En su fondo margoso había unas piedras fijas, parecidas a adoquines. Gregory giró sobre sí mismo. Vio un poco más arriba la parte superior de la pared trasera del depósito, donde no había ventanas, asomando entre los arbustos a unos cuantos metros de distancia. Volvió a trepar por la pendiente separando las ramas flexibles.

—¿Dónde está el cantero? —preguntó al policía.

El hombre entendió inmediatamente.

—Vive junto a la carretera, al lado de aquel puentecito. La primera casa. La amarilla. Sólo en verano hace de pedrero; en invierno trabaja como carpintero.

—¿Cómo trae las piedras? ¿Por la carretera?

—Si baja poca agua, por la carretera, pero si hay bastante, las transporta a veces por el río desde la estación. No sé como tiene ganas de hacerlo.

—¿Y es allá, en aquella orilla, donde las esculpe?

—A veces allí, pero no siempre. Depende.

—Este río, si se sigue la orilla, viene de la estación, ¿verdad?

—Sí, pero por la orilla no se puede ir, hay demasiada maleza.

Gregory se acercó a la pared lateral del depósito. Una ventana estaba abierta o, mejor dicho, forzada desde el interior, los cristales rotos. Un puntiagudo trozo de vidrio asomaba en el suelo a través de la nieve. Miró al interior sin poder ver nada: estaba demasiado oscuro.

—¿Quién entró aquí?

—Sólo el comandante, teniente.

—¿El médico, no?

—No, el médico no entró.

—¿Cómo se llama?

—Adams. No sabíamos si la ambulancia de Londres llegaría a tiempo. La primera vino de Hackey; el doctor Adams estuvo allí esta noche, así que le trajeron.

—¿Sí? —dijo Gregory. No escuchaba al policía. Del marco de la ventana colgaba un trozo de viruta. Junto a la pared había una huella profunda, algo borrosa, de un pie descalzo. Se inclinó para verla mejor. La nieve aparecía allí arrasada, como si se hubiera arrastrado por su superficie un peso considerable. De tanto en tanto se distinguían unos agujeros alargados de fondo liso, como hechos apretando en la nieve una barra de pan, grande y larga. En uno de ellos brillaba algo dorado. Gregory se inclinó más todavía y recogió con los dedos unas espirales de viruta. Ladeando la cabeza miró la segunda ventana, la cerrada. Estaba toda embadurnada con cal. Se metió en la nieve profunda, puso una rodilla en el suelo apartando antes los faldones de su abrigo, se enderezó y contempló la huella que había hecho. Inspiró profundamente el aire. Con las piernas separadas, las manos en los bolsillos, abarcó con la vista el blanco espacio entre los arbustos, el depósito y el primer sepulcro. Una pista de huellas profundas, deformes, con huecos lisos, arrancaba debajo de la ventana rota, daba una vuelta y llegaba dando un rodeo hasta la puerta. Se desviaba en su recorrido a ambos lados, como si un borracho empujase un saco ante sí. Sörensen se mantenía a cierta distancia, observando la escena con poco interés.

—¿Por qué no hay candado? —preguntó Gregory al policía—. ¿Lo hubo antes?

—Sí, lo hubo, teniente, pero se ha estropeado. El enterrador tenía que llevarlo al herrero, se olvidó, luego vino el domingo, y ya ve —el hombre hizo un ademán con los brazos.

Gregory se acercó en silencio al deforme montón de lona. Levantó con cuidado el borde de tela tiesa, luego la apartó toda, echándola al lado.

A sus pies yacía un hombre desnudo con piernas y brazos encogidos, como si estuviera arrodillado sobre algo invisible, o bien como empujando aquello con los codos y las rodillas. Cabía entero en esa ancha pista labrada en la nieve que venía desde la ventana, cerrándola toda con su cuerpo. Dos pasos escasos separaban su cabeza del umbral. En aquel sitio la nieve era lisa.

—¿Quiere examinarlo? —preguntó Gregory levantándose. La sangre se le había agolpado en la cara—. ¿Quién es? —preguntó al policía, que se había hundido la gorra sobre los ojos para protegerse del sol.

—Hansel, teniente. John Hansel. Tenía una tintorería en el pueblo.

Gregory no apartaba la vista de Sörensen, quien, con gran delicadeza, puestos los guantes que había sacado de una bolsa plana, tocaba las piernas y las manos del cadáver, levantaba sus párpados, luego, muy de cerca, contemplaba su espalda encorvada.

—¿Era alemán?

—No lo sé. Quizá de origen; pero no he oído nada sobre eso. Sus padres ya vivían aquí.

—¿Cuándo falleció?

—Ayer por la mañana, teniente. El doctor dijo que del corazón. Llevaba tiempo enfermo, el médico no le dejaba trabajar, pero él no hacía caso. No hacía caso de nada desde que la mujer se le fue con otro.

—¿Había aquí algún otro cadáver?

Sörensen se irguió, sacudió la nieve de sus rodillas, limpió con un pañuelo algo invisible en su manga y deslizó esmeradamente sus guantes de goma en el estuche.

—Anteayer sí, hubo otro, pero ya se celebró el entierro. Le enterraron ayer a mediodía.

—¿Así que éste estaba aquí sólo desde el mediodía de ayer?

—Sí, teniente.

—¿Y bien, doctor?

Gregory se acercó a Sörensen. Ambos se encontraban bajo un arbusto alto en cuya cima el sol se ensañaba con la nieve agujereada por una lluvia de gotas.

—¿Qué puedo decir yo?

Sörensen parecía molesto o, más todavía, irritado.

—La muerte le sobrevino ya hace más de veinticuatro horas. Las manchas de descomposición normales; la rigidez en las mandíbulas, completa.

—¿Y las extremidades? ¿Qué? ¿Por qué no me dice nada?

Conversaban en voz baja, con creciente excitación.

—Usted mismo lo vio.

—No soy médico.

—No hay rigidez. Sencillamente no la hay. Alguien la tuvo que quebrar. Ni más ni menos.

—¿Volverá a aparecer?

—Debería volver, parcialmente, pero no forzosamente. ¿Tiene eso importancia?

—¿La había antes? ¿Seguro?

—El *rigor mortis* aparece siempre. Debería usted saberlo. Y déjese de indagaciones: no sé nada más.

—Gracias —dijo Gregory sin ocultar su irritación, yéndose hacia la puerta. Estaba entreabierta, pero para entrar tendría que pasar, mejor dicho, saltar, por encima del cadáver. Pensó, pues, que era mejor no dejar más huellas en aquel lugar: ya había demasiadas. Tiró del pasador. La puerta ni se movió, hincada profundamente en la nieve. Tiró con toda su fuerza. La puerta chirrió con estridencia y golpeó la pared. El interior estaba casi oscuro. En la rendija que dejaba libre la puerta entornada, el viento depositó un poco de nieve que se estaba fundiendo en un charco de agua. Gregory cerró los ojos esperando que su vista se acostumbrara a la penumbra. Sentía un frío desagradable expelido por las paredes.

Una de las ventanillas que daban al norte, la rota, dejaba entrar un poquito de luz. La otra, embadurnada con cal, no transparentaba. En el centro había un ataúd forrado por dentro de viruta. En su borde se apoyaba una corona de ramas de abeto con un lazo negro. Podía leerse en él una inscripción dorada: «Desconsuelo - Pena.» En un rincón se erguía verticalmente la tapa del ataúd. El suelo era de tierra batida; bajo la ventana se distinguían en la sombra unas virutas. Junto a la otra pared había un pico, unas palas, un rollo de cuerda manchada de barro y tablas.

Gregory salió de allí y cerró los ojos, heridos dolorosamente por la luz del sol. Encontró al policía cubriendo cuidadosamente el cadáver con la lona, tratando de no tocarlo.

—Estuvo usted de servicio esta noche hasta las tres, ¿no es eso? —preguntó al acercársele.

—Sí, teniente —contestó el policía, enderezándose.

—¿Dónde estaba el cuerpo?

—¿Mientras estuve de servicio? En el ataúd.

—¿Lo comprobó?

—Sí.

—¿Abrió usted la puerta?

—No. Miraba por la ventana a la luz de mi linterna.

—¿Estaba roto el cristal?

—No.

—¿Y el ataúd?

—¿Cómo dice?

—¿Estaba abierto el ataúd?

—Sí.

—¿En qué posición yacía el cuerpo?

—Normalmente.

—¿Por qué no está vestido?

El policía se animó.

—El entierro debía celebrarse hoy, teniente. En cuanto a la ropa, es todo un lío. Desde que su mujer huyó, hace dos años de eso, vivía con su hermana. Una mujer muy difícil, nadie puede entenderse con ella. El traje que llevaba al morirse (fue mientras desayunaba), se lo había quitado porque, dijo, era demasiado nuevo. Tenía que dar uno viejo, pero cuando fue el dueño de la funeraria, no le dio nada. Dijo que mandaría teñir de negro uno de los más usados. Él no quiso ir otra vez y se lo llevó tal como estaba. La mujer tenía que traer aquella ropa hoy mismo...

—Gregory, me voy a marchar, no hago nada aquí —dijo de pronto Sörensen, que estaba escuchando la conversación—. ¿Me dejará el coche? Usted puede llevarse uno del puesto.

—Un momento. Hablaremos de ello —repuso Gregory. El forense le alteraba los nervios—. Le encontraremos algo —añadió, ya más amable. Estaba mirando la lona arrugada. Recordaba muy bien el aspecto del muerto, a pesar de haberlo visto tan poco tiempo. Era un hombre de unos sesenta años. Sus manos, que habían trabajado mucho, eran más oscuras que su cara. Una corta pelambrera gris cubría su cráneo, calvo, encima de la nuca y de las sienes. Se le grabó especialmente en la memoria la extrañeza de aquellos ojos opacos a medio cerrar. Gregory tuvo ganas de quitarse el abrigo; el calor iba en aumento. Estaba impaciente. Calculaba cuánto tiempo tardarían los rayos del sol en penetrar hasta el fondo de aquel lugar todavía en penumbra. Era necesario tomar antes todas las huellas.

Quería mandar al policía a la carretera, cuando vio a su gente. Les salió al encuentro.

—Menos mal que ya están aquí. No se entretengan, la nieve se está fundiendo. Thomas, lo que más me importa son las huellas que hay entre la ventana y la puerta. Ponga usted mucho talco, Thomas, la nieve está muy húmeda. ¡Pero con cuidado, que no se deshaga! Me voy ahora al pueblo. Midan todo lo que puedan, también la distancia hasta el agua; allá, detrás de los arbustos, hay un riachuelo. Tomen unas cuantas fotos generales y peinen bien la orilla, tal vez se me

haya pasado algo por alto.

—Esté usted tranquilo, Gregory —dijo Wilson. Llevaba su maleta plana colgada de una correa suspendida del hombro. La maleta se columpiaba golpeándole la cadera. Daba la impresión de cojear—. Mande el coche a buscarnos. ¿De acuerdo? —dijo al pasar.

—No se preocupe.

Gregory se fue hacia la carretera, olvidándose de Sörensen. Al volverse, vio al forense que le seguía a paso moderado. Las cuerdas que cercaban el lugar del accidente habían sido quitadas. Dos hombres sacaban el Bentley de la cuneta. El coche de Gregory esperaba delante del puente, en dirección a Londres. El teniente subió delante, junto a Calls. El forense apretó el paso: el motor estaba ya en marcha. Pasaron al lado del guardia de la patrulla caminera *y* torcieron en dirección a Pickering.

El puesto ocupaba una casa de dos plantas, en una esquina de la plaza mayor. Un policía acompañó a Gregory arriba, a un pasillo con puertas a ambos lados y una ventana al fondo, por la cual se veían los tejados de casas de una sola planta en el costado opuesto de la plaza.

Al ver a Gregory, el comandante se levantó. Era un pelirrojo de cabeza alargada, con un surco rojizo marcado en la frente; su gorra estaba sobre la mesa.

A las primeras palabras, se frotó las manos repetidas veces. Sonreía nerviosamente, sin vestigio de alegría.

—Pongámonos a la tarea —suspiró Gregory, sentándose—. ¿Cómo va ese Williams, lo sabe usted? ¿Se le podrá hablar?

El comandante negó con la cabeza.

—Imposible. Fractura de la base del cráneo, teniente. Acabo de telefonear a Hackey. Está en el hospital, totalmente inconsciente. Le hicieron unas radiografías. Los médicos dicen que va para largo, si es que sale de esto.

—Vaya. Usted, comandante, conoce a su gente. Dígame cómo es ese hombre. ¿Lleva tiempo en la policía? Dígame todo lo que sepa de él, por favor.

Gregory hablaba distraído, sus pensamientos permanecían todavía en el depósito. La imagen de las huellas no se le quitaba de la memoria.

—¿Williams? ¿Qué puedo decirle, le tengo aquí desde hace cuatro años. Antes estaba en el norte. Servía en el ejército. Estuvo herido, tiene condecoraciones. Se casó aquí, tiene dos hijos. No se destacó en nada especial. Le gustaba la pesca. Equilibrado, nada tonto. Durante todo el tiempo del servicio, ninguna falta seria.

—¿Y menos seria?

—Bueno... era tal vez demasiado... tolerante. Por pura bondad, como se dice, ya sabe. Interpretaba los reglamentos de manera personal. En un poblado como éste todos se conocen... Pero siempre se trataba de menudencias: no le gustaba poner multas... Un hombre tranquilo. Quizás era demasiado tranquilo, quiero decir... es —se corrigió el comandante. Por su cara pasó un estremecimiento.

—¿Creía en los espíritus? —preguntó Gregory con toda seriedad. El comandante le miró con sus ojos sin color.

—¿En los espíritus? —repitió maquinalmente. De pronto se azaró—. ¿Los espíritus...? No, no lo creo. No sé. Usted piensa que él... —Dejó la frase sin terminar. Los dos callaban.

—¿Podría imaginarse de qué huía? —preguntó en voz baja Gregory, inclinándose sobre la mesa. Miró directamente a los ojos del comandante. Este no contestó. Bajó lentamente la cabeza y la volvió a levantar.

—Imaginármelo, no puedo, pero...

—¿Pero?

El comandante miró fijamente a Gregory. Finalmente, desalentado, se encogió de hombros.

—Bien, pasemos a los hechos. ¿Tiene usted el revólver de Williams?

—Sí, lo tengo.

—¿Y qué?

—Lo tenía en la mano —dijo a media voz el comandante.

—¿Ah, sí? ¿Llegó a disparar?

—No, tenía puesto el seguro. Pero con una bala en la recámara.

—¿Amartillado? ¿Y cómo hacen guardia sus hombres? ¿Con la recámara vacía?

—Sí. Aquí hay tranquilidad. Siempre hay tiempo para amartillar.

—¿Está usted convencido de que él mismo anduvo o se arrastró aquel trecho desde el lugar del atropello, hasta el sitio donde le recogió la ambulancia?

El comandante miró a Gregory extrañado.

—El no se movió por sí solo, teniente. Smithers, o sea el tipo que le atropello, declaró que había transportado a Williams inmediatamente después del accidente.

—Ah, bueno, esto simplifica el asunto. Digamos que lo... simplifica —añadió Gregory—. ¿Tiene usted aquí a ese Smithers?

—Sí.

—Me gustaría interrogarle. ¿Puedo hacerlo?

—Enseguida.

El comandante abrió la puerta y dijo unas palabras a alguien. Al volver, quedó de pie junto a la ventana. Al cabo de un minuto de espera, entró un hombre, esbelto y apuesto, vestido con un apretado pantalón de franela gris y un jersey de lana esponjosa. Era ágil, estrecho de caderas, con cara de un amante de película mala; se detuvo en el umbral y miró a Gregory, alarmado. El teniente hizo girar su silla sobre una pata y, antes de hablar, contempló al joven durante un rato.

—Estoy llevando a cabo una investigación en nombre de Scotland Yard. ¿Puede usted contestarme unas preguntas?

Smithers hizo un lento movimiento afirmativo con la cabeza.

—Yo... de hecho, ya lo dije todo... Soy totalmente inocente.

—Si es usted inocente, no le pasará nada malo. Está detenido bajo la inculpación de haber provocado un accidente y puesto una vida humana en peligro. No tiene obligación de contestar preguntas que podrían utilizarse en su contra, como una base de acusación. ¿Quiere usted hablar?

—Claro que sí, sí... no tengo nada que ocultar —dijo con dificultad el joven, manifiestamente asustado por la fórmula oficial pronunciada por Gregory—. No pude hacer nada, señor. Él se metió literalmente debajo de las ruedas. Es una carretera, no una acera. No se puede correr así de noche, a oscuras y, por añadidura, en medio de la niebla. Yo iba despacio. Hice todo lo posible para esquivarle y me estrellé. Fue por su culpa. No tengo ni idea de cómo salir de todo eso. El coche no es mío y...

—Cuénteme detalladamente cómo fue. ¿Qué velocidad llevaba?

—Lo máximo treinta por hora, se lo juro. Había niebla, nevaba, no podía encender las luces largas: hubiera sido todavía peor.

—¿Iba usted sin luces?

—No. ¡Claro que no! Llevaba las de cruce. Veía apenas a una distancia de cinco o seis pasos. Le vi cuando ya me estaba casi tocando. Se lo dije, señor, corría corno un ciego, como un loco. ¡Se me metió bajo las ruedas sin pensarlo!

—¿Tenía algo en las manos?

—¿Cómo dice?

—Le pregunto si tenía algo en las manos.

—No me di cuenta. Pero después, cuando le estaba trasladando, vi que tenía un revólver. Antes no lo había visto. Frené en seco y patiné. Di una vuelta entera con el coche. Choqué contra un árbol y me hice unos cortes —dijo señalando la cabeza con la mano.

Una raya de sangre cuajada atravesaba su frente, desapareciendo dentro del pelo.

—Ni siquiera lo había notado. Estaba muerto de miedo preguntándome si logré evitarle, quiero decir, si le había evitado; hasta ahora no sé cómo le toqué con la parte trasera del coche, tal vez con el parachoques, cuando el vehículo estaba girando sobre sí mismo. Estaba tendido en el suelo, sin moverse. Empecé a frotarle con la nieve, ni pensé en mí, aunque la sangre me bajaba por la cara. Estaba inconsciente, y lo primero que pensé fue llevarle a un hospital, pero no pude poner el motor en marcha; algo se debió romper, no sé qué. Por lo tanto me fui corriendo por la carretera y telefoneé desde la primera casa...

—¿Usted le trasladó a la cuneta? ¿Por qué no al coche?

—Pues... vaciló el joven —porque... porque dicen que a un accidentado hay que dejarle extendido y en el coche no hay sitio. Pensé también: si le dejo en la carretera, alguien le puede atropellar...

—De acuerdo. ¿A qué hora ocurrió el accidente?

—A las cinco y pico. Tal vez a las cinco y diez, o cinco y cuarto.

—¿Vio usted a alguien en la carretera mientras iba corriendo al pueblo?

—No, no encontré a nadie.

—¿Y antes, conduciendo el coche? ¿Un peatón, un vehículo?

—No, peatones, no. ¿Un coche? Tampoco. Es decir, adelanté dos camiones, pero eso fue todavía en la autopista.

—¿De dónde venía usted?

—De Londres.

Reinó el silencio. Smithers se acercó a Gregory.

—Señor inspector... ¿Puedo marcharme ya? ¿Y qué será del coche?

—Por el coche no se preocupe —dijo el comandante desde la ventana—. Si usted quiere, lo llevaremos a un garaje.

Ya nos ocuparemos. Aquí cerca hay un taller de reparaciones; lo remolcaremos nosotros y ellos se lo arreglarán.

—Muchas gracias. Me parece muy bien. Sólo tengo que mandar un telegrama por el dinero. ¿Puedo... puedo marcharme ahora?

Gregory consultó al comandante con una mirada fugaz e hizo una leve señal con la cabeza:

—Deje sus datos personales y sus señas —dijo—, unas señas donde sea fácil encontrarle.

Smithers dio media vuelta para salir, pero se detuvo con la mano sobre el picaporte.

—¿Y... él... cómo se encuentra? —preguntó en voz baja.

—Puede que salga bien de esto. Por ahora no se sabe todavía —contestó el comandante.

Smithers abrió la boca como si quisiera decir algo más, pero salió sin añadir palabra.

Gregory se volvió con la silla hacia la mesa y apoyó la cabeza en las manos. Le invadió de pronto un enorme cansancio. Sólo quería estar sentado así, sin hablar, sin pensar...

—¿De qué huía de ese modo? —dijo inesperadamente en voz alta—. ¿De qué huía, demonios?

—Quizá, más bien, ¿de quién? —sugirió el comandante, sentándose también en la mesa.

—No. Si hubiera visto a una persona, en el estado en que se encontraba, hubiera disparado. ¿No cree usted? Estoy convencido de que hubiera disparado, como dos y dos son cuatro.

—¿Usted miró bien las huellas...? —dijo el comandante muy ocupado en meter el barboquejo de su gorra en la hebilla. Gregory fijó la mirada en él. El comandante del puesto de policía de Pickering tenía surcos verticales en las mejillas, los ojos enrojecidos, rodeados de arrugas. En su pelo rojizo brillaban varias canas.

—¿Quería usted decirme, qué pasó cuando fue allí? ¿Y a qué hora? —contestó Gregory con otra pregunta. El comandante estaba arreglando con suma atención el pasador de la hebilla.

—Parrings estaba de servicio. Aquel jovenzuelo telefoneó a las cinco y media. Parrings me despertó, vivo aquí al lado. Di la orden de avisarles y me fui.

—¿Era todavía oscuro cuando ustedes llegaron?

—Empezaba a despuntar el día, pero la niebla era muy espesa.

—¿Nevaba?

—Ya no.

El comandante apartó la gorra; el barboquejo, desabrochado, golpeó la mesa.

—El médico se ocupó de Williams, ayudé a meterle en la ambulancia porque es un hombrón y sólo vino un enfermero. Mientras tanto llegaron dos hombres de la vigilancia de carreteras. Los aposté a ambos lados del camino y me fui al cementerio.

-—¿Tenía usted una linterna?

—No, cogí la de Hardley. Es el sargento de la patrulla. El cadáver yacía ante la puerta, con la cabeza junto al umbral. La puerta estaba entornada.

—¿En qué posición estaba el cuerpo?

—Los brazos y las piernas encogidos. Se llama la posición geniculada, ¿no es así?

—¿Dónde encontró la lona?

—Estaba en el depósito.

—¿Es usted quien entró dentro?

—Sí. De costado. Salté el umbral. De todos modos, era todavía casi de noche, se me pudo pasar algo por alto. Al ver solamente las huellas de Williams, pensé que tal vez dentro... —suspendió la frase.

—¿Creía usted que él todavía estaría dentro?

El firme tono de la pregunta sorprendió a Gregory.

—¿En qué se basaba su sospecha?

—En que allí dentro se estaba moviendo algo cuando alumbré con la linterna.

Gregory, encorvado, sentado de lado en la silla, miraba la cara del comandante. Les separaba la distancia de medio metro, quizá menos. El comandante no se daba prisa. Levantó los ojos y en sus labios apareció una vaga sonrisa, como si se avergonzara de lo que iba a decir.

—Era un gato...

Tocó la mesa con un dedo y añadió:

—Lo tengo aquí.

—¿Dónde?

Gregory recorrió la estancia con la mirada, pero el comandante negó con la cabeza.

—Aquí...

Abrió un cajón. Había en él un paquete envuelto en papel de periódico.

El comandante titubeó antes de sacarlo y ponerlo sobre la mesa.

Gregory entreabrió el papel arrugado. Un delgado gatito blanco con un mechón negro en la punta de la cola, la pelambre mojada y enmarañada, anormalmente tiesas las patitas, le miraba con pupila opaca, fina como un signo de exclamación.

—¿Muerto...? —Gregory miró al comandante, aturdido.

—Cuando entré, estaba todavía vivo.

—¡Ah! —se le escapó a Gregory—. ¿Y cuándo murió?

—Cuando lo cogí, ya se estaba poniendo tieso. Maullaba desesperadamente.

—¿Dónde lo encontró?

—Junto al ataúd. Sentado... sobre la corona.

Gregory cerró los ojos. Los abrió, miro al gato, lo envolvió en el periódico y lo puso en la repisa de la ventana.

—Tendré que llevármelo; una autopsia o algo por el estilo —gruñó, frotándose la frente—. ¿Por qué recogió este gato?

—Por las huellas. Usted no las vio, ¿verdad?

—No.

—Porque no las había —aclaró el comandante—. Aunque sólo a la luz de una linterna, lo examiné todo muy bien. Este gato no dejó ninguna huella en la nieve.

—¿Y cómo estaba allí?

—No lo sé. Debió de entrar antes de que empezara a nevar.

—¿A qué hora empezó?

—Pasadas las once. Tal vez un poco más tarde. Podemos averiguarlo.

—Sí, pero ¿cómo se metió dentro? ¿Estaría allí todo el tiempo?

—Antes no estaba. Sticks hizo guardia hasta las tres. De las once a las tres. Creo que fue entonces.

—Ese Sticks... ¿abrió la puerta?

—La abrió cuando empezó su servicio. Es muy escrupuloso. Quiso ver si todo estaba en orden en aquel momento. Se lo pregunté.

—Aja. ¿Usted cree que el gato se deslizó entonces?

—Supongo.

Todavía sonaba la última palabra del comandante, cuando se abrió la puerta y entraron Thomas y Wilson.

—Ya está, teniente. Todo listo. Calls acompañó al forense a la estación. Estará aquí de un momento a otro. ¿Nos vamos?

—Vamos. Metan esto en el maletero. Sörensen tendrá un trabajo suplementario —dijo Gregory no sin malicia. Estrechó la mano del comandante.

—Muchas gracias. A ser posible, me gustaría que se trasladase a Williams a un hospital de Londres. Me tendrá al corriente si hay novedad, ¿verdad?

Bajaron a la calle. Gregory miró su reloj y se sorprendió: eran más de las doce. Tenía hambre.

—¿Vamos a tomar algo? —preguntó a los demás.

Cerca había un pequeño restaurante, una especie de bar con cuatro mesitas. Calls llegó cuando tomaban asiento. Wilson le llamó. El sargento dejó el coche enfrente y se juntó con ellos. Comían en silencio. El fotógrafo atusó su bigote negro, muy cuidado, y pidió una cerveza.

—¿Quiere usted también, teniente?

Gregory rehusó. El sargento hizo lo mismo.

—No puedo, tengo que conducir —dijo.

Eran casi las dos cuando salieron. Por los arroyos bajaban las aguas negras del deshielo; toda la nieve se había convertido en barro, sólo en los tejados brillaban unos restos grisáceos de hielo. A Gregory le entraron de repente ganas de conducir. Calls se sentó a su lado, los otros dos, detrás. Se pusieron en marcha, levantando cataratas de agua sucia. Gregory miró de reojo al sargento para ver si tenía algo en contra de la velocidad que imprimía al coche, ya que Calls era el responsable de que el viaje terminara sin novedad, pero éste miraba por el cristal lateral con la soñolienta expresión de un estómago satisfecho. Dio más gas todavía. Conducía bien, pero, según su propio criterio, con demasiada temeridad. Lo lamentaba, porque deseaba adquirir la indiferencia, tranquilidad y rutina de un auténtico conductor. Lo conseguía mientras pensaba en ello. Los neumáticos silbaban, en pocos minutos millares de gotas oscuras cubrieron los cristales. Pasado Wimbledon, el tráfico era muy denso. Gregory deseaba conectar la sirena: le gustaba su efecto inmediato, que dejaba paso libre. Sin embargo, tenía escrúpulos; de hecho, no tenían prisa. En una hora escasa estuvieron en Londres. Wilson y el técnico se marcharon al laboratorio.

Gregory quiso pasar por su casa. El sargento le acompañó. Cuando el coche se paró, Gregory, en vez de bajar, ofreció a Calls un cigarrillo, se encendió otro para sí y dijo:

—Ha visto usted aquello de allí, ¿eh?

Calls afirmó lentamente con la cabeza. Estaba bajando un cristal dando vueltas a la manivela.

—Sargento, llevamos conociéndonos largo tiempo. Dígame, ¿qué le parece? ¿Existe algo de lo que usted huiría... con un revólver en la mano?

Calls echó una rápida mirada a Gregory, enarcó ligeramente las cejas y sacudió con cuidado la ceniza de su cigarrillo. Parecía que ya no iba a decir nada, cuando soltó lacónicamente:

—Un tanque.

—No, no, usted sabe a qué me refiero.

El sargento aspiró el humo con placer.

—Yo me lo miré todo muy bien. El andaba por allí en círculo, siempre en círculo, y a eso de las cinco o un poco más tarde, vio algo que no le gustó. No echó a correr enseguida. Eso tiene importancia. Se detuvo y sacó el revólver. Sólo que ya no tuvo tiempo de quitar el seguro.

—¿Y no pudo sacarlo mientras corría? —preguntó Gregory. Le brillaban los ojos. Su mirada no se apartaba de la cara del sargento. Este sonrió imperceptiblemente.

—Usted sabe muy bien que no. Estos trastos nuestros van prietos en la funda. ¿Usted vio aquellas huellas? ¡Corría como una liebre! Galopando así, no se puede sacar el arma. Tendría que reducir la velocidad. En la más espesa de las nieblas se ven las luces de un coche a diez pasos, si vienen de frente. Él no las vio. No estaba en sus cabales.

—¿De qué puede huir un policía con un revólver en la mano? —repitió Gregory, mirando ante sí con unos ojos que no veían nada. No esperaba una contestación, y no la obtuvo.

4

—Le escucho —dijo Sheppard.

Gregory puso delante de él una hoja de papel llena de anotaciones.

—Hice una especie de índice de las horas y hechos, señor inspector...

9.40: J. Hansel muere durante el desayuno de ataque al corazón. El doctor Adams testifica el óbito.

14.00: Llega el empresario de la funeraria. La hermana de Hansel no quiere dar el traje, el empresario recoge el cuerpo desnudo y lo lleva al depósito de cadáveres.

17.00: El agente Atkins entra en servicio junto al depósito. El cadáver está en un ataúd (abierto). La puerta está cerrada con un pasador de madera.

23.00: El agente Sticks sustituye a Atkins. Mira dentro del depósito abriendo la puerta. La situación sin cambios. Empieza a nevar. Atención: es posible que en aquel momento un gato se deslizara dentro del depósito, sin que Sticks lo viera.

3.00: Williams sustituye a Sticks. No abre la puerta, pero, alumbrándose con una linterna, mira por una ventana el interior en presencia de Sticks. Este último confirma que no ha cambiado nada en el interior del depósito *y* se marcha al pueblo.

5.25-5.35: Smithers telefonea al puesto de policía de Pickering avisando que ha atropellado a un agente.

5.50-6.00: Una ambulancia de Hackey trae al doctor Adams y al comandante del puesto. Llevan a Williams a un hospital. En la carretera, a una distancia de ciento setenta metros de! depósito, se encuentra un Bentley que había chocado contra un árbol y golpeado a Williams con el maletero o el parachoques posterior. Williams tiene una fractura en la base del cráneo y tres costillas rotas. Está inconsciente. El comandante va al depósito, constata que la puerta está entreabierta; a un metro de ella, afuera, yace el cadáver de costado, encogido; una ventana rota, el cristal empujado de dentro afuera, hay fragmentos de vidrio en la nieve. En el depósito encuentra un gato al que recoge. El gato, que da señales de inquietud, muere al poco tiempo.

Las huellas observadas alrededor del depósito:

Las huellas del agente Williams, correspondientes a las de sus botas, trazaron una pista circular en torno al depósito, del cual se alejan, se acercan a la ventana rota, se dirigen luego a la carretera, terminando en el lugar del accidente del coche.

Huellas de las pisadas del comandante del puesto, difícilmente distinguibles, ya que anduvo sobre las de Williams, borrando solamente su parte interior.

Una huella bastante precisa de un pie descalzo, identificada con el pie izquierdo del muerto, debajo de la ventana rota del depósito. La huella presenta el trazado de los dedos vuelto hacia la pared, ligeramente torcido, y es profunda como si fuera resultado de un peso considerable.

Desde la ventana hasta la puerta van, contorneando el ángulo del edificio, unas huellas como de andar a gatas o a rastras, con marcados huecos, parecidos a los hechos por la presión de una rodilla. En dos sitios, las huellas, bien conservadas en la nieve endurecida, muestran unos rasgos característicos correspondientes al negativo de la piel (como si la rodilla estuviese desnuda).

En la nieve profunda entre los arbustos, en dirección al riachuelo, unas pocas huellas de gato, correspondientes al tamaño de las patas del gato muerto. El rastro se pierde, como si el gato se hubiera subido a uno de los arbustos.

En el fondo margoso del riachuelo (la mayor profundidad cerca del depósito: 40 centímetros), a una distancia de 43,

41 y 38 metros del depósito, unas huellas muy profundas, deslavazadas, que no ofrecen base para una identificación, de pies humanos, posiblemente calzados. No se puede fijar exactamente el momento de su aparición; según los técnicos, de dos a seis días antes.

Nota a) En las huellas mencionadas en 4 y debajo de la ventana se encontraron unas virutas sueltas, idénticas a las que tapizaban el ataúd.

Nota b) Las huellas mencionadas en 4 terminan en el lugar donde se encontró el cadáver, sin llegar a la puerta (un metro de distancia).

Nota c) La distancia más corta entre el borde de la pista apisonada por el agente Williams y la orilla del riachuelo es, en línea recta, de 13 metros ocupados por la espesura de arbustos de avellano. Verticalmente, la diferencia de niveles es de un metro y medio (una pendiente no muy pronunciada que empieza detrás del depósito y termina en acantilado tocando el agua. La altura del «acantilado»: medio metro). Fragmentos de piedra procedentes de los trabajos del cantero (datan del verano) de varios tamaños, desde el de una patata al de una cabeza humana y algunas todavía mayores, pueden encontrarse dispersos tanto en el fondo del río como entre los arbustos. Una cierta cantidad de esos fragmentos asoma sobre la nieve entre las ramas de los arbustos, en la mayor espesura de la maleza.

Estado del cadáver. Fuera de lo que testifica el informe de su examen, muy detallado, llama la atención el hecho de que el *rigor mortis* de las extremidades, observado el día anterior por el empresario de la funeraria, no se mantuvo. Puesto que en un tiempo tan corto no pudo retroceder (esto suele ocurrir unas cincuenta a setenta horas después del óbito), alguien tuvo que quebrarlo.

Sheppard levantó los ojos hacia Gregory.

—¿Sabe usted, teniente, algo más acerca de esa rigidez?

—Sí, señor. Hablé de ello especialmente con los profesionales. El *rigor mortis* se puede quebrar por la fuerza. Es posible que luego vuelva, mucho más débil, o que no vuelva del todo.

Sheppard dejó la nota sobre la mesa.

—¿Cuáles son las conclusiones?

—¿Se refiere usted a la reconstrucción de los hechos?

—Entre otras cosas.

—El autor tuvo que penetrar en el depósito antes de que Atkins hubiera empezado la guardia. Se escondió, quizás, en un rincón detrás de la tapa del ataúd, o bien se acurrucó detrás de las tablas y cuerdas apoyadas contra la pared, en el sitio más oscuro. Alrededor de las cinco, sacó el cuerpo del ataúd y empezó a presionar contra el cristal hasta romperlo y abrir la ventana. Al oír el ruido, Williams se acercó y, viendo el cristal roto y la ventana abierta, sacó el revólver. Entonces el autor empujó el cuerpo por la ventana, de manera que pareciese que se movía por sí solo. Williams perdió la cabeza y echó a correr. Cuando desapareció, el autor salió por la misma ventana y arrastró el cadáver hacia la puerta. En aquel momento probablemente oyó o vio algo que le asustó, dejó el cadáver y huyó.

—¿Por dónde?

—Eran las cinco y media más o menos, el día empezaba a despuntar. Llegó a los arbustos por el sendero apisonado por Williams. Cogiéndose de las ramas y piedras hincadas entre la maleza bajó hasta el agua y se marchó hacia la estación pisando las piedras clavadas en el fondo del riachuelo.

—¿Eso es todo?

—No, hay otra variante. El autor llegó a eso de las cuatro por el fondo del río. Escondido en él, esperó que pasara Williams. Inmediatamente después se encaramó por la pendiente poniendo los pies en las bifurcaciones de las ramas. No pudo pasar, evidentemente, sin dejar alguna huella en la nieve, pero como siguió nevando una hora y media más, el rastro se borró. Siguiendo a Williams a una cierta distancia, anduvo por el mismo sendero hasta la puerta, sacó el pasador, abrió y entró cerrando la puerta tras de sí. A continuación actuó como en la primera variante: sacó el cuerpo del ataúd, presionó sobre el cristal llamando la atención del policía, hizo pasar el cuerpo por la ventana, lo que ahuyentó a éste. Luego arrastró al muerto hacia la puerta, la cerró con el pasador y volvió al río. No se encaminó hacia la estación, sino al lugar donde el riachuelo se cruza con la autopista. Allí le estaba esperando un coche en el cual se alejó.

—¿Había huellas en la autopista?

—Había varias, pero nada concreto. Todo esto no son más que conjeturas. Lo decisivo será lo que diga Williams. Si se había fijado en que el pasador no estaba puesto, tendremos que adoptar la segunda variante.

—¿Cómo se encuentra Williams?

—Sigue inconsciente. Qué pasará luego, no se sabe. Los médicos dicen que todo se decidirá en el plazo de dos o tres días.

—Sí, sí... —dijo Sheppard—. Tiene usted que seguir trabajando sobre esta reconstrucción, pues ¿qué alternativa nos

queda? «... Del miedo de él se pusieron a temblar los guardias...»

La mirada de Gregory pasó de la cara del inspector a sus manos, inmóviles sobre la mesa.

—¿Usted cree? —preguntó lentamente.

—Preferiría que no me considerase como su adversario, Gregory. Imagínese, más bien, que está sentado en mi sitio. ¿Le parece ridículo? —preguntó, viendo una sonrisa en los labios del teniente.

—No. Me acordé de una cosa. Yo también, en fin, no tiene importancia. Si yo fuese usted, pensaría de la misma manera que ahora. No se puede atravesar una pared, si no hay puerta.

—Bien, examinemos la primera variante. El autor, dice usted, penetró en el depósito antes de las once, cuando aún no había vigilancia. Aquí tengo el plano. ¿Dónde habría podido esconderse?

—Aquí, en el rincón, detrás de la tapa, o enfrente, detrás de las tablas.

—¿Hizo usted alguna prueba?

—Más o menos. Detrás de la tapa hay sitio, pero, iluminado de costado, el escondrijo pierde su valor. Así que pienso, más bien, en las tablas. Ninguno de los agentes ha revisado sistemáticamente el depósito. Miraban sólo por la puerta.

—Sigamos. Para empujar el cadáver por la ventana, el autor tendría que cambiar su posición, ya que estaba rígido. ¿No es eso?

—Sí. Tuvo que hacerlo a oscuras. Luego bajó el cuerpo por la ventana que había roto.

—¿Cómo se arregló para dejar la huella del pie desnudo junto a la pared?

—No creo que le fuera tan difícil.

—Se equivoca. Era muy difícil. Tenía que hacerlo sin ser visto por Williams, que ya estaba observando la escena, atraído por el ruido del vidrio al romperse. Era el momento más crítico. Williams no hubiera huido si hubiera visto al autor. No hubiera huido de un hombre manipulando el cadáver, porque él esperaba justamente a alguien que lo hiciera. Tal vez dispararía, tal vez no, acaso procuraría cogerle sin servirse del arma; lo que no haría es huir. ¿Está de acuerdo conmigo?

Gregory miró a los ojos del inspector e hizo un ademán afirmativo con la cabeza.

Sheppard continuó hablando:

—Si el cadáver hubiera caído en la nieve siendo invisible el autor de los hechos, habiéndose acurrucado éste, por ejemplo, bajo la ventana para que no se le viera desde el exterior, tampoco en este caso Williams habría echado a correr. Esperaría con el arma en la mano para ver qué pasaba luego. No quitaría seguramente la vista de la puerta y la ventana si no quería entrar, lo que, al fin y al cabo, es admisible. Pero no huiría. ¿Sigue usted de acuerdo con esto también?

Gregory volvió a afirmar con un gesto.

—La misma dificultad aparece en la segunda variante. Lo único más verosímil es la presencia del autor en el depósito, ya que no tenía que esconderse detrás de aquellas tablas. La nieve podía realmente borrar sus huellas. Sigamos nuestro análisis. Pasamos ahora al transcurso de los hechos, idéntico en ambas reconstrucciones. Después de la huida de Williams, el autor salió del depósito, arrastró el cadáver hasta la puerta, huyendo a continuación por los arbustos y el cauce del riachuelo. Con qué fin habría arrastrado al difunto por una nieve profunda o, mejor dicho, no le habría arrastrado, como ambos sabemos, sino que hizo con él algo muy extraño cuyo resultado fueron las huellas de un hombre desnudo andando a gatas. ¿De acuerdo?

—Sí.

—¿Para qué lo hizo?

—La situación ha empeorado mucho desde nuestra primera conversación... —dijo Gregory en un tono muy distinto, como si de pronto confesase al inspector una idea inesperada—. Verdaderamente, un hombre podría entrar allí dentro sólo si hubiese calculado bien todos los pormenores. Podía seguir al policía: nevaba, era de noche, el vendaval ahogaba el ruido de sus pasos. Podía entrar en el depósito y esperar, digamos tres cuartos de hora, o una hora, para que la nieve borrara su rastro. Sin embargo, quedaba todo lo demás... Yo pensaba que quería provocar el efecto al que usted se había referido. Pensaba que el problema había llegado a su final cuando admití la existencia de un hombre actuando de manera que la policía creyese en una resurrección. Pero no queda nada de mi teoría. Él movía el cadáver y allí lo dejó. Claro que algo pudo ahuyentarle. Pero ¿para qué movía el cadáver en la nieve? El estado del cuerpo demuestra que no hubo resurrección alguna; él debía saber que así sería y, a pesar de ello, allí lo dejó. No lo entiendo: ni al nivel de un delito criminal, ni al de la locura.

—¿Y si algo le ahuyentó, como usted acaba de decir? Pudo oír el ruido de un coche que se acercaba.

—Sí, hasta pudo verlo, pero...

—¿Verlo? ¿De qué manera?

-—Pues... cuando se gira en la autopista hacia Pickering con las luces largas encendidas, su haz puede llegar desde arriba (la autopista es un poco más elevada), al cementerio y al tejado del depósito. Lo averigüé ayer noche.

—Pero ¡Gregory! ¡Esto tiene una enorme importancia! ¡Si huyó asustado por unas luces, tenemos toda la explicación! Sería su primer tropiezo, la primera imperfección en la planificación de sus actos. Dejó el cadáver porque había perdido la cabeza, creyendo, digamos, que eran luces de un coche de policía. Este debe de ser su punto básico de la reconstrucción, Gregory, o por lo menos, una áncora de salvación...

—Sí, es una áncora de salvación, pero... no me atrevo a asirla. Un hombre que antes de empezar una acción examina los partes meteorológicos, que planifica sus actos de manera que cumplan una complicada fórmula matemática, un hombre así tendría que saber que los faros de los coches barren desde el viraje de la autopista toda aquella comarca, tocando de paso el cementerio.

—Entonces tiene usted una opinión muy favorable de él.

—Es cierto. Yo, sencillamente, sí, sencillamente no me atrevo a creer que tuvo miedo. ¿No le asustó un policía con revólver a unos pasos de él y sí en cambio las luces de un coche lejano?

—A veces ocurre. La última gota que colma el vaso... Le cogieron, quizá, de improviso. Tal vez le cegaron. Usted no cree que fuera posible. Usted vuelve a sonreír, Gregory; ¿estará fascinado por ese hombre? ¡Cuidado: un paso más y se convierte usted en un... creyente!

—Es posible —dijo secamente el teniente. Al querer tomar la hoja, vio que le temblaban los dedos. Escondió la mano bajo la mesa—. Es posible que tenga razón... —añadió pensativo—. Se me ocurre que todo lo que encontré allí era conforme a un plan previsto, pero a lo mejor no estoy ya bien de la cabeza. Sólo que... Williams se asustó no del cadáver, sino de lo que a éste le pasaba. Le pasaba algo que le dio pánico. Quizá nos enteremos de qué era. Pero ¿y el porqué...?

—Queda aún el gato —murmuró Sheppard como para sí mismo. Gregory levantó la cabeza.

—Confieso que es mi última oportunidad.

—¿Por qué dice eso?

—Es la señal de la regularidad que aparece en todo este asunto. Es ese rasgo común, incomprensible, pero común. No es, a pesar de todo, un caos. Se trata de algo preciso, sólo que el fin queda oscuro. Señor inspector... yo... aunque usted dijo, solo...

Se le trababa la lengua, nervioso, no supo expresarse.

—Considero que lo único que podía hacer es aumentar la vigilancia. Nada más por ahora. Conseguiremos que no queden rendijas para él. Él actúa con una regularidad implacable y esta misma regularidad le perderá. Sciss nos ayudará calculando dónde debe esperarse el próximo caso.

—¿Sciss? —repitió Sheppard—. Recibí una carta suya. Me dice que no espera ya más casos.

—¡Que no...! —Gregory miró al inspector, petrificado.

—Según él, esta serie se terminó, se cerró, para mucho, mucho tiempo, o... para siempre.

—¿Así opina? ¿Sobre qué base?

—Me escribe que esto exige una documentación más amplia, sobre la cual está trabajando, y que prefiere abstenerse de cualquier explicación hasta la ultimación de ese trabajo. Eso es todo.

—¡Ah, sí...!

Gregory volvió a ser dueño de sí mismo. Respiró profundamente, irguió su largo torso y se miró las manos, que ya no temblaban.

—Por lo visto sabe más que nosotros, puesto que... ¿Conoce los resultados de la investigación?

—Sí. Se los mandé según me lo había pedido. Consideré que estaba en su derecho, ya que fue él quien nos indicó el lugar...

—Sí, claro que sí. Naturalmente —recalcó Gregory—. Esto... cambia muchas cosas. No nos queda, pues, más que...

Se levantó.

—¿Quiere usted hablar con Sciss? —preguntó Sheppard.

Gregory hizo un vago ademán: lo que quería de verdad en aquel momento era salir de Scotland Yard, estar solo, terminar cuanto antes aquella conversación. Sheppard se levantó de la silla.

—Preferiría que no fuera usted tan impaciente —murmuró mirándole a los ojos—. En todo caso no se deje... ofender. Se lo pido...

Gregory, confuso, retrocedió hacia la puerta. Viendo la expresión interrogante del inspector, tragó saliva y dijo con esfuerzo:

—Lo intentaré, señor inspector. Pero no sé si voy a hablar con él ahora. No sé. Antes tengo que...

Salió sin terminar la frase. Las lámparas del pasillo estaban encendidas. Ese día duraba infinitamente. Tenía la

impresión de que desde los incidentes de ayer habían pasado semanas. Torció hacia el ascensor para bajar. Sin saber bien por qué, detuvo el ascensor en el piso primero, el de los laboratorios. Una mullida alfombra ahogaba el ruido de sus pasos. Pálidos reflejos brillaban en los bruñidos herrajes de latón de las puertas. Los anticuados picaportes relucían, pulidos por miles de manos. Gregory avanzaba lentamente, sin saber todavía qué iba a hacer. Un gorgoteo amortiguado llegaba de un cuarto abierto, al fondo se alineaban espectrógrafos sobre los trípodes, cubiertos con fundas. Un hombre en bata de laboratorio activaba un quemador Bunsen. La puerta del cuarto siguiente, también abierta de par en par, dejaba ver a Thomas, enharinado como un panadero, blanca la cara y las manos, inclinado sobre un tablero, en el cual estaba colocando unos deformes vaciados de yeso. El cuarto se parecía a un taller de escultor abstracto. Los extravagantes bultos de yeso endurecido se alineaban sobre la tabla; el pequeño técnico sacaba los siguientes de los moldes, golpeándolos suavemente con un martillito de madera. En el suelo había una artesa con una masa semilíquida. Gregory se apoyó en el marco de la puerta, observando el ajetreo de Thomas.

—¿Ah, es usted? Ya he terminado. ¿Quiere llevárselo? —Thomas se puso a examinar su obra, contemplándola con gran satisfacción profesional.

—Buen trabajo —gruñó entre dientes. Gregory asintió con la cabeza, cogió el primer bulto de la fila, inesperadamente ligero, y, sorprendido, vio en el fondo el vaciado de un pie descalzo, grande, delgado, con dedos muy separados. Por encima, el yeso se abultaba en una protuberancia parecida a una seta.

—No, gracias, ahora no —Gregory interrumpió la frase, apartó el vaciado y salió, seguido por la mirada, ligeramente sorprendida, de Thomas, que estaba desabrochando su bata de goma salpicada de yeso. Ya en el pasillo, el teniente se detuvo y preguntó por encima del hombro:

—¿El forense está?

—Hace un rato estaba. No sé si habrá salido.

Gregory siguió andando por el pasillo, hasta el final. Sin llamar, abrió una puerta. Sobre la mesa, bajo una ventana, pequeñas lámparas daban luz a los microscopios; en una estantería, líquidos multicolores brillaban en probetas y frascos. Sörensen no estaba, sólo su ayudante, el joven doctor King, que escribía sentado ante su escritorio.

—Buenas tardes. ¿No está Sörensen? —preguntó Gregory y, sin esperar la contestación, siguió hablando de prisa —: ¿Sabe usted algo del gato? ¿Sörensen examinó...?

—¿Un gato? Ah, sí, aquel gato —dijo King, levantándose de la mesa—. Desde luego, yo mismo lo hice. Sörensen no está. Se fue ya, tenía mucha prisa —añadió con un cierto deje irónico, bastante significativo en cuanto a su lealtad hacia su jefe—. Aquí lo tengo. ¿Quiere usted verlo?

Abrió, hablando todavía, una pequeña puerta en el rincón y encendió una bombilla sin pantalla colgada del techo. En el estrecho cuartito sólo había una mesa de madera manchada con reactivos, con huellas de salpicaduras herrumbrosas, mal lavadas. Gregory, sin entrar, miró aquella cosa rojiza extendida en la mesa y retrocedió.

—¿Para qué me lo enseña? No entiendo de estas cosas. ¿Qué encontró, doctor?

—Bueno, en principio... no soy veterinario —empezó King enderezándose y tocando maquinalmente la hilera de bolígrafos y lápices que asomaban del bolsillo superior de su chaqueta.

—Sí, sí, lo sé, pero pedí especialmente esta autopsia para evitar una pérdida de tiempo. Dígame, pues, ¿de qué murió este gato?

—De hambre. No era más que un pobre esqueleto. Con aquel frío por añadidura...

—¿Qué me está diciendo...?

Sin que se pudiese adivinar el motivo, a King le irritó la estupefacción de Gregory.

—¿Y qué esperaba usted? ¿Veneno? No, no. Le aseguro que no. No valdría la pena. Hice la prueba de arsénico, aunque este bicho no tenía nada en los intestinos. ¿Por qué está usted tan decepcionado?

—No, si no pasa nada. Tiene usted razón. Claro, no hubo otra cosa —dijo Gregory, mirando sin verlos unos instrumentos desparramados bajo un grifo. Había allí, entre las pincelas, un bisturí con un mechoncito de pelambre pegado al filo.

—Perdone. Quiero decir, gracias. Buenas noches.

Gregory retrocedió desde la puerta y volvió a entrar. El doctor King, sentado ya ante sus papeles, le dirigió una mirada interrogante.

—Perdone, doctor... ¿Era un gato joven?

—No, de ninguna manera. Era pequeño, pero viejo. Es la raza.

Gregory sabía que no se enteraría ya de nada más, pero continuó preguntando, con la mano en el picaporte:

—Y... ¿puede usted excluir cualquier otra causa de muerte? ¿Una causa fuera de lo común?

—¿Qué significa esto? ¿Cuáles son, según usted, las causas «fuera de lo común»?

—Tal vez una enfermedad rara... no, no, si ya me lo dijo, estoy divagando. Perdone.

El teniente habló de prisa viendo en los ojos entornados de King una ironía creciente. Cerró la puerta tras de sí con alivio. Tardó aún en alejarse hasta que oyó a King silbando quedamente. «Soy yo quien le puso de tan buen humor —pensó bajando a buen paso la escalera—. Estoy harto.»

Dentro del edificio todas aquellas luces encendidas hacían pensar que era de noche cerrada, pero en la calle quedaba todavía la tenue luminosidad del crepúsculo. Un fuerte viento del sur secaba las aceras.

Gregory caminaba silbando por lo bajo unos compases de melodía, hasta que se dio cuenta de que era la misma de King. Apretó las mandíbulas, molesto consigo mismo. Una esbelta mujer le precedía a un paso. Tenía una mancha sobre la espalda. No, era un plumón o un trocito de algodón. Al adelantársele, Gregory casi abría ya la boca levantando la mano hacia el sombrero para avisarla, pero pasó sin decir nada acelerando la marcha. Al cabo de un momento, comprendió por qué no le había hablado: tenía una nariz fea, puntiaguda.

«Qué imbécil soy», pensó con rabia.

Bajó al Metro y cogió el primer tren en dirección norte. De pie junto a la pared, hojeaba un periódico, verificando maquinalmente por encima los nombres de las estaciones. Se apeó en Wooden Hills. El tren se alejó, llenando de estruendo los túneles. Gregory entró en una cabina telefónica y abrió un listín. Siguió con el dedo la columna de los nombres, hasta encontrar: «Sciss, Harvey. Dr. Med., M. A., Bridgewater 876 951.» Levantó el auricular y marcó esmeradamente el número, manteniendo la puerta cerrada. Durante unos segundos oyó la señal de la línea, luego un corto chasquido y una voz femenina:

—¿Diga?

—¿Está el doctor Sciss?

—No está. ¿De parte de quién?

—Gregory, de Scotland Yard.

En el otro lado de la línea hubo un silencio, como una vacilación. Gregory oía la respiración de la mujer.

—El doctor vendrá dentro de un cuarto de hora —dijo finalmente la voz con una lentitud vacilante.

—¿Dentro de un cuarto de hora? —repitió rápidamente Gregory.

—Probablemente. ¿Quiere usted que le diga que ha llamado?

—No, gracias. Yo, quizá...

Colgó el aparato sin terminar la frase, mirando su mano apoyada en el listín. En la ventana se reflejaron unas luces, un tren se detuvo en el andén. Sin reflexionar, Gregory salió de la cabina, echó un vistazo a los nombres de líneas colgados de la bóveda de la estación y entró en el último vagón.

Durante los veinte minutos del trayecto a Bridgewater, Gregory se preguntaba a quién pertenecía la voz del teléfono. Sciss no estaba casado. ¿La madre? La voz era demasiado joven. ¿Un ama de llaves? Se esforzaba en guardar en la memoria el timbre de aquella voz, mate y sonora al mismo tiempo, como si esto tuviese sólo Dios sabe qué importancia. Todo esto, para no pensar en su futura conversación con Sciss. No la deseaba, temía sencillamente que este hilo, el último, se le rompiera también en las manos. Salió del Metro a una calle ancha, llena de grandes tiendas; por encima pasaba una vía de ferrocarriles, resonante por el estruendo de los trenes eléctricos. Sciss vivía cerca, en una travesía oscura, sin tráfico de coches; un solitario anuncio luminoso esparcía el verdoso halo de su luz desde el tejado de la casa vecina. Allí entró Gregory; la casa parecía, en la penumbra, una deforme masa de balcones y repisas que sobresalían por encima de la acera. El débil resplandor del anuncio, reflejado por los cristales de enfrente, iluminaba la entrada; la escalera estaba a oscuras. Gregory apretó el botón del alumbrado automático y empezó a subir. Sciss iba a burlarse de él, seguramente, con sus secas deducciones. Saldría de allí no sólo derrotado sino convencido de su propia estupidez. El científico nunca perdía ocasión de demostrar a sus interlocutores hasta qué punto les era superior. El teniente levantaba ya la mano para pulsar el timbre, cuando se dio cuenta de que la puerta no estaba cerrada, dejando una oscura rendija. «Debería llamar», pensó y empujó suavemente la puerta, que cedió sin ningún ruido. Entró. En su nariz penetró un aire caliente, muy seco, con un tenue olor indefinible, parecido al del cuero polvoriento, muy recalentado. Se mezclaba en esta cálida quietud un olor a cueva que recordaba el de las catacumbas. Estaba allí tan fuera de lugar, que Gregory, sorprendido, cegado por las tinieblas del vestíbulo, se quedó un rato inmóvil olfateando, hasta que vio una raya horizontal de luz y se dirigió a tientas hacia ella.

Llegó hasta la puerta entornada de una estancia en la cual, junto a una pared, brillaba una lámpara de mesa puesta en el suelo, escondida a medias por la puerta abierta de un armario. Una enorme sombra triplicada, proyectada sobre el techo, se movía acompasadamente a derecha e izquierda, como si un pájaro de pesadilla abriera sus alas, una tras otra.

A las espaldas de Gregory, desde el vestíbulo, sonaba el silbido de un quemador de gas, débil pero agudo, fragmentado por el tictac de unas gotas cayendo sobre hojalata. Fuera de esto, reinaba un silencio total. ¿Total? No: el teniente oyó la respiración jadeante de una persona.

Era una gran estancia cuadrada con una de las esquinas cortada por una ventana de tres cuerpos, oculta en parte por

una cortina negra. Todas las paredes estaban repletas de libros. Gregory avanzó unos pasos y vio a Sciss, que, sentado en el suelo al lado del escritorio, ordenaba bajo la luz abultadas carpetas llenas de papeles.

Allí dentro hacía todavía más calor que en el vestíbulo, y en el aire muy seco, característico de los locales con calefacción central, se notaba con más intensidad aún aquel desagradable olor a cueva.

Gregory se detuvo indeciso, sin saber qué hacer. Esa extraña situación se prolongaba demasiado. Sciss, sentado de espaldas a él, seguía amontonando sin prisas sus carpetas, que iba sacando de los cajones abiertos del escritorio. Les quitaba el polvo sacudiéndolas o soplándoles encima, refunfuñando de asco. Detrás de Gregory, probablemente en la cocina, continuaba silbando el gas. El teniente supuso que allí debía de estar trajinando la mujer cuya voz había oído por teléfono. Dio un paso más, pero no consiguió llamar la atención de Sciss. Obedeciendo a un impulso repentino golpeó con los nudillos, sin lógica pero con energía... la puerta del armario.

—¿Qué pasa? —dijo Sciss, volviendo su despeinada cabeza triangular hacia el detective.

—Buenas noches y... perdone —dijo Gregory en voz demasiado alta—. No sé si usted se acuerda de mí; soy Gregory, de Scotland Yard. Nos hemos visto en la jefatura, en el despacho del inspector Sheppard. La puerta de entrada estaba abierta y...

—Sí. Me acuerdo. ¿Qué desea?

Sciss se levantó con esfuerzo, empujó con el pie el montón de carpetas más próximo y se sentó sobre la mesa limpiándose las manos con un pañuelo.

—Estoy encargado de la investigación en el asunto de esa... serie —dijo Gregory con cierto embarazo—. El inspector Sheppard me puso en conocimiento de su última carta. Usted no prevé la posibilidad de que los... los acontecimientos continúen. Este es el motivo de mi visita...

—Es lo que dije. Pero también hice constar que no podré dar ninguna explicación antes de que transcurra cierto tiempo. Trabajo solo y no sé si...

Contrariamente a sus costumbres, Sciss interrumpió la frase. Metió las manos en los bolsillos y pasó por delante del detective a grandes zancadas rígidas. Se acercó a la ventana, giró sobre sí mismo, se sentó de manera imprevista sobre el radiador, se cogió con ambas manos una rodilla y clavó la mirada en el círculo luminoso de la lámpara puesta en el suelo. Durante unos momentos ambos guardaron silencio.

—Por otra parte, esto tal vez carezca de importancia —dijo de pronto Sciss—. Mis planes sufrieron un cambio... un cambio bastante esencial.

Gregory le estaba escuchando con el abrigo puesto, sin moverse. Se daba perfecta cuenta de que Sciss no le hablaba a él, sino a sí mismo.

—Fui al médico. Llevaba bastante tiempo encontrándome mal. Mi rendimiento ha dado un bajón. Basándome en la media calculada con referencia a la edad de mis padres, preví para mí unos treinta y cinco años de vida más. Cometí el error de no introducir en mis cálculos el factor de la influencia del trabajo intelectual intensivo sobre la circulación de la sangre. Me quedan... menos. Esto representa una gran diferencia. Todavía no sé si...

Se levantó tan de repente y con tanta decisión como si quisiera salir a media frase y dejar solo a Gregory, que ni siquiera se habría extrañado. No sabía qué cara poner escuchando estas confidencias, indudablemente auténticas. En la calma, el absoluto autodominio que Sciss demostraba en sus palabras, tan contrario a sus gestos violentos (se levantaba de un salto, daba unos pasos para volver a sentarse en cualquier sitio como un insecto exasperado y enfermo), había algo estremecedor, igual que en el tono de su voz, seco e indiferente, bajo el que se ocultaba la desesperación. Pero no abandonó la estancia: la atravesó para sentarse en un pequeño sofá junto a la pared opuesta, debajo de un cuadro de Klee, *La loca.*

—Tenía proyectos para veinte años más. El último período de mi vida quedaba como reserva. Ahora tengo que cambiarlo todo. Tengo que revisar todos mis trabajos, excluir todos los de segundo orden, todo lo compilatorio. Lo de segundo orden... ante la nitroglicerina. No quiero dejar nada sin terminar.

Gregory guardaba silencio.

—No sé si voy a proseguir con aquel asunto. En sus últimas consecuencias, es un problema trivial: el reajuste de unas hipótesis. No me gusta. No me interesa. El estudio detallado de los datos estadísticos exigiría semanas, tal vez meses, a falta de adecuadas máquinas calculadoras.

—Nuestros hombres... —dijo Gregory, pero no pudo terminar.

—Sus hombres no me sirven de nada; esto no es una investigación criminal, sino un trabajo científico —le cortó Sciss, airado, levantándose—. ¿Qué es lo que desea? ¿Unas explicaciones? Las tendrá.

Miró su reloj.

—De todos modos tenía que tomarme un momento de descanso —dijo—. Este asunto no tiene nada que ver con la criminología. No se cometió ningún crimen, igual que no lo hay si un meteorito mata a un hombre.

—¿Usted considera que la causa operante son... las fuerzas de la naturaleza? —preguntó Gregory, pero se arrepintió de haber intervenido, ya que había decidido callar para que hablara el otro.

—Haga el favor de no interrumpirme. No tengo tiempo para discusiones. ¿Usted sabe qué son «las fuerzas de la naturaleza»? Yo no. El problema es escuetamente metodológico y su aspecto exterior, aparentemente criminal, dejó de interesarme. En realidad, nunca me había interesado.

Se acercó hablando hacia la pared, encendió la gran lámpara de techo y miró al teniente. En sus labios apareció una sonrisa.

—Mire aquí —dijo indicando el armario abierto. Gregory se puso a su lado y vio un mapa de Inglaterra colgado de una hoja de la puerta, cubierto de una especie de menuda erupción encarnada. Los puntos rojos no estaban dispuestos uniformemente. En algunos sitios su aglomeración era más densa, enmarcando las ciudades en zonas más intensamente coloreadas. Las más pálidas infiltraciones de puntos rojos se veían abajo, a la derecha, a las orillas del Canal, en un espacio de un palmo más o menos.

—No es un problema para usted, por lo tanto la explicación no resultará probablemente tampoco válida, pero no hay otra —dijo Sciss sonriendo levemente—. ¿Ve esta zona más pálida?

—Sí, es el condado de Norfolk, la región donde desaparecieron los cadáveres.

—No. Este mapa representa las áreas de intensidad numérica de casos de cáncer a lo largo de los últimos diecinueve años. El área de la frecuencia más baja, inferior en un treinta por ciento al término medio de la mitad del siglo, corresponde a la delimitación del terreno donde han ocurrido los incidentes de los cadáveres. En otras palabras, tenemos aquí una proporcionalidad inversa, expresada en una fórmula que he construido. La vamos a dejar de lado, no le diría gran cosa.

En aquel momento, su sonrisa imperceptible era casi ultrajante.

—Nuestro primer deber es respetar los hechos —continuó Sciss—. Yo me baso en los hechos, señor. Los cadáveres desaparecían. ¿De qué manera? Seguramente iban a alguna parte. ¿Les ayudaba alguien? Sí, si usted, como policía, desea esta formulación. Les ayudaba el mismo que hace que las conchas de los caracoles sean dextrógiras, aunque en una de cada diez millones encontremos el giro a la izquierda. El factor de la regularidad estadística. Mi tarea consistía en descubrir la relación entre aquellos fenómenos y los otros. La ciencia nunca hizo otra cosa y siempre hará lo mismo, hasta el final. ¿Una resurrección? Ni mucho menos. Es demasiado decir. Yo no afirmo que esos cuerpos volvían a la vida, que sus corazones empezaban a latir, los cerebros a pensar, la sangre coagulada a volverse líquida y circular. Los cambios que se dan en los cadáveres no son reversibles en este sentido. Otra cosa sería si usted preguntase si aquellos cuerpos se movían, si cambiaban de posición en el espacio. Entonces mi contestación sería afirmativa. Pero esto son solamente hechos. He aquí las explicaciones.

Sciss se acercó más al mapa y levantó la mano. Ya no sonreía. Hablaba con firmeza y energía, su voz aguda sonaba triunfal.

—Sólo se puede someter a investigación científica lo que la regularidad pone de relieve en la estructura de los acontecimientos. En lo que nos interesa hubo esa regularidad. Hacía falta descubrir la relación de aquel fenómeno con los demás y yo lo conseguí. Es un modo de actuar normal en la ciencia. ¿Por qué caen las piedras? A causa de la gravedad. ¿Qué es la gravedad? No lo sabemos, pero podemos definir sus leyes. Las piedras caen siempre, la gente se acostumbra a esto. El fenómeno, sin dejar de ser incomprensible a un nivel humano normal, se convierte en cotidiano y vulgar. Si los cadáveres de hombres y animales se alejasen con frecuencia del lugar de su muerte, si ésta fuese su costumbre, la policía no se interesaría por los casos de Norfolk. Mi tarea consistió en determinar la posición de aquella serie de fenómenos raros, desacostumbrados y, por lo tanto, llamativos, en las series de fenómenos ya observados, conocidos y existentes desde hace mucho tiempo. Desde hace tanto que dejaron de excitar la curiosidad del público y de la policía. Uno de estos fenómenos es la predisposición a la enfermedad de cáncer. Tuve a mi disposición los libros parroquiales de toda la región, así como los de las defunciones en los hospitales durante el último medio siglo. Tropecé con muchas dificultades, pues el cáncer no era, cincuenta años atrás, un tipo de enfermedad tan distinguible para los médicos como lo es hoy día. En la medida de lo posible, conseguí los datos sobre la cantidad de defunciones provocadas por el cáncer, apuntándolos sobre el mapa. Los resultados están aquí, delante de usted.

Sciss apagó la luz y volvió al escritorio. Sólo entonces Gregory se dio cuenta de dónde venía aquel olor desagradable: detrás de la puerta del armario, en el rincón, había unas cajas, largas y bajas, llenas de enormes infolios oscurecidos por el tiempo, con encuademaciones enmohecidas y abultadas.

—Expresada con la mayor brevedad posible, la cuestión se presenta así: la sensibilización al cáncer se rige por su propia regularidad cíclica. Desde el final del siglo XIX puede observarse su difusión, no del todo regular. Cada vez más gente cae enferma y muere de cáncer. La zona del condado de Norfolk, junto con sus alrededores, constituye una isla de la frecuencia de casos relativamente más baja. Me explico: su nivel se mantuvo más o menos igual durante los tres

últimos decenios. En cambio, la frecuencia de los casos iba en aumento en las regiones circundantes. Cuando la diferencia entre la cantidad de los casos en esa isla y en los terrenos vecinos había alcanzado una cierta magnitud, empezaron a desaparecer los cadáveres. El punto central, o sea el lugar de la primera desaparición, no está constituido por el centro geométrico, espacial, de la isla, sino por el sitio donde la cantidad de enfermos de cáncer era la más reducida. Desde allí, el fenómeno se extendía como una onda, de una manera determinada, con una rapidez constante, según la temperatura, etcétera. He hablado ya de esto, usted debe de recordarlo. En el último incidente, el fenómeno alcanzó las fronteras de la «isla». La fórmula que he deducido de los datos numéricos de la sensibilidad al cáncer excluye la posibilidad de casos futuros de desaparición de cadáveres fuera de la extensión de la «isla». Mi carta a Sheppard se basaba en este razonamiento.

Sciss dejó de hablar, se inclinó y levantó lentamente la lámpara del suelo. La retuvo un momento en la mano, como si no supiese qué hacer con ella, hasta que la puso finalmente sobre el escritorio.

—¿Se apoyó usted sólo en esta base...? —preguntó Gregory en voz baja, imponiéndose la mayor prudencia.

—No, no solamente en ésta.

Sciss cruzó los brazos sobre el pecho.

—Mientras en los casos anteriores los cadáveres desaparecían, si se puede decir, «definitivamente», alejándose a una distancia y en dirección desconocidas, en el último caso su desplazamiento fue relativamente pequeño. ¿Por qué? Porque el fenómeno ocurrió junto a la frontera de la «isla». Esto me ayudó a precisar el coeficiente de mi fórmula, ya que la sensibilización al cáncer dentro de los límites de la «isla» penetra en la de los terrenos circundantes no a saltos, sino gradualmente.

En el silencio que reinó después de las palabras de Sciss, Gregory volvió a oír el silbido de gas.

—Sí —dijo finalmente—. ¿Pero cuál es, según usted, la causa de estas «desapariciones», estos movimientos?

Sciss sonrió disimuladamente, mirando al detective con una especie de benévolo regocijo.

—Pero si ya se lo he explicado todo; no se comporte, por favor, como un niño que pregunta, después de enseñarle el esquema de un aparato de radio y la ecuación de Maxwell: «Sí, pero ¿cómo habla esta caja?» ¿Verdad que ni a usted ni a sus superiores se les ocurriría entablar una investigación contra quien somete a los hombres a la enfermedad de cáncer? ¿No es cierto? Que yo sepa, no han buscado ustedes al culpable de la gripe asiática.

Gregory apretó las mandíbulas, obligándose a conservar la calma.

—De acuerdo —dijo—, su razonamiento es correcto. ¿Pero el fenómeno mismo de resurrección, no, perdón, de que los muertos se muevan, se levanten, caminen, lo considera usted, a base de sus explicaciones, como comprensible, evidente y que no merece la pena de prolongar la investigación?

—¿Me toma por un imbécil? —dijo suavemente Sciss, sentándose encima del radiador—. Claro que quedan montones de problemas para los bioquímicos, fisiólogos, biólogos, pero no para la policía. Por otra parte, las investigaciones científicas pueden prolongarse, sin dar un resultado definitivo ni siquiera al cabo de cincuenta años, igual que en el caso del cáncer. Acerca de nuestro problema surgirán probablemente varias hipótesis rivales. Habrá unas que convencerán mejor a las masas, que aseguren mayores tiradas a los periódicos sensacionalistas. Se los relacionará con los platillos volantes, con los astros, con cualquier cosa. ¿Pero qué tiene esto que ver conmigo?

—¿Y qué lugar ocupan en su explicación estadística esas... carroñas encontradas en el lugar de las desapariciones? —preguntó Gregory, como si no hubiese oído el tono de ira creciente en la voz de Sciss.

—¿Esto le interesa...? Sí, claro... —dijo Sciss, ya calmado. Sus delgados dedos, entrelazados, rodearon su rodilla—. No lo examiné matemáticamente —siguió—. La explicación más sencilla, pero a la vez más primaria, consistiría en adjudicarles el papel de «vehículum», de un transportador del factor animador de los cadáveres. Digamos que se podría reconocer en ese factor un «agens» específico de carácter biológico, en el mismo sentido que consideramos que un factor semejante es lo que da origen al cáncer. Supongamos que ese «algo» que provoca la canceración pueda, en determinadas circunstancias, transformarse en nuestro factor, sirviéndose de pequeños animales domésticos para ser trasladado de un sitio a otro. Es el papel que desempeñan, para dar un ejemplo, las ratas en una epidemia de peste.

—¿Una clase de bacterias? —sugirió lentamente Gregory. Apoyado en el armario, miraba con el ceño fruncido no a Sciss, sino a la gran sombra que éste proyectaba sobre el suelo.

—No dije tal cosa. No lo sé. No sé nada. Es una hipótesis muy endeble. *Hipotheses non fingo.* No las soporto, no las construyo nunca. Si tuviese tiempo quizá me ocuparía de este problema.

—Dejemos lo de las bacterias; de todos modos, según dice usted, es un factor biológico. ¿Un ser unicelular? Dotado de inteligencia, por añadidura. De una inteligencia notable. La cautela de sus actividades recuerda mucho a la de los hombres.

—Me parece que usted quiere ser el primero en ganar dinero con esta historia. Está ya preparando para la prensa un curioso articulito sobre los microbios inteligentes, ¿verdad? —la voz de Sciss temblaba de ira.

Gregory, como si no lo hubiese notado, empezó a acercarse muy lentamente al científico, hablando con énfasis creciente, como un hombre tocado por la llama de una fe inquebrantable:

—En la región central del terreno de baja frecuencia del cáncer, el factor procedió a actuar con todo conocimiento de causa, pero carecía aún de experiencia. No sabía, por ejemplo, que un cadáver desnudo circulando entre la gente puede provocar complicaciones y dificultades. Al poner en movimiento al siguiente cuerpo de la serie, ya le proporcionó una ropa adecuada. Con los dientes del cadáver rompió la cortina para ocultar una desnudez poco conveniente. Luego aprendió a leer; si no, ¿cómo podría estudiar los informes meteorológicos? Pero ese luminoso raciocinio se enturbió cuando el factor se había acercado demasiado a la frontera del terreno de la baja frecuencia del cáncer. En aquel lugar ya sólo pudo infundir a los miembros rígidos unos movimientos mal coordinados, una especie de gimnasia macabra, un «levántate y mira, que te divertirás» por la ventana del depósito de cadáveres de un cementerio...

—Qué bien lo sabe. ¿Lo vio usted? —preguntó Sciss, sin levantar los ojos.

—No, no lo vi, pero sé de qué puede asustarse un policía inglés. Una danza de cadáveres. Su conciencia debilitada le trajo, por lo visto, el recuerdo de Holbein y de juegos medievales de esqueletos.

—¿De la conciencia de quién habla usted?

Gregory apenas reconoció la voz del científico.

—¡Cómo...! ¿Cómo de «quién»? Del «factor biológico» documentado estadísticamente. Repito sus propias palabras.

Sciss se irguió, cuando Gregory casi tocaba ya sus rodillas. Había tan poca distancia entre sus caras, que el detective sólo veía los ojos del otro, pálidos e inmóviles, y sus pupilas contraídas. Así quedaron durante un rato, hasta que Gregory retrocedió y soltó una carcajada. Era una risa muy bien lograda, su naturalidad casi perfecta podía engañar a cualquiera. Sciss seguía con la mirada fija en la de Gregory, luego un estremecimiento recorrió su cara. Se rió también. Enseguida volvió el silencio. Sciss se acercó al escritorio, se sentó en la butaca y, apoyado en el respaldo, tamborileó en la mesa con los dedos.

—Usted está convencido de que soy yo —dijo—. ¿Verdad?

Gregory no esperaba esta franqueza. No supo qué contestar. Se mantenía de pie en silencio, alto, desgarbado, buscando desesperadamente una señal de orientación en el nuevo enfoque de la controversia.

—Esto quiere decir que no me toma por idiota, como me ha parecido antes, sino por un loco. Corro peligro de ser sometido a detención o a observación psiquiátrica. Ambas eventualidades me molestan, sobre todo ahora, teniendo en cuenta mi estado de salud. Por otra parte, nunca me ha gustado perder el tiempo. Cometí un error aceptando la colaboración con Sheppard. Lo hecho, hecho está. ¿Qué debo hacer para convencerle de que su hipótesis es errónea?

—¿Usted vio al médico, hoy? —preguntó Gregory en voz baja acercándose al escritorio.

—Sí. Al profesor Vaugham. Tiene consulta de cuatro a seis. Pedí la hora por teléfono hace una semana.

—En cuanto a los resultados de la visita, existe el secreto profesional...

—Llamaré al profesor y le pediré que le diga todo lo que me dijo a mí. ¿Qué más?

—¿El coche que está en el patio delante del garaje es suyo?

—No sé. El mío es un Chrysler gris. En el patio hay a veces varios coches, el garaje es común para el edificio.

—Querría... —empezó a hablar Gregory, cuando sonó el teléfono. Sciss cogió el auricular, inclinándose sobre el aparato.

—Sciss —dijo.

En el receptor sonaba una voz excitada.

—¿Qué? —dijo Sciss, y luego, más fuerte—: ¿Dónde? ¿Dónde?

Después sólo escuchó, sin decir nada. Gregory se apoyó en el escritorio frente a él y miró su reloj. Eran casi las nueve.

—Bien, sí —dijo finalmente Sciss haciendo el ademán de colgar, pero volvió a hablar y añadió—: Sí, sí, el teniente Gregory está aquí, se lo diré.

Colgó el receptor, se levantó y se fue hacia el mapa colgado en la puerta del armario. Gregory le siguió.

—Se ha encontrado un cuerpo, uno, al parecer, de los desaparecidos —dijo Sciss, en voz muy baja, como si pensara en otra cosa. Miró el mapa de cerca, sacó una pluma estilográfica del bolsillo y marcó un punto en la frontera de la «isla». En Beverley Court, al fondo de una cisterna de agua, al vaciarla. Era el cuerpo de un hombre.

—¿Quién ha telefoneado? —preguntó Gregory.

—¿Cómo? Ah, no lo sé. No he preguntado. Dijo el nombre, pero no me fijé. Seguramente alguien de los suyos, de Scotland Yard. Un sargento o algo por el estilo. Esto encaja. Deberían encontrarse, uno tras otro, como las balas disparadas por un arma, aunque...

Gregory no se movía de su lado, observándolo con los ojos entornados; a sus oídos llegaba el ritmo de la respiración

de Sciss.

—¿Cree que volverán... todos? —preguntó finalmente.

Sciss se enderezó rápidamente. Sus mejillas ardían, se le aceleró la respiración.

—No lo sé. Es posible y aun verosímil. Si esto ocurre, toda la serie se cerrará... se terminará y, con ella, todo. Puede ser que me haya dado cuenta demasiado tarde. Unos aparatos adecuados, con infrarrojos, hubieran podido tomar fotografías lo suficientemente inequívocas, ahorrándome esta... esta ridiculez.

—¿Coincide Beverley Court con los resultados de su fórmula? ¿Se deduce de ella esta localización? —preguntó Gregory en un tono indiferente.

—Su pregunta está mal formulada —contestó Sciss—. No puedo determinar el lugar en el cual los cuerpos serán encontrados, dónde cesarán sus movimientos y su desplazamiento. Lo único que se puede calcular con una cierta exactitud es la duración del tiempo entre el momento de la desaparición y el del final del fenómeno. Podría valorarse. Los cuerpos que desaparecieron al principio se encontrarán al final. Puede usted explicárselo admitiendo, por ejemplo, que el «factor» les infundió mayor cantidad de energía cinética, mientras que su carga en la frontera del terreno era ya muy debilitada, suficiente tan sólo para provocar una serie de movimientos mal coordinados. Pero, por cierto, estoy olvidando que usted toma mis palabras por divagaciones. O por mentiras: en el fondo es lo mismo. ¿Podría dejarme solo ahora? Tengo todavía que hacer muchas cosas. —Sciss indicó con un gesto las cajas con los libros enmohecidos. Gregory asintió con la cabeza.

—Ya me voy. Sólo una pregunta más: ¿fue a ver al médico en su coche?

—No, cogí el Metro para ir y para volver. Yo también quiero hacerle una pregunta: ¿cuáles son sus intenciones respecto a mí? Lo único que me importa es poder trabajar sin obstáculos el máximo de tiempo. Lo comprende, ¿verdad?

Gregory se abrochó el abrigo, que le pesaba como una plancha de hierro. En su olfato volvió a penetrar el indefinible olor a sótano.

—¿Mis intenciones? Por ahora no tengo ninguna. Tenga en cuenta que no he formulado ninguna sospecha ni acusación; ni una sola palabra.

Gregory saludó a Sciss con un gesto de cabeza y salió al oscuro vestíbulo. En la penumbra divisó la pálida mancha de una cara femenina que se desvaneció instantáneamente, y oyó el ruido de una puerta al cerrarse. Encontró la salida y, ya en la escalera, miró la hora en la esfera luminosa de su reloj. En vez de salir a la calle, se dirigió al patio, donde había un largo coche gris. Dio una vuelta alrededor de él, sin poder ver gran cosa en la débil luz que venía de las ventanas de un local interior. El coche estaba cerrado; sólo los reflejos de las ventanas del edificio centelleaban sobre el cromado de los parachoques apagándose y encendiéndose al compás de los pasos de Gregory. El capó estaba frío, pero esto no constituía ninguna prueba; hacía falta tocar el radiador. Gregory introdujo con dificultad la mano en una ancha rendija rodeada de rebordes cromados que parecían los gruesos labios de un monstruo submarino. De pronto tuvo un sobresalto al oír un ligero chasquido. En una ventana del primer piso vio a Sciss. Pensó que no valía ya la pena seguir examinando el coche, ya que el comportamiento del científico confirmaba sus sospechas. Al mismo tiempo tuvo una desagradable sensación de malestar, como si le hubieran cogido cometiendo una vileza. La molesta sensación aumentó cuando Gregory, observando con atención a Sciss, vio que éste no miraba al patio. Estaba de pie, detrás de la ventana abierta, luego se sentó en su repisa con movimientos lentos y torpes, encogió las rodillas y apoyó la cabeza en las manos en un gesto de cansancio. Este comportamiento era tan contrario a la idea que Gregory tenía formada sobre Sciss, que retrocedió de puntillas en la oscuridad, tropezando con un trozo de hojalata que armó un ruido infernal. Sciss miró abajo. Gregory, cubierto de sudor, rabioso, se quedó inmóvil, sin saber qué actitud tomar. No estaba seguro si podía ser visto desde la ventana, pero Sciss no apartaba la mirada del patio, y aunque el teniente no podía distinguir su cara ni sus ojos, sentía sobre su persona el desprecio casi tangible del otro hombre.

Sin ni siquiera atreverse a pensar en continuar el examen del coche, se marchó cabizbajo y descorazonado.

Antes de bajar al Metro recobró ya los ánimos hasta el punto de sentirse capaz de enjuiciar el absurdo incidente del patio: absurdo por haberle hecho salir de sus casillas, ya que el teniente estaba casi seguro de que había visto al anochecer el coche de Sciss en una calle de la ciudad. No divisó al conductor, pero tuvo tiempo de reconocer el característico abollamiento del guardabarros posterior, resultado de un antiguo encontronazo. En aquel momento, hundido en sus propios pensamientos, no advirtió casi este encuentro, dándole toda su importancia sólo cuando Sciss manifestó que no había usado su coche esa tarde, yendo a casa de su médico en el Metro. La constatación de que Sciss mentía, de por sí poco importante, le permitiría, estaba seguro, vencer los escrúpulos y las inhibiciones que sentía ante el científico y, más todavía, suprimiría el clima de compasión que le había dominado durante la desafortunada visita a su casa. Sin embargo, ahora volvía a sentir la incertidumbre; la certeza del hecho observado por la tarde iba acompañada de un desgraciado «casi» que le quitaba todo su peso. El único consuelo consistía en el descubrimiento de una contradicción entre el afán de Sciss de quitárselo de encima pretextando exceso de trabajo y su ociosidad en la

ventana. No obstante, recordaba demasiado bien la postura de Sciss, la inercia de su silueta, el gesto de su cabeza apoyada en el marco de la ventana con un cansancio infinito. Pero ¿y si esa fatiga fuera fruto tan sólo del duelo verbal que ambos sostuvieron? ¿Si él no lo hubiera aprovechado hasta el final impulsado por una caballerosidad ingenua? ¿Si en vez de acorralar definitivamente a Sciss se hubiera marchado un minuto antes de que se pronunciaran las palabras decisivas?

Extraviado por estas cavilaciones en el laberinto de todas las posibilidades, Gregory, exasperado, ya sólo quería volver a casa para «sumar los datos» en su grueso cuaderno.

Cuando salió del Metro, eran casi las once. Inmediatamente antes de la curva que ocultaba la casa de los Fenshaw, tenía en un hueco del muro su puesto permanente un mendigo ciego que esperaba a los transeúntes acompañado de un feísimo perro bastardo lleno de costras y peladuras. El mendigo usaba una armónica para llamar la atención del público, sin ni siquiera fingir que era una música; sencillamente soplaba en ella cuando alguien se acercaba. La vejez de ese hombre se distinguía más en sus ropas que en su fisonomía, ocultada por una barba de color indefinido. Tanto al volver a casa tarde por la noche, como al salir antes del amanecer, Gregory le encontraba siempre en el mismo sitio, como un eterno reproche de la conciencia. El mendigo formaba parte del paisaje de la calle de manera tan solemne como los entrantes de los antiguos muros entre los cuales se apostaba, y a Gregory ni se le ocurría pensar que, aceptando en silencio su presencia, se hacía cómplice de una infracción. Era policía y los reglamentos policiacos prohibían la mendicidad. Pese a que nunca pensaba en aquel hombre, cuyo cuerpo sólo se podía adivinar con asco bajo su sucio ropaje, el viejo debía ocupar un sitio en su memoria, despertando unas sensaciones determinadas que se traducían en el paso acelerado de Gregory cuando se le aproximaba. Se negaba a dar limosna a los mendigos, aunque esto no tenía motivos ni en su carácter ni en su profesión. No les daba nada por razones que él mismo ignoraba; era, tal vez, una especie indefinida de vergüenza. Sin embargo, esa noche, cuando ya había pasado por delante del puesto del viejo (viendo solamente el perro a la luz de un lejano farol), inesperadamente para sí mismo rehízo el camino y se acercó al rincón oscuro con una moneda en la mano. Ocurrió entonces uno de esos incidentes insignificantes que no se cuentan a nadie y que se recuerdan con gran disgusto: Gregory, convencido de que el mendigo tendería la mano, metió varias veces la suya con la moneda en el tenebroso escondrijo entre los muros, encontrando cada vez sólo el desagradable contacto de unos andrajos; el viejo no se daba prisa en coger la limosna, sino que poniéndose torpemente la armónica en los labios, soplaba en ella sin ton ni son. Lleno ya solamente de asco, sin poder encontrar un bolsillo en los trapos que cubrían el acurrucado cuerpo, Gregory dejó caer la moneda a ciegas y empezó a andar, cuando algo sonó débilmente a sus pies. En la tenue luz del farol brilló rodando tras él la moneda que acababa de soltar. La recogió instintivamente y la tiró dentro del escondrijo. Le contestó un gruñido ronco. Gregory, casi desesperado, echó a andar a grandes zancadas, como si huyera. Toda esta absurda historia, que duró tal vez un minuto, le indujo a un estado de una excitación insensata, de la cual se recobró entrando ya en su casa, al ver luz en la ventana de su habitación. Sin guardar los habituales miramientos subió la escalera aprisa. Ante su puerta se detuvo un instante recobrando el aliento y escuchando. Reinaba un silencio total. Miró otra vez la hora: las once y cuarto; empujó la puerta.

Junto a la puerta de cristales que daba a la terraza estaba sentado, detrás del escritorio, Sheppard. Al entrar Gregory, separó la vista del libro que estaba leyendo.

—Buenas noches, teniente —dijo el inspector general—, me alegro de que haya llegado.

5

Gregory estaba tan sorprendido que no contestó ni se quitó el sombrero. Se quedó en la puerta con una expresión no demasiado inteligente. Sheppard sonrió levemente.

—¿Y si cerrara la puerta? —dijo al fin, ya que la escena se prolongaba demasiado. Gregory volvió en sí, colgó el abrigo, estrechó la mano del inspector y le miró expectativamente.

—Vine para enterarme de lo que pasó en casa de Sciss —dijo Sheppard, volviendo a ocupar el mismo asiento de antes y apoyando el codo en el libro que había estado leyendo. Hablaba con su calma habitual, pero en sus palabras Gregory captó un matiz de ironía; repuso, pues, procurando adoptar el tono de cándida franqueza:

—Pero, señor inspector, bastaba con avisarme; le hubiera telefoneado, lo que no quiere decir, evidentemente, que no esté contento de verle aquí; pero por qué usted... ex profeso... —hablaba aprisa. Sheppard no hizo el menor esfuerzo para seguir su juego. Con un breve gesto cortó el torrente de sus palabras.

—No vamos a jugar a la gallina ciega, teniente —dijo—. Está usted en lo cierto; vine no sólo para escucharle. Considero que cometió un error, un error bastante esencial, arreglando aquella historia del teléfono. Me refiero a la llamada a Sciss, mientras usted estaba en su casa. Usted ordenó a Gregson que la hiciera hablando de un cuerpo encontrado, para observar la reacción de Sciss. Pues bien, adelantándome a su informe, me atrevo a afirmar que no se enteró usted de nada, que esa treta no dio resultado. ¿Me equivoco?

El tono de sus últimas palabras fue más cortante. Gregory, confuso, perdió su ímpetu. Frotándose las manos heladas se sentó a caballo en una silla y gruñó:

—No.

Toda su elocuencia se desvaneció. Mientras tanto, Sheppard le tendió un paquete de «Players» y continuó, encendiéndose uno él mismo:

—Es un golpe demasiado sonado, libresco *par excellence,* de alcance risiblemente corto. Usted no se enteró de nada o casi de nada; Sciss en cambio sabe, o lo sabrá mañana, lo mismo da, que usted sospecha de él y, más todavía, que le había preparado una trampa, no demasiado leal. Por lo tanto, si admitimos su punto de vista de que él es autor o coautor de los hechos, le hizo usted el favor de ponerle sobre aviso. Presumo que no dudará usted que un hombre tan cauto como el autor de los incidentes elevaría a la enésima potencia su cautela después de un aviso tan claro.

Gregory callaba, frotándose enérgicamente los dedos. Sheppard siguió hablando, siempre impertérrito, pero una profunda arruga entre sus cejas desmentía su calma.

—Es asunto suyo que usted no me dijera nada acerca de sus intenciones. Procuro siempre, en la medida de lo posible, tratar seriamente la autonomía de actividades que debe desarrollar un oficial encargado por mí de una investigación. Pero el hecho de no haberme hablado de sus sospechas hacia Sciss fue simplemente una tontería, puesto que yo hubiera podido decirle muchas cosas sobre este hombre. No como su jefe, sino como alguien que lleva años conociendo a Sciss. Porque supongo que las sospechas sobre mí ya se le fueron de la cabeza mientras tanto, ¿no?

Las mejillas de Gregory se cubrieron de rojo oscuro.

—Tiene usted razón —dijo mirando al inspector—. Me comporté como un idiota. Que me sirva de única justificación el hecho de que jamás creeré en los milagros, aunque me cueste la vida.

—En este asunto todos tenemos que comportarnos como Tomás, el incrédulo; es el triste privilegio de nuestra profesión —dijo Sheppard. Había recuperado el buen humor, como si el rubor del joven fuese para él una preciada recompensa—. En todo caso, no vine aquí para reñirle, sino a prestarle ayuda en la medida de mis posibilidades. Al

grano, pues. ¿Bueno, cómo le fue con Sciss?

Gregory, enormemente aliviado, empezó una detallada reconstrucción de toda la visita, sin dejar de lado los momentos que consideraba como su derrota. A la mitad más o menos de su narración, cuando había llegado a la extraña escena del tenso silencio seguido por las carcajadas de ambos, oyó un sonido ahogado al otro lado de la pared, que le crispó los nervios.

Era el señor Fenshaw iniciando sus nocturnos misterios acústicos.

Gregory seguía hablando rápidamente y con soltura, pero se sentía cada vez peor. No podía caber la menor duda de que el inspector advertiría, tarde o temprano, esos misteriosos e insensatos ruidos, en cuyo caso él mismo sería arrastrado, a pesar suyo, en la órbita de un inexplicable disparate. Sin pensar concretamente en lo que pasaría, sin imaginárselo, se esforzaba en entender los procedimientos de Fenshaw, cada vez más ruidosos, con la misma obstinación con la que se aprieta con la lengua una muela dolorida. Vino primero una serie de chasquidos, luego una especie de palmadas blandas y sordas. Gregory alzó la voz hablando con más ímpetu, fingiendo una animación que no sentía, para que el inspector no se fijara en aquellos ruidos. Por la misma razón, seguramente, al llegar al final de su relato no se calló, sino que, para cubrirlos con su voz, emprendió lo que en otras circunstancias se habría ahorrado: un exhaustivo análisis de la «hipótesis estadística» establecida por Sciss.

—No sé cómo se le ocurrió aquella historia sobre el cáncer, pero la existencia de esa «isla» de su baja frecuencia debe de ser un hecho real. Estoy seguro que se podrían efectuar experimentos comparativos a gran escala, digamos en toda Europa, para averiguar la posible existencia de otras islas parecidas a la de Norfolk. Esto socavaría la base esencial de la hipótesis. No le hablé de ello; por otra parte, él tiene razón al afirmar que no es trabajo nuestro. La policía comprobando una hipótesis científica: me temo que nos cubriríamos de ridículo. En cuanto a las consecuencias ulteriores, Sciss es demasiado listo para aturdirme con unas posibilidades fantásticas; al contrario, él mismo se mofaba de ellas. Pero ¿qué otra cosa cabe? He reflexionado sobre todo esto y he aquí mis conclusiones: la primera variante es más prudente. Su punto de partida es solamente la suposición de que se trata de una extraña transformación de la causa de la canceración; digamos, un virus desconocido. En este caso, el razonamiento puede seguir el camino siguiente: el cáncer se manifiesta en el organismo como un caos. El organismo, en cambio, es lo contrario al caos, es orden en esencia, el inmutable ritmo de los procesos vitales. Y bien, ese «factor del caos» que es el cáncer, el virus del cáncer, se transforma en determinadas circunstancias sin dejar de existir y, aunque siga vegetando en un medio dado, la gente, a pesar de conservarlo en sus cuerpos, no contrae la enfermedad. Finalmente cambia hasta el punto de adquirir posibilidades nuevas; el factor del caos se convierte en el factor de un orden nuevo, póstumo, o sea, combatiendo durante un tiempo, digamos, aquella especie de caos, de desintegración traída por la muerte, se esfuerza en prolongar los procesos vitales en un cadáver. Esta acción se manifiesta en los movimientos de los cadáveres, lo que puede considerarse como el resultado de una prodigiosa simbiosis de lo vivo, o sea del virus transformado, con lo muerto, con el cadáver. Ahora bien : la razón se rebela contra tal «explicación», muy incompleta además, ya que ese «factor del orden» provoca tan sólo movimientos coordinados y lógicos y no los anárquicos e insensatos que cabría esperar. ¿Qué virus es el que obliga al cadáver a levantarse, buscar algo con que vestirse, y alejarse sin llamar la atención de nadie?

Gregory interrumpió sus reflexiones a la espera de una reacción de Sheppard, pero justo entonces resonó en la pared un leve y denso tamborileo, como si sobre ella cayera, en la habitación de Fenshaw, una extraña lluvia horizontal de gruesas gotas elásticas, por lo que volvió a hablar todavía más fuerte y enérgicamente:

—El virus del cáncer es algo bastante verosímil; sin embargo, no se puede, en principio, explicar lo inverosímil por lo verosímil, para ello se necesitaría más bien otro elemento inverosímil. Por eso, naturalmente, Sciss llamó mi atención sobre los «platillos volantes», como sobre la posibilidad de una explicación «extraterrestre». Si razonamos así, el asunto adquiere un nivel cósmico; nos enfrentamos con una especie de «primer contacto» de la Tierra y de los hombres con los fenómenos siderales. Busquemos un ejemplo: unos seres racionales, pero cuyo funcionamiento dista mucho de nuestra comprensión, desean conocer más detenidamente a los humanos. Para ello envían sobre la Tierra, sirviéndose de un modo para nosotros inadvertible, sus «instrumentos de investigación». Estos «instrumentos» no serían otra cosa que ese «factor microscópico», que cae sobre nuestro planeta enviado, digamos, desde los «platillos» en forma de una suspensión invisible. El «instrumento» no ataca a los organismos vivos, siendo «dirigido», «destinado» sólo a los muertos. ¿Por qué? Digamos, para no dañar a los organismos de los vivos (lo que constituiría un testimonio del «humanitarismo» de los visitantes siderales). ¿De qué manera un mecánico puede conocer mejor la construcción y el funcionamiento de una máquina? Poniéndola en marcha y observando su trabajo. Pues bien, el «factor» o «instrumento» actúa justamente así. «Pone en marcha» un cierto tiempo un cadáver humano, adquiriendo durante este proceso el conocimiento necesario a los «visitantes». Hago constar que el fenómeno, enfocado de este modo, tampoco se vuelve comprensible, y por varias causas. Primero: el factor parece comportarse racional y lógicamente, no puede ser, por lo tanto, lo que nosotros entendemos por un «instrumento» (como una herramienta), sino más bien algo como

«bacterias amaestradas», adiestradas como nuestros perros de caza. Segundo: la existencia de esa relación incomprensible del «factor» con la enfermedad del cáncer. Si yo tuviese que explicar por fuerza también este fenómeno, imaginaría algo así: la gente no contrae la enfermedad en la zona de la baja frecuencia del cáncer no porque allí no exista su virus, sino porque son resistentes a él, y tal vez la resistencia humana al cáncer sea inversamente proporcional a la resistencia al factor «enviado del cielo». Por consiguiente, tanto la estadística como nuestra explicación están sanas y salvas...

Gregory dejó de hablar. En el cuarto y en la habitación de Fenshaw reinaba el silencio. Sheppard, que había escuchado sin pronunciar una palabra, mirando sólo de vez en cuando al detective, como sorprendido, no tanto por sus palabras como por su exaltación, dijo sin inmutarse:

—Usted, evidentemente, no cree nada de todo esto...

—Ni por un momento —repuso Gregory, perdiendo todo su empuje. De pronto se le hizo indiferente lo que pasaba al otro lado de la pared; su único deseo, igual que después de su visita a Sciss, era volver a estar solo.

—Se ve que le gusta la lectura y el estudio; su manera de expresarse no es muy «policial». Bien, bien, hay que conocer a la perfección el lenguaje del enemigo... Sciss, en todo caso, estaría contento de usted. Sigue sospechando de él, ¿verdad? ¿Qué motivos atribuye usted a su comportamiento?

—No son exactamente sospechas. Si lo fueran, significaría que le ataco, mientras que, al contrario, permanezco a la defensiva... y me exaspera. Soy como una rata acorralada en un rincón sin escapatoria. Sólo me defiendo de la «milagrosidad» de ese asunto. Por favor, señor inspector... Si seguimos desarrollando esta clase de hipótesis, podemos llegar a cualquier cosa. A que, por ejemplo, las injerencias del «factor X» se repiten periódicamente a grandes intervalos del tiempo, que el último descenso cuantitativo del cáncer ocurrió hace dos mil años, más o menos, no en Inglaterra, sino en Asia Menor, relacionándose con una serie de «resurrecciones»: Lázaro, usted ya sabe, y alguien más... Si por un momento, durante una fracción de segundo, tomamos en serio estas historias, se nos abre el suelo bajo los pies, la tierra se convierte en una jalea, la gente puede aparecer y desaparecer, todo es posible y la policía debe quitarse cuanto antes los uniformes, dispersarse, dejar de existir... y no sólo la policía. Nosotros tenemos que encontrar al culpable, y si realmente la serie se ha cerrado, todo su transcurso se irá desvaneciendo en un pasado cada vez más lejano. Nos quedarán unos moldeados de yeso, unas declaraciones un tanto contradictorias de guardianes de depósitos y enterradores, no muy inteligentes. ¿Y de qué nos servirá? Nuestro último recurso es concentrarnos en el regreso de los cadáveres. Estoy ahora totalmente convencido de que usted tiene razón: mi treta no dio resultado alguno, a Sciss no le sorprendió la llamada, pero, ¡un momento... permítame!

Se levantó de un brinco de la silla, sus ojos echaban llamas.

—En relación con aquella llamada, Sciss me dijo algo bastante concreto. A saber: que no sólo esperaba el hallazgo de los cuerpos, sino que podía calcular, a partir de su fórmula, cuándo aparecerían, o sea, cuándo se agotaría su «energía cinética», según se expresó... ¡Lo que hay que conseguir, pues, es que al menos una de esas apariciones ocurra ante unos testigos!

—Un momento —intervino Sheppard, que desde hacía rato quería decir algo, sin que Gregory se hubiera dado cuenta; parecía haber olvidado la presencia del inspector, recorriendo la estancia a paso rápido.

—Usted —dijo el inspector— establece una alternativa: Sciss, o el «factor». Y de golpe elimina su segunda parte: el «factor», de modo que sólo queda una vulgar superchería, un macabro juego en los depósitos de cadáveres. ¿Y si ninguna de las dos hipótesis es verdadera? ¿Si no se trata ni de Sciss ni del «factor»? ¿Si el autor es una persona que sólo ha inventado, sintetizado, creado el «factor» para inocularlo a los cadáveres como experimento?

—¿Lo dice usted en serio? —exclamó Gregory. Se detuvo junto al inspector, jadeando, y escudriñó la cara serena, casi satisfecha de su jefe—. Si cree en ello, entonces... entonces... ¡Absurdo! ¡Sería un descubrimiento digno del premio Nobel, qué sé yo! El mundo entero lo sabría. Además, Sciss...

Gregory dejó la frase en suspenso. En medio del profundo silencio que reinó después de sus palabras, sonaron nítidamente unos chirridos lentos y acompasados, no detrás de la pared, sino en la misma habitación donde ambos se encontraban. Gregory conocía ya este fenómeno, lo había oído varias veces a intervalos de unas semanas, pero hasta ahora sólo había ocurrido cuando estaba acostado, a oscuras. La primera vez, esa serie de chirridos que se acercaban a su cama le había despertado; abrió los ojos con la absoluta convicción de que alguien andaba en su cuarto, descalzo. Encendió inmediatamente la luz, pero no había nadie. La segunda vez ocurrió muy tarde, casi de madrugada, cuando, agotado por el insomnio provocado por los juegos del señor Fenshaw, yacía sumido en el sopor del duermevela. También entonces encendió la luz, sin resultado, como en la primera ocasión. A la tercera ya no dio importancia a los chirridos, explicándose a sí mismo que en una casa vieja la madera de los suelos se seca de manera discontinua, dejando oír sus chasquidos de noche, cuando hay silencio. Esta vez, en cambio, la luz de la lámpara del escritorio iluminaba bien la estancia, los muebles, seguramente tan viejos como el parqué, no hacían ruido alguno. El parqué

chasqueó ligeramente cerca de la estufa. Luego, de nuevo, pero más cerca, en el centro de la habitación, sonaron dos chirridos un poco más rápidos, uno delante de Gregory, otro detrás de él. Otra vez silencio. Al cabo de un rato durante el cual Gregory permaneció inmóvil, con los hombros subidos, desde la habitación de Fenshaw llegó el sonido de una risa o, tal vez, un lloro, muy débil, como si viniera de una distancia mucho mayor, un llanto de anciano, ahogado, quizá, por una manta, que se terminó con una leve tosecita. El silencio volvió de nuevo.

—Además, Sciss se contradecía en parte...

Gregory intentaba en vano reanudar el hilo cortado de la conversación. La pausa fue demasiado larga para fingir que allí no había pasado nada. Movió, pues, la cabeza repetidas veces con gesto de duda y se sentó en la silla.

—Entiendo —tomó la palabra Sheppard, inclinándose en su asiento y mirando con atención al joven—. Usted sospecha de Sciss, porque considera que ésa es su obligación. Probablemente trató usted de enterarse de dónde estaba Sciss durante todas las noches críticas. Si tuviese aunque sólo fuera una coartada completamente cierta, la sospecha caería, o bien se tendría que adoptar la hipótesis de una complicidad, de un milagro *perprocuram.* ¿Es así?

«¿No se habrá dado cuenta de nada? ¿Será posible? —pasó por la cabeza de Gregory el rápido pensamiento—. Es imposible, a menos... a menos de que sea un poco sordo. No me sorprendería: cosas de la edad.» Con gran esfuerzo trató de concentrarse, evocando en su mente el recuerdo de las últimas palabras de Sheppard, que le sonaban todavía en el oído, sin que comprendiera su significado.

—Sí, sí... claro... —masculló, añadiendo, ya más sereno—: Sciss es un hombre solitario; difícilmente puede hablarse de una coartada segura. Hubiera debido tomarle declaración y no lo hice. Sí, malogré la investigación. La malogré... Ni siquiera he indagado a la mujer que le lleva la casa...

—¿Una mujer? —dijo Sheppard sorprendido. Estaba mirando a Gregory con una expresión divertida—. ¡Pero si es su hermana! No, Gregory, verdaderamente no se puede decir que haya hecho un buen trabajo. ¡Si no quería indagarla a ella, debería haberme indagado a mí! El día de la desaparición de un cuerpo en Lewes, se acuerda usted, entre las tres y las cinco de la madrugada, Sciss estuvo en mi casa.

—¿En su casa? —murmuró Gregory.

—Sí. Ya entonces le había pedido su colaboración, primero a nivel privado: le invité a mi casa para presentarle los materiales recogidos. Salió unos instantes después de medianoche; no podría decir exactamente si eran las doce y cinco, o cerca de las doce y media, pero, aun admitiendo que fueran las doce en punto, hubiera tenido que coger el coche y correr a Lewes con la mayor velocidad posible: aun así, dudo de que pudiera haber llegado al lugar antes de las tres de la noche. Más bien a eso de las cuatro. Pero no es eso lo más importante. Usted sabe, teniente, que existen varias clases de inverosimilitud material, como, por ejemplo, echando la moneda cien veces, acertar noventa y nueve cruces. Pero las hay también psicológicas, que rayan en una imposibilidad absoluta. Conozco a Sciss desde hace años; es un hombre insoportable, un egocéntrico punzante y cortante, pagado de sí mismo a pesar de toda su brillantez intelectual, desprovisto enteramente del más leve vestigio de tacto, tal vez porque le tiene sin cuidado el hecho de que la gente observe ciertos usos y costumbres no sólo por amabilidad, sino por la más simple comodidad en la convivencia. No me hago, en cuanto a él, ningunas ilusiones; pero que se esconda a cuatro patas debajo de unos ataúdes en los depósitos de cadáveres, que pegue emplastos en las mandíbulas de un muerto, que imprima huellas en la nieve, que se dé el trabajo de quebrar el *rigor mortis* para asustar a un policía sacudiendo un cadáver como un pelele, todo esto es absolutamente incompatible con el Sciss que yo conozco. Quede bien claro que yo no afirmo que él no pueda cometer un delito, incluso un crimen; creo solamente que no podría hacerlo en circunstancias tan macabras y triviales. Uno de los dos Sciss no puede existir; o el que realizó toda aquella siniestra farsa, o el que conozco. En otras palabras: para llevar a cabo toda esa escenografía, tendría que desempeñar siempre en la vida cotidiana el papel de un hombre totalmente diferente del que realmente es o, para expresarme con más cautela, del que resultaría ser haciendo todo lo que usted sospecha. ¿Le parece posible un juego tan consecuente?

—Ya le dije, señor, que me parece posible todo lo que me libera de la necesidad de creer en milagros —dijo sordamente Gregory, frotándose de nuevo las manos como si las tuviera heladas—. Yo no me puedo permitir el lujo de estas matizaciones psicológicas. Necesito un culpable. Lo necesito cueste lo que cueste. Sciss podría ser un loco, en cierto sentido de la palabra, o un monomaniaco; podría padecer un desdoblamiento de la personalidad o cualquier otro trastorno mental; podría tener un cómplice, o bien ocultar con su teoría a un culpable auténtico. Variantes no faltan. Que se ocupen de esto los especialistas.

—¿Podría usted contestar una pregunta mía? —dijo muy suavemente Sheppard—. Antes de formularla deseo subrayar de manera inequívoca que no tengo la menor intención de sugerirle nada, que no prejuzgo nada; confieso que de este asunto no sé nada, nada en absoluto.

—¿Y cuál es su pregunta? —le interrumpió Gregory cortante, casi brutalmente, sintiendo que palidecía.

—¿Por qué admite usted únicamente una explicación criminal?

—¡Pero si ya se lo he dicho muchas veces! ¡Porque otra alternativa equivaldría a un milagro!

—¿Eso cree? —dijo Sheppard, como preocupado de pronto. Se levantó, alisando los faldones de su chaqueta—. Pues bien, que así sea. La coartada de Sciss que mencioné tendrá que ser averiguada. ¿Verdad, teniente? Me refiero al caso de Lewes, ya que le vi sólo hasta medianoche. Mi abrigo está aquí, me parece. Muchas gracias; supongo que se acerca un cambio, mi reúma da señales de vida: me cuesta mover el brazo. Muchas gracias. ¡Qué tarde! ¡Más de las doce! Me he eternizado aquí. Hasta la vista. Ah, otra cosa. Si tiene un momento, ¿podría investigar (serviré de entrenamiento) y comunicarme quién hacía los ruidos aquí en su habitación mientras estábamos hablando? Porque no creo que fuese un milagro, ¿verdad? Oh, por favor, no ponga esa cara de sorpresa. No es posible que no se haya dado cuenta. Quizá demasiado, ¿no? Se sale por la escalera recto abajo y luego por aquella sala con espejos. ¿No me equivoco? No, no me acompañe. La puerta de entrada está cerrada, pero advertí la llave en la cerradura. La puede usted cerrar después, no suele haber ladrones en este barrio. Buenas noches y, sobre todo, calma y reflexión, teniente.

Salió con Gregory detrás. El joven le seguía sin saber en qué mundo se encontraba. El inspector atravesó sin vacilar las estancias abiertas y bajó rápidamente la escalera. El detective andaba lentamente tras él agarrado a la barandilla como un borracho. La puerta de entrada se cerró sin hacer ruido. Gregory dio maquinalmente dos vueltas a la llave y volvió a subir, zumbándole los oídos y con los ojos inyectados en sangre. Sin desvestirse, se echó en la cama. La casa estaba tranquila y silenciosa, en las ventanas parpadeaban unas luces lejanas, el reloj dejaba oír su suave tictac. Gregory no se movía. Al cabo de un largo rato, le pareció que la lámpara del escritorio daba menos luz que antes. «Debo de estar muy cansado —pensó—. Tengo que acostarme y dormir, porque si no, mañana no serviré para nada.» Pero no se movió siquiera. Algo como una nubécula o un pequeño torbellino de humo pasó en el aire por encima de la butaca ocupada antes por Sheppard, pero no le llamó la atención; yacía inerte, escuchando su propia respiración. De repente sonó una llamada a la puerta.

Tres golpes, separados y secos, le hicieron volver la cabeza hacia la puerta, pero siguió acostado. Los golpes se volvieron a repetir. Quiso decir «adelante», pero no pudo; tenía la garganta seca como después de una borrachera. Se levantó y fue a la puerta. Se quedó inmóvil de repente, con la mano en el pomo, como alcanzado por un rayo, por el súbito presentimiento que le anunciaba a quién iba a ver al otro lado. Abrió de un tirón, latiéndole el corazón apresuradamente, y se asomó a las tinieblas. No había nadie. Echó a correr por la larga faja de luz que salía por su puerta abierta, con las manos extendidas para no tropezar con aquel visitante que no podía estar lejos, pero no encontró a nadie.

Seguía adentrándose más y más en el laberinto de pasillos y habitaciones, despertando ecos sonoros con sus pasos. «Qué grande es esta casa», pensó; en el mismo momento vio una silueta alta torciendo por un pasillo lateral. Corrió detrás de ella, pero sólo le contestó el ruido de rápidas pisadas: el otro estaba huyendo. De repente vio ante sí una puerta que se cerraba; entró de un salto en la habitación deteniendo con dificultad su empuje ante una cama con sábanas azules. Quiso retroceder, confuso, porque reconoció la habitación del señor Fenshaw. Una lámpara con cuenco de alabastro veteado colgaba por encima de la mesa tan bajo que casi la tocaba; la mesa estaba junto a la cama; al fondo había un armario de puertas convexas y, junto a la pared común con su cuarto, se erguían dos maniquíes, como los que se usan en las tiendas de modas. Estaban desnudos; la luz de la lámpara brillaba en sus largas extremidades de color crema. Ambos (eran maniquíes femeninos) tenían bonitas cabelleras naturales; uno de ellos, vuelto hacia Gregory, con una amable sonrisa en los labios, golpeaba la pared con un dedo. El joven se sobresaltó, estupefacto.

En ese momento vio al viejo señor Fenshaw sentado en el suelo detrás del maniquí, quien, con una risita parecida a la tos, movía las manos y los troncos de los maniquíes mediante unos hilos atados a unas palanquitas. Los manejaba con gran destreza, a la manera de titiriteros en los bastidores de los teatros de marionetas.

—No, no —dijo—, no hay que tener miedo, se lo aseguro. ¿Le impedían dormir estos sonidos? Lo siento mucho, pero sólo puedo hacerlo durante la noche. Yo me comunico con los espíritus, ¿sabe?

—Pero para esto se necesita una mesita —dijo Gregory pasando la vista por la habitación, como si buscara algo.

—Lo de las mesitas es anticuado, ahora se hace así —objetó Fenshaw tirando siempre de los hilos.

Gregory no contestó. Detrás de Fenshaw colgaba hasta el suelo una cortina con flecos amarillos; uno de sus lados se abultaba ligeramente, como si escondiera un objeto grande y vertical.

El teniente se volvió inmediatamente al señor Fenshaw con la primera pregunta insensata que le pasó por la cabeza, algo referente al fabricante de los maniquíes; se puso a hablar de la destreza que el viejo demostraba en manejarlos, desplazándose lentamente de costado hacia la cortina, hasta tocarla con el hombro. El gran pliegue cedió muy poco, resistiendo enseguida. Gregory supo con certeza que allí había un hombre. Respiró muy profundamente y tensó los músculos. Luego empezó a andar por la habitación, hablando profusamente en voz alta. Se confesaba a Fenshaw de sus miedos nocturnos, llegando casi a la indiscreción en su sinceridad, pero, no estando seguro de si sus palabras despistarían suficientemente el recelo del otro, empezó, sin vacilar, a hablar de la investigación. Se detenía delante de

los maniquíes, junto a la cortina después, como si les hablara directamente, sin recordar la presencia de Fenshaw. Este juego le daba la sensación de ganar una ventaja creciente; estaba forzando la conciencia de la peligrosidad de la situación, mezclando en su charla las palabras de doble sentido y lanzándolas de cerca a la abultada tela de la cortina. Sentía, al mismo tiempo, triunfante y oprimido su corazón. Riéndose a carcajadas, lanzaba rápidas miradas por la habitación, como si no fuese un detective, sino un mal actor desempeñando ese papel. En su cabeza resonaba continuamente el grito: «¡Salga de ahí! ¡Le estoy viendo!» Su charla se volvía cada vez más rápida y desordenada, las frases no tenían principio ni fin. Cuando se colocó de espaldas al hombre escondido, tan cerca que sintió el calor de su cuerpo inmóvil, el viejo señor Fenshaw se levantó de pronto del suelo: en sus ojos, Gregory leyó espanto y compasión. Algo le asió por detrás, no pudo zafarse; agitó los brazos perdiendo el aliento: un helado filo penetró en su pecho, llenándolo de frío; todo, a su alrededor, tuvo la fijeza de una fotografía. Cayó blandamente, pensando: «Ah, ahora todo se vuelve inmóvil. ¿Pero, dónde está el dolor?» En el último vestigio de la conciencia esperó la tortura de la agonía, esforzándose en guardar abiertos los ojos. Junto a la cortina descorrida vio, desde abajo, a un hombre de pelo gris, que, inclinado sobre él, le estaba mirando con extraordinaria atención. «Ya no veo —pensó el teniente con desesperación, aunque todavía veía—, no sabré cuál de los dos.» Le parecía encontrarse dentro de una enorme campana llena de estruendo; entonces comprendió sin palabras que le había matado el hombre al que quería vencer, que el triunfo era para el otro. Y éste fue el final del sueño; en la habitación oscura, llena del enfriado olor a humo de tabaco, sonaba, se interrumpía y volvía a sonar, el teléfono. Durante el despertar, pesado como la misma pesadilla, Gregory se iba dando cuenta de que la monótona señal llevaba tiempo insistiendo.

—Gregory —dijo con esfuerzo al aparato, buscando un punto de apoyo: la habitación daba vueltas a su alrededor.

—Aquí, Gregson. Estoy llamando desde hace media hora. Óyeme, viejo, vino un informe de Beavers Home; se encontró allí el cadáver del individuo que desapareció hace tres semanas.

—¿Qué? —exclamó Gregory, asustado—. ¿Dónde? ¿Qué cadáver?

—Pero hombre, ¡si todavía estás durmiendo! Se trata del cuerpo de aquel marino, se llamaba Aloney, que desapareció de la sala de disección. Le encontraron en un almacén de hierro viejo, en un estado terrible, debía de llevar allí mucho tiempo.

—¿En Beverley...? —dijo en voz baja Gregory; seguía todavía medio dormido.

—No, en Beavers Home. ¡Espabílate, hombre! Es a diez kilómetros más al norte. Donde lord Altringham tiene sus grandes ranchos de caballos. ¿Sabes?

—¿Quién lo encontró?

—Unos obreros, anoche; pero el puesto nos acaba de avisar ahora. En un montón de trastos, afuera delante del almacén. Orín, montañas de hojalata, ya sabes cómo son estos sitios, ¿Irás?

—No. ¡No puedo! —gritó casi Gregory y añadió ya más tranquilo—: No me encuentro bien, creo que tengo gripe. Que vaya Calls; llámale, ¿de acuerdo? Y el forense. Sörensen seguramente no podrá o no querrá, viene a ser lo mismo. Entonces que vaya King. Arréglalo, Gregson, hazme el favor. ¿Me oyes? De todos modos, Calls sabe muy bien lo que debe hacer. Ah, que se lleven también al fotógrafo. Tú ya conoces todo esto. Yo no puedo ir, te lo aseguro.

Calló, sintiendo que hablaba demasiado. Gregson tardó bastante en contestar.

—Como quieras —dijo finalmente—. Claro que no puedes ir si estás enfermo. Pensé que te interesaría.

—¡Y tanto que me interesa! Quiero saber qué encuentran allí. Enseguida empezaré a cuidarme, aspirinas y todo eso, creo que me pondré mejor. Procuraré estar en el Yard a eso... de la una. Di a Calls que le esperaré.

Gregory colgó el aparato y se acercó a la ventana. Amanecía; le era imposible volver a dormir. Abrió de par en par la puerta de la terraza, esperando que el húmedo aire matutino apaciguara sus nervios. Ante su vista se extendía el cielo gris de un nuevo día.

6

Faltaban pocos minutos para las cuatro, cuando Gregory se encontró delante del Ritz. Echó una mirada al reloj del poste de la parada del tranvía y se detuvo ante un quiosco en el cual pasaban lentamente las fotos anunciadoras de un nuevo filme, iluminadas desde el interior. El teniente miraba distraídamente las largas piernas de mujeres en ropa interior hecha jirones, los gángsteres enmascarados y coches que se estrellaban levantando torbellinos de polvo. Delante del restaurante se detenían largos automóviles americanos. De un Packard negro se apeó una pareja de turistas de allende el océano; la mujer, vieja, aparatosamente maquillada, enfundada en una capa de cibelina con botones de brillantes; el hombre, esbelto, joven, vestido de un gris discreto. Con el bolso de la mujer en la mano, esperaba pacientemente que su compañera terminase de salir del coche. Detrás de la crecida ola del tráfico, al otro lado de la calle, se iluminó por encima del cine un neón publicitario haciendo surgir azulados destellos en los cristales y escaparates de las casas vecinas. La manecilla larga del reloj tapó a la corta; Gregory se encaminó hacia la entrada del restaurante. La mañana había pasado como pensaba. Después de una larga espera llegó Calls, trayendo el informe del examen del cadáver y la relación de las circunstancias en las que se encontró; de hecho, nada de esto tenía valor. «Preparar trampas» para los cuerpos fue, evidentemente, una ficción. No se podía colocar puestos de vigilancia policiaca en un área de doscientos kilómetros cuadrados.

Un conserje de uniforme empujó la puerta ante él. Sus guantes eran mucho mejores que los de Gregory. El teniente no se encontraba a sus anchas; le era difícil imaginar el transcurso de esta cita. Sciss le había telefoneado alrededor de las doce, proponiendo que comieran juntos. Su tono era tajante, pero amable; parecía no acordarse de nada de la noche anterior. Tampoco mencionó la desgraciada treta de la llamada telefónica. «Es el segundo acto», pensó Gregory pasando la mirada por la gran sala. Vio a Sciss, rehusó la solicitud de los camareros vestidos de frac y fue directamente hacia su mesa, medio escondida entre unas palmeras. Se sorprendió al ver a dos hombres desconocidos, sentados a ambos lados de Sciss. Despachados los saludos y las presentaciones, el teniente se sentó, un poco tieso, de espaldas al tapizado rojo de la pared y flanqueado por dos tiestos con palmeras. La mesa se encontraba en una parte del suelo que estaba en desnivel, más elevada que el resto, ofreciendo la vista sobre todo el interior del Ritz: sofisticadas mujeres, surtidores iluminados y columnas de estilo pseudoárabe. Sciss le pasó la carta; Gregory, frunciendo el ceño, fingía leerla. Se sentía ridículo y decepcionado.

La suposición de que Sciss deseaba una conversación sincera se había desvanecido. «El muy burro quiere deslumbrarme con sus relaciones», pensaba mirando a los dos comensales con una indiferencia manifiesta. Eran Armour Black y el doctor McCatt. Al primero le conocía por sus libros y fotos en la prensa. El escritor, en la cúspide de la popularidad, tenía unos cincuenta años. Una larga serie de novelas publicadas le había traído por fin la celebridad al cabo de años de silencio en torno a su persona. Estaba en magnífica forma; se veía que las fotos que le presentaban jugando al tenis o con una caña de pescar en la mano no eran antiguas. Tenía manos grandes y cuidadas, una cabeza voluminosa con tupida cabellera oscura, una nariz carnosa y gruesos párpados más oscuros que la cara, por lo que parecía envejecer cuando cerraba los ojos. Solía hacerlo a veces durante un rato, como si dejase solo a su interlocutor. El otro hombre era mucho más joven, pero sólo en apariencia: muy delgado, juvenil, con prominente nuez de Adán que le parecía quebrar la garganta; el cuello de su camisa era demasiado ancho, sus ojos azules muy juntos. Se comportaba de manera bastante original: ya contemplaba con gran fijeza la copa que tenía delante, ya se encorvaba, ya, como si de repente se controlara, se enderezaba manteniéndose un minuto en una postura extraordinariamente rígida. Miraba la sala con la boca entreabierta, de repente fijaba la mirada en Gregory escudriñándole insistentemente y de súbito sonreía

como un niño travieso. Su tipo humano era parecido al de Sciss; Gregory pensaba, tal vez por eso, que era un científico. Pero si Sciss recordaba a un ave zancuda, McCatt evocaba más bien a un roedor.

El curso de las asociaciones zoológicas de Gregory fue interrumpido por un pequeño incidente entre Black y Sciss.

—No, el Cháteau Margot, no —manifestó categóricamente el escritor, agitando la carta de los vinos—. Es el antídoto para el apetito de cualquiera. Mata el sabor y aniquila los jugos gástricos. Por lo demás —miró la carta con gran disgusto— aquí no hay nada. ¡Nada! Al fin y al cabo, no es asunto mío. Estoy acostumbrado a sacrificarme.

—Pero permíteme...

Sciss parecía seriamente preocupado. Se consultó al *maitre,* que hizo pensar a Gregory en un célebre director de orquesta. Black seguía todavía refunfuñando y mascullando cuando estaban sirviendo los entremeses. Sciss trató de hablar de una novela recién editada, pero sus palabras no despertaron ningún eco. Black no hizo el menor esfuerzo para ayudarle; le miró solamente, la boca llena, con sus ojos brillantes llenos de indignación, como si el doctor hubiese cometido una inmensa falta de tacto. «Le aprieta bien las riendas su célebre amigo», pensó con satisfacción Gregory. Comían, así, en silencio, cuyo trasfondo constituía el creciente rumor de la sala. McCatt encendió un cigarrillo entre la sopa y la carne, tiró por descuido la cerilla en la copa de vino y trató torpemente de repescarla. Gregory, a falta de algo más interesante, contemplaba sus esfuerzos. La comida, felizmente, ya se estaba terminando, cuando Black dijo:

—Estoy de mejor humor. Pero, Harvey, si yo estuviese en tu lugar, tendría remordimientos de conciencia. ¡Este pato! ¡Qué le habrán hecho en el último período de su vida! Los entierros de los torturados a muerte siempre son muy deprimentes para el apetito.

—Pero, Armour... —masculló Sciss, sin saber qué decir. Procuró reírse, pero sin resultado. Black movía lentamente la cabeza.

—Si no digo nada. Este encuentro nuestro es como el de unos buitres que hubieran llegado de los cuatro puntos del mundo. Y aquellas manzanas. ¡Qué perfidia, apedrear con manzanas a un ser indefenso! ¿No es cierto? A propósito, tú, según creo, confeccionas la estadística de unos hechos sobrenaturales relacionados con la muerte.

—Te la puedo dar. No contiene nada sobrenatural, te lo aseguro. Lo verás tú mismo.

—¿Nada sobrenatural? ¡Es fatal! Amigo mío, en ese caso no quiero ver tu estadística. ¡Por nada del mundo!

Gregory se divertía de lo lindo viendo cómo mortificaban a Sciss, inerme ante la actitud del escritor.

—Pero si es muy interesante —intervino inocentemente McCatt—. Muy interesante como problema.

—¿Como problema? Ya he oído algo sobre eso. Un plagio del Evangelio, nada más. ¿O hay algo más?

—¿No podrías estar un momento serio? —preguntó Sciss sin disimular su impaciencia.

—Pero si cuando bromeo es cuando más serio estoy.

—¿Sabes qué te digo? Me recuerda aquella historia —McCatt se dirigió a Sciss—. La de los caballos de Eberfeld. ¿Te acuerdas? Los caballos que leían y hacían cálculos. También entonces se creía en una única alternativa: un milagro o una superchería.

—Finalmente resultó que no había engaño, ¿verdad? —intervino Black.

—Claro que no. El individuo que amaestraba los caballos (no recuerdo su nombre) no engañaba a nadie. El mismo creía que sus caballos hablaban y calculaban realmente. ¡Daban unos golpes con los cascos marcando cifras y letras del alfabeto y encontraban buenas soluciones porque observaban a su dueño! En una palabra, leían, no en su boca, sino en todo su comportamiento, en los cambios de su mímica, gestos inconscientes, relajamiento muscular, movimientos tan ínfimos que pasaban inadvertidos para el ojo humano. Recuerdo que aquellas sesiones transcurrían bajo un severo control de los científicos.

—¿Y con esto se daban por satisfechos?

—Así fue, aunque cueste creerlo. Por consiguiente, la tradicional actitud que admite una de las dos posibilidades: milagro o trampa, resultó falsa. Había una tercera solución.

—Encontré una analogía mucho mejor —dijo Sciss, apoyando los codos en la mesa—. Las mesitas giratorias. Sabemos que esas mesitas empiezan a golpear y bailar aun bajo las manos de las personas que no creen en absoluto en el espiritismo. Desde el punto de vista tradicional, aquí tenéis otra vez la alternativa: o una superchería, o la manifestación de un «espíritu». En realidad, no hay ni espíritu ni superchería, pero la mesita golpea. Sus movimientos son resultado de la suma de los microscópicos estremecimientos musculares de las personas cuyas manos reposan sobre la superficie de la mesa. Todas ellas son unos organismos similares, de estructura neuromuscular análoga. Aparece un proceso colectivo específico, unas determinadas oscilaciones del tono vital, de la tensión en los músculos y del ritmo de los impulsos nerviosos. El fenómeno nace fuera de la conciencia de estas personas, originando unas fuerzas considerables que se imprimen a la mesa.

—Un momento —dijo el escritor en una voz mucho más baja, que denotaba un vivo interés—, ¿a qué viene todo esto? ¿Quieres convencernos de que aquellos cadáveres estaban supeditados a las fluctuaciones generales del mundo

sepulcral? ¿Que los muertos se levantan de vez en cuando porque esto resulta de la estadística de los procesos de desintegración? ¡He de decirte, querido Harvey, que prefiero milagros sin el marco estadístico!

—¡Armour, te crees obligado a ridiculizarlo todo! —le increpó Sciss, con la frente enrojecida—. Sólo os propuse una analogía elemental, incompleta. La serie de las llamadas «resurrecciones» (no lo eran) presenta un gráfico específico. El problema no empezó por la desaparición de los cuerpos, sino que primero ocurrieron unos movimientos más bien leves, luego el fenómeno fue en aumento, llegó a su punto máximo y empezó a debilitarse. En cuanto al coeficiente de la correlación de las defunciones súbitas con las manchas solares ya te había dicho que...

—¡Ya sé! ¡Ya sé! Me acuerdo. Es sencillamente el «cáncer *a rebours»,* que no mata, sino al revés, resucita. ¡Es muy bonito, es simétrico, es hegeliano! —lanzó Black. Su párpado izquierdo se agitaba nerviosamente como una oscura mariposa sentada bajo la ceja. El parecido fue todavía más marcado cuando el escritor lo contuvo impacientemente con un dedo. Se veía que su tic le irritaba.

—Hoy en día el racionalismo es una moda y no un método, y lo caracteriza toda la superficialidad de la moda —manifestó secamente Sciss, haciendo caso omiso de la observación irónica del escritor—. Hacia el final del siglo XIX se tenía la convicción general de que todo estaba ya descubierto en el edificio de la realidad y que sólo faltaba cerrar las puertas y las ventanas y confeccionar un inventario. Las estrellas se mueven según los mismos cálculos que las piezas de una máquina de vapor, lo mismo se refiere a los átomos, etc., etc., hasta una sociedad perfecta, hecha como un palacio de juego de construcción. Las ciencias exactas enterraron hace tiempo esas ingenuas hipótesis optimistas, que siguen vegetando en el racionalismo de «estar por casa». El así llamado sentido común consiste en el programado inadvertir, silenciar, o bien mofarse de todo lo que no encaja en la convención decimonónica del «mundo explicado hasta el fin». Mientras tanto, a cada paso puedes tropezar con unos fenómenos cuya estructura no comprendes y no comprenderás sin la aplicación de la estadística. Por ejemplo, la famosa *duplicitas casuum* de los médicos, el comportamiento de las masas, las cíclicas fluctuaciones del contenido de los sueños, o bien los fenómenos parecidos al de las mesitas giratorias.

—Bien, te lo concedo. Tienes razón, como siempre. Pero, entonces, ¿cómo explicas esos incidentes en los cementerios? —preguntó Black sin un vestigio de irritación—. Después de oírte, la cuestión de las «mesitas» ya no constituye un problema para mí. Sin embargo, no puedo decir lo mismo cuando se trata de tus «resucitados».

Gregory se movió en la silla, encantado con las palabras del escritor. Miraba interrogante a Sciss, que, olvidada también su excitación, les estaba mirando ahora con una leve sonrisa en los labios; los ángulos de su pequeña boca descendieron como siempre cuando se preparaba a decir algo de suma importancia; se mostraba en estos casos ingenuamente indefenso y triunfante al mismo tiempo.

—McCatt me enseñó hace poco un cerebro electrónico, con el que puede entenderse con palabras. Cuando lo conectó, a medida que las bombillas se calentaban, el altavoz empezó a roncar, gruñir, mascullar, luego a lanzar palabras sin ton ni son. Era parecido a lo que pasa cuando pones lentamente en marcha un tocadiscos y oyes unos estertores que se transforman en palabras dichas o cantadas, sólo que la impresión era más fuerte, ya que la máquina simplemente divagaba. No estaba preparado para esto y nunca lo podré olvidar. Esas «extrañezas» de segundo orden oscurecen frecuentemente la imagen. En nuestro caso: el depósito de cadáveres, el cementerio, los cuerpos muertos, constituyen unos accesorios chocantes, que...

—¿Afirmas, pues, que gracias a tu fórmula la cuestión está ya esclarecida? —preguntó lentamente Black, mirando con sus profundos ojos negros a Sciss, que negó enérgicamente con la cabeza.

—No he terminado todavía. Investigué sólo el esqueleto estadístico del fenómeno. Quedan pendientes de las investigaciones ulteriores el análisis de los casos por separado y el descubrimiento de los procesos que provocan los movimientos de los cadáveres. Pero la manera singularista de tratar el problema caso por caso se encuentra fuera de mi competencia.

—Por fin he comprendido. Según tú, por lo tanto, está ya explicado el porqué se levantan muchos cadáveres; la incógnita consiste en saber por qué lo hace cada cadáver por separado, considerado uno por uno.

Sciss frunció los labios, luego sus comisuras volvieron a bajar. Habló tranquilamente, aunque aquel pequeño gesto demostrara su menosprecio:

—La existencia de dos niveles de los acontecimientos es un hecho que ninguna burla podrá cambiar. En una ciudad grande ocurre, digamos cada cinco días, un disparo de un arma de fuego. Eso dice la estadística. Pero cuando estás sentado junto a una ventana y la bala hace añicos un cristal encima de tu cabeza, no puedes razonar como sigue: «El disparo ya tuvo lugar, el siguiente no vendrá antes de cinco días, estoy, pues, a salvo.» Harás mejor pensando que enfrente hay alguien armado, tal vez un loco, y que más valdrá esconderte bajo la mesa. He aquí evidenciada la diferencia entre una prognosis estadística y un caso singularizado, que le está subordinado sólo relativamente.

—¿Y qué hace usted ahora con todo esto? —preguntó Black mirando a Gregory.

—Yo busco al culpable —repuso tranquilamente el teniente.

—¿Ah, sí? Ciertamente... ciertamente, como especialista de los «singularismos». Por lo visto, no cree en el virus.

—Sí que creo. Creo en ese virus tan especial. Por suerte, tiene muchos signos distintivos. Le gustan las tinieblas y los despoblados, pues opera sólo de noche, en lugares solitarios y siniestros. A los policías les evita como el diablo al agua bendita, se ve que no puede con ellos. En cambio le gusta mucho la carroña, los gatos muertos en particular. Tiene también aficiones literarias, pero se limita a la lectura de informes meteorológicos.

Valía la pena ver cómo se divertía el escritor escuchando a Gregory. Su cara se transformó, le saltaban los ojos de alegría cuando empezó a hablar con gran rapidez:

—Son unos signos tan generales que corresponderían a muchísimos culpables eventuales, inspector. Por ejemplo, al que tira piedras a la tierra. Los meteoritos también caen casi siempre en lugares apartados, lejos de la presencia humana y policiaca, habitualmente de noche o, más bien, antes del amanecer, demostrando así una especial perfidia, ya que los vigilantes del orden, cansados de velar toda la noche, duermen profundamente a aquellas horas. Pregunte usted a Sciss y le dirá que la parte de la Tierra más frecuentemente bombardeada por los meteoritos se encuentra en la zona donde la noche retrocede, constituyendo por lo tanto la cabeza de puente de nuestro viaje cósmico. Sabemos bien que se pegan más hojas e insectos al parabrisas de un coche en marcha que a su ventana posterior. Pero si usted quiere hacerse a todo coste con un autor...

—No se trata aquí de que los meteoritos caigan y actúen los virus, sino de que un ser vivo y concreto puede imitar esos fenómenos. Estoy buscando sólo a un culpable de esta clase, lo hago a mi manera, muy prosaica, y no me preocupo por el autor de meteoritos y estrellas... —repuso Gregory en un tono de voz un poco más seco de lo que hubiera querido. El escritor seguía mirándole fijamente.

—Oh, lo tendrá usted. Se lo garantizo. No cabe duda. Por otra parte... ya lo tiene.

—¿Ah, sí? —El teniente enarcó las cejas.

—Bueno, tal vez no lo detendrá usted, o sea: no acumulará la cantidad suficiente de indicios y pruebas para ponerle la mano encima, pero no es esto lo más importante. Un culpable no aprehendido significaría su derrota, un dossier más archivado sin ninguna conclusión concreta. En cambio, un culpable que no existe, que nunca existió... es algo muy distinto, es el incendio de los archivos, la confusión de la lengua en el preciado contenido de las carpetas, ¡el fin del mundo! La existencia de un culpable apresado o no, no es para usted la cuestión de un éxito o de una derrota, sino la de la razón o la sinrazón de su actividad. Y puesto que ese hombre es para usted la paz, la salvación, el puerto seguro, usted lo cogerá, lo tendrá de una u otra manera; usted le pondrá la mano encima a ese granuja criminal, aunque no exista.

—En resumidas cuentas, ¿soy víctima de la manía persecutoria, un obseso que actúa en contra de los hechos? —preguntó Gregory entornando los ojos. Estaba harto de esa conversación y decidido a terminarla aunque fuera con malos modos.

—La prensa espera ahora con excitación las revelaciones del agente que huyó de su puesto de vigilancia junto al depósito de cadáveres —dijo Black—. ¿Usted también? ¿Espera mucho de ellas?

—No.

—Lo sabía —le comunicó secamente el escritor—. Si, cuando despierte, le dice que vio con sus propios ojos una resurrección, pensará usted que era una alucinación, que no se puede dar crédito a la declaración de un hombre que ha sufrido una grave conmoción cerebral, lo que, por otra parte, le confirmaría cualquier médico. O bien dirá usted que el culpable había actuado con una habilidad todavía mayor de la supuesta, que usó unos finísimos hilos de nilón, o que estaba cubierto con una sustancia absolutamente negra que le hizo invisible. Para usted, inspector, sólo existen los Barrabás, y por ello, aunque viera con sus propios ojos una escena de éstas y oyera una voz diciendo: «¡Lázaro, levántate!», usted no se inmutaría. Sería usted víctima de una alucinación o ilusión, o bien de una hábil impostura. ¡Nunca, jamás renunciará a un culpable, porque su existencia implica la de usted!

Gregory, que se había jurado escuchar con indiferencia todo lo que se dijera, trató de sonreír, pero no pudo. Estaba pálido.

—¿Así pues, soy uno de los policías que custodiaban el Santo Sepulcro? —dijo—. ¿Y si fuese Pablo... antes de la conversión? ¿No me deja esta oportunidad?

—No —repuso el escritor—. No soy yo, es usted quien no se la deja. Esto no es cuestión de metodología ni de estadística, ni de sistemática de la investigación, sino de fe. Usted cree en el culpable y así tiene que ser. Tienen que existir policías y sepulcros.

—Mejor todavía —se rió forzadamente Gregory—, ¿ni siquiera hago lo que quiero, sólo cumplo con el esquema de una tragedia? ¿De una tragicomedia, tal vez? Vaya, si usted quiere ser tan amable y desempeñar en ella el papel del coro...

—Con mucho gusto. Es mi profesión —exclamó el escritor.

Sciss, que escuchaba la conversación con señales de impaciencia, intervino en cuanto pudo.

—Armour, por favor —dijo en tono de persuasión—, no lleves las cosas al absurdo. Sé que te gusta; las paradojas son para ti lo mismo que el agua para el pez.

—El pez no crea el agua —observó Black, pero el doctor no le hizo caso.

—Se trata de los hechos, y no del lirismo y la dramatización. *Entia non sunt multiplicanda,* bien lo sabes. La determinación de la estructura de los acontecimientos no tiene nada que ver con la fe. A lo sumo puede ser falsa una hipótesis de trabajo por la cual se empieza la investigación. Una falsa hipótesis de esta clase consiste, justamente, en la afirmación de que existe algún autor «humano»...

—Los hechos sólo existen allí donde no hay hombres —repuso el escritor—. Cuando éstos aparecen no quedan más que interpretaciones. ¿Hechos? Pero si este mismo acontecimiento, *hace mil años, daría origen a una religión nueva.* Y, seguramente, a una nueva antirreligión: aparecerían legiones de fieles y sacerdotes, visiones de las masas, los ataúdes vacíos serían despedazados y convertidos en reliquias, los ciegos verían, los sordos volverían a oír... Actualmente, lo reconozco, la acción es más pobre, menos mitologizada, ningún verdugo te amenaza con torturas por tus herejías estadísticas; en cambio, es la prensa sensacionalista la que se aprovecha. ¿Los hechos? Amigo, es asunto tuyo y del inspector. Ambos sois la especie de creyentes que nuestra época merece. Inspector, espero que no le haya molestado nuestra pequeña controversia. No le conozco, no puedo, pues, afirmar categóricamente que no sería nunca Pablo. Pero aunque esto ocurriese, Scotland Yard permanecerá. La policía nunca se convierte. ¿No se han fijado en ello?

—Para ti todo es una broma —dijo Sciss disgustado. Habló un momento en voz baja con McCatt antes de que todos empezaran a levantarse. Ante el guardarropa, Gregory se encontró al lado de Sciss, que de pronto le dijo en voz baja—: ¿Tiene usted algo que decirme?

Gregory titubeó. Luego, tendiéndole impulsivamente la mano, repuso:

—No piense en mí y trabaje tranquilo.

—Gracias —dijo Sciss, con tanta emoción en la voz que el teniente quedó impresionado y confuso. El coche de Armour Black estaba aparcado delante del Ritz; Sciss se fue con el escritor, Gregory quiso despedirse de McCatt y marcharse solo, pero el científico le ofreció su compañía.

Eran de la misma estatura; ambos, mientras andaban, se echaban mutuamente miradas de reojo como si uno estudiase al otro. A veces sus miradas se cruzaban, delatándose. Ni el uno ni otro suavizaban estos tropiezos visuales con una sonrisa. McCatt se detuvo en un puesto de fruta y compró un plátano. Lo estaba pelando con la vista fija en Gregory.

—¿Le gustan los plátanos?

—No demasiado.

—¿Tiene prisa?

—No.

—¿Y si jugáramos un rato? —dijo McCatt indicando la entrada de un pasaje, iluminada por el anuncio luminoso de un local de máquinas tragaperras.

A Gregory le pareció divertida la idea. Entraron en la sala donde unos muchachos observaban adustamente a un compañero suyo que disparaba chispas azules contra un pequeño avión que daba vueltas en una ventanita detrás del cristal.

McCatt se dirigió directamente hacia el fondo del local, dejando atrás las ruedas de la fortuna y ruletas mecánicas. Se detuvo ante un cajón de metal con un cristal arriba; dentro había un paisaje en miniatura, verde, lleno de arbustos y árboles. El científico introdujo con destreza una moneda, tiró de una manivela y pregunto:

—¿Lo conoce?

—No.

—Los hotentotes cazan un canguro. En Australia no hay hotentotes, pero lo mismo da. Yo seré el canguro. ¡Atención!

Pulsó un botón. Un minúsculo canguro saltó de un agujero negro y se ocultó entre los arbustos. Gregory tiró de la palanca: tres figuritas negras aparecieron a un costado. El teniente manipulaba la manivela acercando los negritos al lugar sospechoso. En el último momento el canguro salió de un brinco, rompió la línea de los cazadores y volvió a esconderse en la maleza. Atravesaron así varias veces todo el terreno; el canguro siempre lograba escaparse. Gregory entendió finalmente en qué consistía el truco; acercó un hotentote al escondrijo del canguro, manteniendo a otros dos en reserva, colocados de tal manera que McCatt no tenía donde huir. En el movimiento siguiente cogió al canguro.

—Por ser la primera vez, es usted muy hábil —le alabó McCatt. Le brillaban los ojos, sonreía como un muchacho.

Gregory se encogió de hombros; se sentía un poco confuso.

—Quizá me venga de la profesión; soy un «cazador».

—No, no es eso; hay que hacer trabajar la cabeza. Ahora ya no podría jugar con esto, porque comprendió el principio. Este juego se presta a un análisis matemático, ¿sabe? Sciss detesta divertirse así; es un fallo, un verdadero fallo...

Pasaba lentamente, diciendo esto, a lo largo de la hilera de máquinas; echó un penique en un aparato musical, puso en marcha los discos multicolores de la lotería, tiró de una manivela y, de repente, todo un montón de calderilla fue a parar a sus manos. Los chicos del tiro al avión lo vieron *y* se les fueron acercando lentamente, observando cómo McCatt se ponía con desenvoltura las monedas en el bolsillo. Cuando salían, un chico de cara obtusa y obstinada seguía poniendo más y más monedas en el aparato y disparaba al mismo tiempo sin cesar al pequeño avión.

Unos cuantos pasos más allá se abría otro pasaje, lleno de tiendas. Gregory lo reconoció: era allí donde se había extraviado recientemente; al fondo se veía el gran espejo que cerraba el camino.

—Por ahí no hay salida —dijo deteniéndose.

—Lo sé. Usted sospecha de Sciss, ¿no es eso?

Gregory tardó en contestar.

—¿Es amigo suyo?

—Podemos llamarlo así. Aunque... él no tiene amigos.

—Ajá, es difícil tenerle afecto —recalcó las palabras Gregory—. Sólo que... usted no debería hacerme esta clase de preguntas.

—¿Ni siquiera cuando son retóricas? Se ve a las claras que usted sospecha de él. Tal vez no cree que sea el autor de las desapariciones, sino, digamos, un... colaborador. Le aseguro que eso tampoco es serio, se convencerá usted mismo al cabo de un tiempo. Una pregunta: ¿abandonaría usted la investigación si viera, realmente viera, algo parecido a una resurrección? Quiero decir, a un muerto que se sentara, se moviera...

—¿Le pidió Sciss que me hiciera esta pregunta? —dijo secamente Gregory. Se encontraban, sin saber cuándo llegaron, a la mitad del pasaje, delante de un escaparate, en el cual un decorador, descalzo, quitaba el vestido a un esbelto maniquí de pelo dorado. Gregory recordó de repente su sueño; bajo su atenta mirada aparecía, despojado del lamé de oro, el cuerpo del maniquí, demasiado rosado y fino.

—Lamento que lo interprete así—dijo lentamente McCatt. Con un leve gesto de cabeza, dio media vuelta y se marchó, dejando a Gregory delante del escaparate.

El teniente se adentró unos pasos más en el pasaje, pero, viendo su reflejo, dio la vuelta. En la calle se encendían cada vez más luces, el tráfico aumentaba como siempre a las horas del anochecer, pero Gregory no se percataba de todo esto. Iba ensimismado, sin mirar a los transeúntes, sin evitar los empujones. Torció finalmente por una calle lateral. Al cabo de un momento se dio cuenta de que estaba parado delante de un portal flanqueado por dos vitrinas de una tienda de fotografías. Abarcó con la mirada los retratos de boda con tiernas parejas que se parecían todas gracias al retocado en idénticos colores, las ingenuas sonrisas debajo de blancos velos, las fijas miradas de recios caballeros en esmoquin. Desde el patio llegaba el ruido de un motor de coche. Gregory entró en el patio. Al lado de un viejo coche con un capó levantado estaba arrodillado un hombre con una cazadora de cuero desabrochada, que escuchaba con ojos cerrados el ronroneo del motor. Por la puerta abierta del garaje se veían varios coches más. Junto a la pared se amontonaban latas de gasolina vacías y llantas viejas. El hombre de la cazadora abrió los ojos como si hubiera intuido la presencia de Gregory y se levantó del suelo de un salto, perdiendo la expresión de estar escuchando una música celestial.

—¿En qué puedo servirle? ¿Desea usted alquilar un coche?

—¿Cómo dice? Ah... ¿es un alquiler de coches? —contestó Gregory casi maquinalmente.

—Sí, señor. Y tanto. ¿Desea usted una cosa nueva? Tengo un Buick de este año, automático, rodado, anda como un ángel. ¿Lo quiere por horas?

—No... es decir, sí. Para una noche. De acuerdo, me llevaré el Buick —se decidió Gregory—. ¿Quiere una fianza?

—Depende...

Gregory le enseñó su carnet. El otro sonrió e hizo un saludo.

—Para el señor inspector, nada de fianzas, no hace falta. Pagará luego sus quince chelines. Ya viene el Buick. ¿Pongo la gasolina?

—Póngala. ¿Tardará mucho?

—Nada, un momento.

El hombre de la cazadora desapareció en el oscuro garaje. Uno de los coches se estremeció y salió al patio sin hacer ruido. Gregory pagó, poniendo las monedas en la mano del dueño, tosca, brillante de aceite. Cerró la puerta, se acomodó en el asiento, tanteó con el pie los pedales, puso la marcha y salió lentamente a la calle. Había aún bastante

luz.

El coche era realmente nuevo y fácil de conducir. En el semáforo, al cambiar a rojo, el teniente volvió la cabeza para ver por la ancha ventana de atrás la longitud del coche, al que no estaba acostumbrado. Durante un tiempo avanzó por una riada de vehículos que luego se espaciaron. Aumentó la velocidad. Notó con placer la reacción instantánea del poderoso motor. En torno a él había ahora menos coches de turismo; en cambio aumentó la cantidad de triciclos, viejos camiones de transporte de mercancías y camionetas pintadas en violentos colores, con nombres de las empresas sobre la carrocería. Estaba ya en el área de East End, cuando se dio cuenta de que no tenía cigarrillos.

Pasó por unas estrechas callejuelas donde estaba prohibido aparcar, hasta que encontró una placita con un grupo de árboles secos en el centro y un viejo pozo de hierro que recordaba una gran jaula de pájaros. Hizo marcha atrás hasta que notó el suave choque de los neumáticos contra el borde de la acera, paró el motor y se apeó. Había visto un estanco no lejos de allí, pero no pudo volver a encontrarlo. No conocía aquel barrio, estaba por primera vez en aquellos contornos. Echó a andar por la calle siguiente. Estaba oscureciendo. A la violenta luz de las bombillas de un pequeño cine iban y venían grupitos de dos o tres chicos esbeltos de grasientas cabelleras, con las manos en los bolsillos de sus arrugados y estrechos pantalones. Se detenían delante de la vitrina con fotos, esperando pacientemente que el tambor vertical que las desenrollaba les mostrase otras nuevas. Pasado el cine notó una ráfaga de aire caliente. Era un bar, con la puerta abierta de par en par; dentro bullían en la grasa las salchichas; en el espeso humo se movían unas siluetas, parecidas a las que se paseaban delante del cine. Por fin encontró un estanco. El propietario, de estatura baja como la de un jorobado, con cara plana, sin cuello, le tendió un paquete de cigarrillos americanos. A la salida, Gregory tropezó con otro enano, todo encogido, sus brazos y piernas eran muy cortos y gordezuelos, la cabeza demasiado pequeña; justamente se apeaba de un triciclo cargado con bandejas de pasteles empolvados con azúcar. Gregory desgarró la cintita de celofán, encendió un cigarrillo y aspiró profundamente el humo. Quiso volver al coche por otro camino, atravesó, pues, la calle y echó a andar buscando una travesía que le permitiera torcer a la derecha. Pasó por delante de otro bar, abierto también, con una banderita roja, verde y blanca colgando como un trapo encima de la entrada, un salón de máquinas tragaperras, angosto y lleno de gente, un colmado y una tienda de objetos de cocina. Los cubos y palanganas de hojalata invadían la mitad de la acera. El propietario, vestido con un jersey negro, fumaba en pipa sentado en una silla amarilla de madera delante de la puerta, mirando sin inmutarse un cochecito de niño al otro lado de la calle, donde sonaba una alegre musiquilla. Gregory se paró. En el cochecito, emergiendo hasta la mitad del pecho, había un hombre manco que, haciendo girar la cabeza en rápidos movimientos a derecha e izquierda, soplaba una airosa marcha en un organillo fijado a un soporte de alambre. Los dedos de Gregory jugaban nerviosamente en el bolsillo con un puñado de monedas. Finalmente se marchó de allí, casi a la fuerza, perseguido durante un buen trecho por los agudos tonos del organillo. Un fugaz pensamiento le estremeció, trayendo a su imaginación la imagen interior del músico. Se vio también a sí mismo, obsesivamente, como a una especie de enano. «La calle de los enanos», pensó. Le pareció, de repente, que esta serie poseía un significado, manifiesto aunque oculto. «No se puede atribuir todo a la casualidad.» Las tinieblas se hacían más espesas, en la calle sin faroles sólo las ventanas de las tiendas proyectaban unas manchas más claras. Un negro intervalo entre ellas marcaba la entrada de la callecita que iba buscando.

La travesía estaba casi vacía. Una lámpara de gas, fijada al muro sobre un anguloso brazo de hierro, brillaba en la mitad de su recorrido, reflejándose en las ventanas de enfrente como en agua sucia. Gregory avanzaba sin prisa aspirando el humo de su cigarrillo, hasta quemarse casi los labios. En la esquina había una tienda de anticuario, así, por lo menos, decía la enseña, pero en la polvorienta vitrina sólo se amontonaban sucias cajas de cartón y fotografías de estrellas de cine, desparramadas como un juego de naipes. La callejuela llevó a Gregory hasta la placita donde había dejado el Buick.

Alrededor del pozo jugaban unos niños escondiéndose tras su jaula de hierro y tirando trozos de ramas secas sobre el coche.

—¡Basta de juegos! ¿Me oís? —exclamó Gregory saliendo de las sombras. Los niños se dispersaron alborotados, pero en sus gritos había más júbilo que miedo. El teniente subió al coche *y* puso el motor en marcha. Cuando las ventanas cerradas le separaron del exterior, tuvo la sensación de romper con algo que lamentaría luego, pero no ahora, no en seguida. Como si tuviera que abandonar una cosa sin terminar, apenas empezada. Sólo vaciló un segundo antes de poner la marcha, pero sus dedos apretaron automáticamente la palanca y el coche se deslizó elásticamente por la pendiente. Frenó ligeramente y torció por una calle más ancha, cuyo nombre vislumbró, sin tener tiempo de leerlo.

En el reloj situado bajo el volante, iluminado en rosa por las invisibles bombillitas, las manecillas verdes indicaban las siete. El tiempo hoy le pasaba aprisa. Volvió el recuerdo de todo el problema, pero lo apartó de su mente. Quería eliminarlo, no dedicarle ni un solo pensamiento, como si esperase que, dejándolo reposar, se pondría todo en orden, se limpiaría por sí mismo, y que más tarde, cuando volviese a él, todo estaría bien o, por lo menos, mejor.

Estaba saliendo de East End, cuando vio, en medio de una ancha arteria, el parpadeo rítmico de un intermitente que

apuntaba hacia la derecha, reflejado en una carrocería oscura, abollada en un guardabarros. Lo reconoció al instante y automáticamente aminoró la marcha para quedarse detrás de aquel coche.

El sedán gris oscuro giró una vez más, por una calle bordeada de árboles. Gregory le dejó alejarse unas decenas de metros para no llamar su atención y apagó todas las luces del Buick. Así pasaron largo rato. Algunas veces, en las encrucijadas, tuvo miedo de perderle; entonces aceleraba, procurando guardar la misma distancia. En la calle no había muchos coches; los frecuentes destellos anaranjados de los frenazos constituían una buena guía: Sciss conducía con mucha prudencia. Gregory seguía sin reconocer el camino. De pronto vio en lo alto las letras azuladas de un anuncio luminoso y todo recuperó su orden y su sitio adecuado. Era una filial del City Bank; al lado había un café que el teniente conocía desde hacía mucho tiempo. El sedán gris aparcó delante de él. Gregory tomó rápidamente una decisión; arriesgándose a perder a Sciss que ya se estaba apeando, continuó hasta el siguiente bloque de edificios, se detuvo bajo un frondoso castaño cuyo follaje protegía al Buick de las luces del alumbrado, cerró la portezuela y, acelerando apenas el paso, volvió buscando a Sciss con la mirada. El científico ya no estaba en la calle. Gregory trató de echar una ojeada a través de los cristales de la puerta del café, pero unos carteles pegados en los vidrios ocultaban el interior. Levantó, pues, el cuello de su abrigo y entró, embargado por la desagradable sensación de cometer una tontería.

En el café había tres o cuatro salones, no recordaba exactamente cuántos. Eran unas estancias bastante grandes, abarrotadas de mesitas de mármol, separadas entre sí por tabiques tapizados con un raído terciopelo encarnado, el mismo que cubría los desfondados canapés.

Al pasar de la primera salita a la otra, vio en un estrecho espejo a Sciss sentado en una mesita conversando con un camarero. Gregory retrocedió instantáneamente, buscando un rincón que, aunque más alejado, le permitiera todavía ver a Sciss. No fue tarea fácil. Cuando se sentó en el sitio escogido, los tabiques, que recordaban las habitaciones de muñecas abiertas de un lado, le escondieron la mesita del científico. Sin embargo, no pudo cambiar de sitio; el camarero estaba ya a su lado. Pidió un grog y abrió el suplemento dominical del *Times,* furioso de no ver a Sciss y tener que comportarse como un perro delante de una madriguera de zorro. Empezó a hacer un crucigrama, mirando de vez en cuando el espacio libre entre los tabiques y la pared de enfrente. Al cabo de unos diez minutos, mientras sorbía su grog, soso y demasiado dulce, Sciss se levantó de repente de su mesa y pasó por todas las salitas como si buscara a alguien. Gregory apenas tuvo tiempo de ocultarse detrás de su periódico. Sciss no reparó en él y volvió a su «box», pero cambió de posición, así que Gregory podía ver sus largas piernas y sus pies calzados con unos zapatos de un amarillo chillón. Pasaron diez minutos más; al fondo, junto a la mesa de billar, alborotaban unos estudiantes, enzarzados en una discusión ociosa. Sciss se asomaba de su escondrijo a cada chasquido de la puerta de entrada, hasta que al fin se levantó con una sonrisa festiva en los labios. La joven que acababa de entrar se detuvo un instante indecisa, luego avanzó hacia él; un bolso plano, colgado del hombro, se balanceaba sobre su cadera. Llevaba un abrigo lila con capucha, de la cual escapaban mechones de su pelo rubio, muy claro. Gregory no tuvo tiempo de ver su cara. Estaba ahora de pie delante de Sciss, que le hablaba rápida y profusamente. Tocó con una mano su abrigo, pero la muchacha hizo un gesto negativo; se deslizó entre el tabique y la mesita y ambos desaparecieron del campo visual de Gregory. El teniente aprovechó el momento de revuelo provocado por los estudiantes en la salita del fondo para dar una vuelta por todo el café y volver por otro pasillo, maniobrando de manera que el espejo allí colgado le permitiese echar una ojeada al santuario de Sciss y la joven. Fingía buscar una revista yendo de una mesa a otra, hasta que encontró un buen punto de observación. Se hundió en la profundidad de un sofá rojo, abultado por unos muelles desprendidos. El espejo daba una imagen muy poco clara, pero la débil luz y la mala calidad del reflejo le daban una cierta protección frente a Sciss. Gregory le veía un poco desde arriba y le observaba sin quitar la vista del espejo. Sciss acercó su silla al sofá de la chica. Le hablaba animadamente, tan pegado a ella que en vez de mirarla parecía dirigirse a la mesa; el sesgo de perspectiva de la imagen reflejada aumentaba esta impresión. La chica tenía una cara infantil, de labios abultados, no podía tener más de unos diecisiete años. Se había desabrochado el abrigo, sin llegar a quitárselo; sólo deslizó hacia atrás la capucha liberando el pelo, que le cubrió los hombros. Sentada rígidamente, con la espalda apoyada en el tapizado rojo del respaldo, miraba ante sí, no a la cara de Sciss, sino a su lado. Su postura, artificialmente inmóvil y tiesa, parecía incómoda y fatigante. Sciss hablaba sin interrupción. Se inclinaba hacia ella, se enderezaba a disgusto, como si le hubieran empujado, acercaba y volvía a alejar su pequeña boca de la cara de la muchacha, sin mirarla. Al mismo tiempo su huesuda mano, extendida sobre la mesa, se movía al ritmo de lo que decía, se elevaba ligeramente y volvía a caer, los dedos se encogían para extenderse planos, como en un signo de docilidad y mansedumbre. Una y otra vez acariciaron la mesa como si fuese un ser vivo y querido; era algo tan lamentable y triste que Gregory tuvo ganas de apartar la vista, pero siguió mirando. La muchacha sonrió una vez, sólo con los labios, sus ojos permanecieron serios; luego no tuvo ya reacción alguna, sentada sin el menor movimiento, cabizbaja, escuchando. Gregory veía en el espejo su cara llena de sombras de pelo y su corta naricita respingona Sólo una vez pudo captar el brillo de sus ojos. Sciss dejó

de hablar. Sentado a su lado, parecía encontrarse de repente solo, encorvado; la expresión de intensa atención con la cual hablaba se estaba desvaneciendo, borrando, como una huella impresa en la nieve que se funde. Con la vista fija en la placa de mármol de la mesita, cogió una servilleta de papel, escribió en ella unas palabras y la tendió a la chica. La joven no quiso tomarla. Sciss rogaba, suplicaba. Finalmente cogió el papel y lo volvió a dejar sobre la mesa, empujándolo con las puntas de los dedos hacia él. Sciss le tomó la mano. La muchacha se sobresaltó y le miró con los ojos muy abiertos; su cara parecía oscurecerse. Sciss escuchó lo que le decía, sacudió la cabeza, se inclinó hacia ella y empezó a hablar lentamente, recalcando las palabras con los gestos de la mano, fuertes e insistentes, como si quisiera hacer penetrar algo en la placa de mármol. Cuando hubo terminado, se agarraba a su borde con las dos manos, como si le faltaran las fuerzas. La boca de la muchacha se movió; Gregory leyó en sus labios la palabra «no». Sciss se echó atrás en la silla, mirando ante sí. Gregory se esforzó en ver dónde estaba el papel, ya que no se encontraba sobre la mesa; finalmente vislumbró una cosa blanca en el suelo, a los pies de la joven. Sciss se levantó. Sin esperar al camarero, puso unas monedas sobre la mesa y se marchó lentamente hacia la puerta. Allí se detuvo, esperando. La chica le siguió subiéndose la capucha, sin tratar de ordenar su pelo despeinado. Era delgada como una niña, con largas piernas de adolescente. La puerta no se había cerrado aún tras ellos, cuando Gregory se acercó a la mesita que ocupaban, recogió del suelo la servilleta, se la puso en el bolsillo y salió a la calle. El sedán estaba arrancando, la muchacha sentada al lado de Sciss. Sin pensar en ocultarse, el teniente corrió a su Buick. Luchando con la cerradura, captó con la mirada el destello de un intermitente: Sciss estaba dando la vuelta con el coche. Gregory pisó el acelerador y arrancó en pos del otro. Le persiguió durante un trecho sin poder alcanzarle, hasta que vio, con alivio y salvaje satisfacción, la parte trasera del Chrysler gris. Sciss se introdujo en el nivel superior de la gran arteria norteña, pero la abandonó en la tercera intersección tomando un tortuoso camino de acceso. Gregory le seguía de cerca; se lo podía permitir gracias a la gran afluencia de vehículos. Trataba de observar cuanto ocurría en el sedán a través de la ventana de atrás, pero sólo vislumbraba de vez en cuando dos oscuras siluetas humanas, sentadas lejos la una de la otra. Entraron en la zona de edificaciones nuevas con hileras de casas iluminadas a ambos lados. Sciss paró de repente, sin desviarse. Gregory no tuvo más remedio que adelantarle y, aminorando la marcha, volvió la cabeza para observar a Sciss por la ventana de atrás de su Buick. El Chrysler arrancó de pronto, pasó junto a Gregory y se introdujo en una placita redonda. Ahora volvía por el mismo camino de antes, seguido por Gregory a pocos metros de distancia. Unos bloques de seis pisos se erguían alineados entre vastas extensiones de césped, separados por casas más bajas, rodeadas por setos vivos y vallas de tela metálica. Sciss condujo su coche a una entrada entre las aceras y se apeó detrás de la muchacha. La mirada del teniente les acompañó hasta que se perdieron en la penumbra de los céspedes; las lechosas bolas encima de los portales esparcían poca luz, y a Gregory le fue imposible distinguir las dos siluetas en algún sitio más claro. Un policía se acercó al coche de Sciss examinándolo por detrás y por delante con desaprobación, ya que una luz de cruce era más débil que la otra; seguramente se habían aflojado los contactos de las bombillas. El policía ya se había marchado, la espera se estaba prolongando, pero Gregory tenía la firme convicción, sin saber por qué, de que Sciss no lograría nada y volvería pronto. Bajó del coche y empezó a pasearse por la acera, cuando oyó unas pisadas: Sciss volvía con el abrigo desabrochado, sin sombrero, el pelo se le levantaba por encima de las orejas como alas de murciélago, agitado por el viento que arreciaba. Gregory se metió en el Buick sin cerrar la puerta para no llamar la atención de Sciss con el ruido. Observaba al otro buscando al mismo tiempo en sus bolsillos el paquete de tabaco: tenía ganas de fumar. Sciss se quedó bastante tiempo de pie junto a su coche, con las manos caídas, luego pasó los dedos por la carrocería como examinando si estaba limpia de polvo, pero se metió dentro sin mirarlos y apagó todas las luces. Gregory puso el contacto y esperó. Sciss no se movía. El teniente apagó el motor; se acordó de pronto de la servilleta de papel. La sacó del bolsillo, la alisó a oscuras y, no queriendo encender la luz interior, la acercó al tablero de instrumentos. En el reflejo rosado pudo leer con dificultad las palabras escritas. Eran las señas de Sciss, su número de teléfono y su apellido. Se le ocurrió la idea de que la muchacha tal vez se estaba cambiando de ropa, que Sciss la estaba esperando, pero la desechó en seguida, seguro de que Sciss no esperaba a nadie, de que no tenía ninguna esperanza. Las fosforescentes manecillas verdes del reloj en el tablero indicaban las nueve; llevaban allí parados media hora. Gregory fumó dos cigarrillos, tirando las colillas por la ventana, manipuló durante un rato la radio, finalmente, más que harto, descendió del coche, cerró ruidosamente la portezuela y se acercó al Chrysler. A pocos pasos de él titubeó un instante, pero siguió andando.

Sciss estaba sentado con la cabeza sobre las manos cruzadas encima del volante. La luz lateral de un farol brillaba en su blanco pelo erizado en «ala de murciélago» sobre la sien. Gregory esperó inmóvil, ligeramente inclinado, sin saber qué hacer. De repente retrocedió, volvió al Buick ahogando el ruido de sus pasos, echó una mirada atrás por encima del hombro y, viendo que en el otro coche no se movía nada, subió al suyo y arrancó bruscamente. Giró a la izquierda, tomó velocidad en la ancha calzada totalmente vacía y volvió al mismo sitio describiendo un amplio círculo. La oscura masa del Chrysler se agrandaba ante sus ojos; cuando el choque parecía inevitable, dio un rudo frenazo haciendo chillar los neumáticos y paró con un corto y brusco patinazo, no sin golpear tan fuertemente los parachoques

traseros de Sciss que hizo resonar la chapa. Se apeó instantáneamente y corrió a la puerta delantera del Chrysler.

—¡Le ruego que me perdone! —exclamó—. Me han fallado los frenos; espero no haberle hecho mucho daño. ¿Ah, es usted? —añadió bajando la voz. Sciss, a quien la fuerza del encontronazo empujó hacia delante, abrió la puerta, sacó una pierna como si pensase salir, pero se quedó sentado mirando la expresión, no demasiado segura, de Gregory.

—¿Cómo? ¿Es usted? Gregory, ¿verdad? La policía atropellando a los pacíficos ciudadanos... —dijo.

Juntos fueron a mirar la parte trasera del coche; no le había pasado nada, los parachoques, conforme con lo previsto por Gregory, recibieron toda la fuerza del impacto.

—No entiendo cómo lo hizo usted —dijo Sciss, enderezándose.

—Llevo un coche prestado, me fié demasiado de los frenos. Confieso que conduzco con demasiado brío; es mi punto flaco, será porque me hace una gran ilusión. No poseo coche propio.

Le pareció que hablaba demasiado *y* se calló de pronto.

—¿No tiene coche? —repitió Sciss mecánicamente, pensando en otra cosa. Se enfundó el guante derecho, lo abrochó y enrolló lentamente el otro en la mano. Seguían ambos de pie junto a los dos coches enganchados.

«Ahora le invitaré», pensó Gregory.

—No, no tengo —dijo—. La virtud de la pobreza se cultiva con celo en la policía. De todos modos, soy culpable o, tal vez, el destino quiere que pasemos la velada juntos, ya que juntos comimos. Es justamente la hora de cenar.

—Si acaso en un *selfservice,* por lo de la pobreza —masculló Sciss, mirando a su alrededor como si buscase a alguien.

—Mi pobreza no llega a este extremo. Propongo un *rally* al Savoy. ¿Qué me dice? Arriba hay rincones tranquilos y buenos vinos.

No, gracias. No bebo. No puedo. No sé... Al fin y al cabo. —Sciss subió al Chrysler, se sentó y dijo en voz muy baja —: Me da lo mismo.

—Vamos pues, magnífico, usted irá delante, ¿de acuerdo? —Gregory soltaba las frases rápidas, fingiendo que entendía las palabras del científico como aceptación de su invitación. Sciss le miró detenidamente, como si quisiese fijar su cara en la memoria, cerró de golpe la puerta y apretó el starter. El motor no se puso en marcha, porque Sciss olvidó poner la llave en el contacto. Gregory lo había advertido, pero no dijo nada. Pasó un rato antes de que el científico entendiera. Al poner el motor del Buick en marcha, el teniente no estaba seguro si Sciss iría al Savoy; siguiendo al otro coche, deseó de repente que Sciss le abandonara. Pero ya en el primer cruce se dio cuenta de que aquel hombre iría a esa cena.

Para el Savoy no había más de diez minutos de viaje. Ambos dejaron sus coches en la plaza del aparcamiento. Eran ya las nueve y media, en la planta baja tocaba una orquesta, la gente bailaba sobre una plataforma giratoria elevada, iluminada desde abajo con luces multicolores. Tuvieron que pasar entre las columnas para llegar arriba. Desde los balcones se podía observar toda la sala, aunque unas arañas, colgadas de largas cadenas, cegaban los ojos. Gregory no hizo caso al camarero que quería llevarles al fondo, donde se divertía un alegre grupo de comensales, sino que condujo a Sciss a la punta extrema del balcón. Había allí una pequeña mesa entre los capiteles de dos columnas, alejada de otras. Se acercaron enseguida dos camareros de frac, uno con la carta de platos, otro con la de vinos, bastante voluminosa.

—¿Entiende usted de eso? —preguntó Sciss, cerrando el libro encuadernado en piel.

—Un poco —sonrió Gregory—. Para empezar, creo que nos sentaría bien un vermut. ¿Lo toma con limón?

—¿Un vermut? Creo que es amargo. Bueno, de acuerdo. Puede ser con limón.

Gregory sólo miró al camarero, no necesitaba hablarle. El otro esperaba con paciencia, un poco atrás. Después de una larga reflexión, el teniente pidió varios platos; antes había preguntado a Sciss si le gustaban las ensaladas y si soportaba las frituras.

El científico miraba por encima de la balaustrada el hormigueo de cabezas saltarinas. La orquesta tocaba un *slow-fox.*

Gregory levantó al trasluz la copa de vermut.

—Creo que debo decírselo —manifestó, venciendo una cierta resistencia interior—. Yo... quería pedirle que me disculpara.

—¿Cómo dice? —Sciss le miró, distraído—. Ah, no, no. No vale la pena hablar de eso. No tiene sentido.

—Ahora mismo acabo de saber por qué abandonó usted su cargo en el Estado Mayor.

—¿Así que ya lo sabe? -—preguntó con indiferencia Sciss, apurando en tres tragos su copa, como si fuese un vaso de agua. Una rodaja de limón se le metió en la boca; la sacó, la sostuvo un momento entre los dedos y la metió en la copa vacía.

—Sí.

—Es una historia antigua. Debe usted saberlo, puesto que me examina con lupa...

—Usted pertenece a la clase de personas sobre las cuales circulan juicios diametralmente opuestos —dijo Gregory, como si no hubiera oído las últimas palabras—. Todo, o muy caliente o muy frío. Lo tibio no existe. Igual en este asunto: depende del informador. ¿Podría decirme, desde su propio punto de vista, por qué le quitaron la jefatura de la Junta Operacional?

—Y me llamaron rojo —añadió Sciss. En contra de lo que Gregory esperaba, no se había animado. Encorvado, apoyaba una mano en la balaustrada—. ¿Para qué? —preguntó finalmente—. Estas exhumaciones no tienen sentido.

—¿Es verdad que usted vaticinaba un exterminio ineludible? —preguntó, bajando la voz, Gregory—. Es muy importante para mí, señor. Sabe cómo la gente deforma y desvirtúa todo, cada asunto, cada cosa. ¿Podría decirme qué pasó realmente?

—¿Por qué quiere saberlo?

—Querría saber, mejor todavía, quién es usted.

—Es una historia tan vieja —repitió con desgana el científico, sin dejar de mirar a los que bailaban. Abajo, una luz encarnada teñía de rojo los hombros desnudos de las mujeres—. No, no se trataba del exterminio. ¿De verdad quiere que se lo cuente?

—De verdad.

—¿Tan curioso es? Era más o menos en el cuarenta y seis. Empezó la carrera atómica. Yo sabía que, alcanzado el límite, me refiero al máximo de la fuerza destructora, comenzaría el desarrollo de los medios de transporte de la bomba... o sea de los cohetes. En esto también se tiene que llegar al punto límite, es decir, que ambos bandos tengan cohetes con cabezales de hidrógeno; existe también un pupitre bien colocado con el famoso botón rojo. Pulsándolo, los cohetes se disparan. Al cabo de unos veinte minutos sobreviene el fin del mundo, bilateral: *finis mundi ambilateralis*...

Sciss sonreía. El camarero trajo el vino, descorchó la botella y vertió unas gotas en la copa de Gregory. El teniente aspiró el aroma, sorbió un pequeño trago e hizo un gesto de aprobación. El camarero llenó las copas y se alejó.

—¿Es lo que usted opinaba en el año cuarenta y seis? —preguntó Gregory, levantando su copa hacia Sciss. Este probó el líquido rubí con la punta de la lengua, sorbió un poco con desconfianza, luego, casi de un golpe, apuró la copa, respiró y, algo confuso o sorprendido, la volvió a poner sobre la mesa.

—No, eran sólo unas premisas. La carrera, una vez en marcha, no puede detenerse, ¿entiende? Tiene que durar. Cuando un lado inventa un grueso cañón, el otro contesta con una coraza todavía más gruesa. El límite de una carrera de armamentos consiste sólo en un choque, una guerra. Puesto que en estas circunstancias la guerra significa el *finis mundi,* nadie puede parar antes que el otro lo haga. La aceleración de los esfuerzos, una vez iniciada, esclaviza a los hombres, que tienen que seguir perfeccionando los medios de lucha. ¿Qué queda si estos medios llegan al límite? Cerebros. Los cerebros de los que mandan. Los cerebros humanos no pueden perfeccionarse, hay que recurrir, también en este caso, a la mecanización. La fase siguiente es un Estado Mayor automático, o sea máquinas estratégicas electrónicas. Y aquí se plantea un problema muy interesante o, mejor dicho, dos problemas. McCatt llamó mi atención sobre esto. Primero: ¿existe límite para el desarrollo de los cerebros electrónicos? Se asemejan a los dispositivos capaces de jugar al ajedrez. El dispositivo que puede prever los movimientos del contrincante con diez jugadas de previsión, ganará siempre al que sólo prevé ocho o nueve jugadas. Cuanto más largo alcance tenga la previsión, tanto mayor tiene que ser el cerebro. Eso es el primer punto.

Sciss hablaba con creciente rapidez. A Gregory le parecía que el científico se había olvidado de todo, de su interlocutor incluso. Escanció el vino. Sciss jugaba con la copa, desplazándola sobre el mantel. En cierto momento, ésta se inclinó peligrosamente; Sciss la levantó al instante y volvió a vaciarla de un golpe. Abajo ardían unos focos amarillos, las mandolinas gemían en un aire hawaiano.

—La construcción de dispositivos, cada vez mayores, para las consideraciones estratégicas significa, queramos o no, la necesidad de aumentar la cantidad de los datos que se suministran a dichos cerebros. Esto, a su vez, determina la creciente preponderancia de tales dispositivos sobre los procesos colectivos de la sociedad. El cerebro puede decidir que el famoso botón se coloque en otro sitio. O que debe cambiarse la hechura del uniforme de la infantería. O bien que tiene que ser producida una mayor cantidad de acero de una cierta clase, lo que exige unos determinados créditos. Si hemos producido el cerebro, tenemos que obedecerle. Si un parlamento empieza los debates acerca de los créditos, resultará una de-mo-ra. Mientras tanto, el otro lado puede tomar ventaja. La liquidación de las decisiones de tipo parlamentario será, al cabo de un tiempo, inevitable. El control humano sobre las decisiones del cerebro electrónico disminuye a medida que éste concentra mayor cantidad de conocimientos. ¿Me sigue usted? A ambos lados del océano se crean dos cerebros más y más desarrollados. ¿Cuál será la primera exigencia del cerebro, cuándo habrá que dar un paso adelante en la incesante carrera? —El aumento de su competencia —dijo a media voz Gregory. Estaba observando con los ojos entornados a Sciss, cuyas mejillas se cubrieron de manchas rojas. Abajo reinó un silencio repentino, seguido por aplausos. Una voz femenina empezó a cantar. Un joven colocó al lado de la mesa otra más pequeña, los

camareros trajeron una bandeja atiborrada de tapaderas de plata. Aparecieron platos esmeradamente calentados, servilletas y cubiertos.

—No —replicó Sciss—. ¡Su primera exigencia será la de su propio aumento, o sea la ampliación del cerebro! Lo otro es una consecuencia.

—En pocas palabras, usted prevé que la Tierra se convertirá en un tablero de ajedrez y nosotros en unos peones con los que unos jugadores mecánicos jugarán una partida eterna.

La cara de Sciss resplandecía de orgullo.

—Sí. Pero yo no lo preveo. Sólo saco conclusiones. La primera etapa del proceso preparatorio se está terminando y la aceleración aumenta. Todo esto parece inverosímil, lo sé, pero yo le aseguro que es real. ¡Es real!

—Sí... —farfulló Gregory, inclinándose sobre el plato—. Y... a la vista de eso, ¿qué proponía usted?

—Un acuerdo, a cualquier precio. Aunque suene raro, el exterminio me parece un mal menor, comparado con esa partida de ajedrez. Sólo he sacado conclusiones. No tengo ilusiones. No es bueno carecer de ellas, ¿lo sabía? —Sciss se escanció más vino. Bebía mucho, aunque parecía forzarse. Gregory no tenía que preocuparse por las copas. Abajo la orquesta volvió a tocar. Al lado de su mesa pasó una pareja: un hombre de piel bronceada, con un fino bigote; las azuladas huellas de la barba subrayaban la palidez de su rostro.

La mujer, muy joven, llevaba sobre sus hombros desnudos un chal blanco con hebras de oro, del mismo color que su pelo. Sciss la siguió con la mirada, sus labios se torcieron en una mueca. Apartó el plato, entornó los ojos y escondió las manos debajo del mantel. A Gregory le pareció que controlaba sus pulsaciones.

—¿Y qué vamos a hacer con esta velada tan magníficamente iniciada? —dijo al cabo de un momento, alzando los párpados. Alisó su pelo blanco, erizado sobre las sienes, y se acomodó en la silla. Gregory dejó sobre el plato el cuchillo y el tenedor.

Enseguida apareció un camarero.

—¿Tomará usted café? —preguntó Gregory.

—Sí, con mucho gusto —accedió Sciss, siempre con las manos debajo del mantel.

—Me parece que estoy borracho —dijo sonriendo avergonzado. Su mirada era insegura e interrogante.

—De vez en cuando es necesario —sonrió Gregory llenando sólo su propia copa.

Tomaron en silencio el café, caliente y fuerte. El aire, enrarecido y demasiado caluroso, no llenaba bien los pulmones. Gregory buscó al camarero con la mirada; al no encontrarle, se levantó, fue en su busca al bar y pidió que abrieran una ventana. Cuando volvió, un sutil soplo fresco agitaba ya el vapor de las tazas. Los ojos de Sciss, apoyado pesadamente en la balaustrada, estaban irritados y hundidos. Respiraba afanosamente y en sus sienes se dibujaban venas duras y oscuras.

—¿No se encuentra usted bien? —preguntó Gregory.

—No soporto el alcohol —Sciss hablaba con los ojos cerrados—. Es decir, mi organismo no lo soporta. Me vuelvo turbio por dentro, simplemente turbio, nada más.

—Lo siento mucho.

—Oh, no es nada. No hablemos más de esto.

—¿Era usted contrario a la guerra preventiva? Me refiero a aquel tiempo, en el cuarenta y seis.

—Sí. Por otra parte, nadie creía en su eficacia, ni siquiera los que la propagaban. Faltaba el ambiente psicológico en aquella euforia de paz. Poco a poco se puede llevar hasta un cónclave al canibalismo, con tal de proceder gradualmente, paso a paso. Exactamente como ocurre ahora.

—¿Qué hizo usted después?

—Varias cosas. He empezado muchas, pero pocas terminé. Casi siempre fui la piedra con la que tropieza la guadaña; esto da poco de sí. Seguramente tampoco terminaré con este problema reciente. Siempre me he detenido en un punto muerto. Si creyera en la fatalidad..., pero es cuestión de carácter. No soporto las componendas.

—Usted no está casado, ¿verdad?

—No. —Sciss miró con recelo a Gregory—. ¿Por qué lo pregunta?

Gregory se encogió de hombros.

—Sólo... quería saberlo. Perdone, si...

—Una institución anticuada... —gruñó Sciss—. Hijos tampoco tengo, por si quiere saberlo. Si pudiesen hacerse con la cabeza... No me agrada esa lotería de los genes. Creo que soy aquí el invitado. ¿Nos vamos?

Gregory pagó la cuenta. Cuando bajaban, la orquesta les despidió con un jazz estridente. Tuvieron que abrirse paso por el borde de la pista, empujados por las parejas que bailaban. Atravesada la puerta giratoria, Sciss aspiró con alivio el aire fresco.

Gracias... por todo dijo despacio. Gregory le siguió hasta los coches. Sciss se revolvió los bolsillos buscando la

llave, abrió la puerta, desabrochó su abrigo, se lo quitó, lo tiró hecho una bola al asiento trasero, y se sentó al volante. Gregory no se marchaba.

Sciss se quedó inmóvil, con la puerta del coche sin cerrar.

—No puedo conducir... —dijo.

—Le llevaré —se ofreció Gregory—. ¿Quiere dejarme el sitio?

Pero usted tiene aquí su coche.

—Eso es lo de menos. Volveré a buscarlo.

Gregory subió, cerró la puerta y arrancó con brío.

7

Dejaron el coche vacío en el patio. Gregory volvió al portal. Sciss, apoyado en la barandilla con los ojos entornados, tenía en los labios una sonrisa vaga, un poco amarga. Gregory esperó, sin despedirse. El otro respiró profundamente, pero su respiración se parecía a un suspiro. De pronto abrió los ojos y miró a Gregory.

—No sé —dijo finalmente—. Si usted tiene... tiempo.

Gregory movió la cabeza afirmativamente y empezó a subir la escalera al lado de Sciss. Ambos callaban. Ante la puerta, Sciss se inmovilizó con la mano en el pomo como si quisiera decir algo, retuvo un instante la puerta que ya se abría, pero se decidió a terminar de abrirla.

—Iré delante porque no se ve nada —dijo.

En el vestíbulo había luz. La puerta de la cocina estaba abierta, dentro no había nadie, sólo una tetera silbaba débilmente sobre una llamita de gas. Se quitaron el abrigo.

El despacho, iluminado por la blanca luz de un globo colgado del techo, tenía aspecto ordenado y festivo. Sobre el escritorio se erguía una hilera de libros, todos del mismo tamaño, los lápices y las plumas colocados simétricamente; junto a la biblioteca dos profundos butacones, muy bajos, verdes, con cojines de dibujos geométricos, flanqueaban una mesita de cristal. Sobre ella había vasos, copas, bandejas de frutas y pasteles, cucharitas, tenedores, todo preparado para dos personas. Sciss se frotó sus artríticas manos huesudas.

—Siéntese ahí, junto a la biblioteca, estará más cómodo —dijo fingiendo buen humor—-. Tuve una visita por la tarde, puedo ofrecerle los restos.

Gregory quería ayudarle contestando con algo alegre y desenfadado, pero no se le ocurría nada; empujó la butaca y se sentó en su brazo, vuelto de cara a los libros.

Tenía enfrente un imponente conjunto de la políglota literatura científica; una estantería aparecía repleta de obras antropológicas, otra mostraba un pequeño rótulo de plástico con el título *Matemáticas.* Con el rabillo del ojo vislumbró unas manchas color carne sobre unos cartones que asomaban del cajón abierto del escritorio, pero, al captar su mirada, Sciss se abalanzó sobre el cajón, lo empujó con la rodilla y cerró ruidosamente la tapa del escritorio.

—Vaya desorden que dejé —comentó con una sonrisa forzada; se frotó de nuevo las manos y se sentó sobre el radiador debajo de la ventana.

—Su nuevo interés por mi persona me parece tan sospechoso como el primero —dijo—. Es demasiado universal...

—Se ve que tiene usted experiencias desagradables —comentó Gregory, sacando al azar gruesos volúmenes de la estantería y pasando por los dedos cataratas de hojas, repletas de fórmulas algebraicas.

—Más bien sí. ¿Tomará té o café? —preguntó recordando sus deberes de anfitrión.

—Lo mismo que usted.

—De acuerdo.

Sciss se fue a la cocina. Gregory puso en su sitio *Principia mathematica y* miró la tapa cerrada del escritorio. Tenía ganas de abrir el cajón, pero no se atrevía. Por la puerta abierta oía a Sciss trajinando en la cocina. El científico volvió con la tetera, vertió el chorro de líquido humeante en las tazas y tomó asiento frente a Gregory.

—Cuidado, quema —le advirtió—. ¿Dice usted pues, que me eliminó de sus sospechas? Sin embargo, yo podría suministrarle un eventual motivo mío que no tomó en cuenta. Digamos que me importaba esconder a un difunto que podría ser víctima mía, pongamos por caso. A este fin, para hacer más insólita la situación, lo que facilitaría mi tarea, habría creado toda una serie de cadáveres que se movían y desaparecían; en medio de toda esa confusión, el cuerpo de

mi víctima sería sólo un caso más. ¿Le convence?

—Demasiado novelesco —repuso Gregory, hojeando un pesado tomo de psicometría, de hojas gruesas y brillantes —. Existe un cuento de Chesterton sobre un tema parecido.

—No lo he leído. No me gusta Chesterton. O sea, no sirve. Entonces, ¿qué motivos me atribuía usted? ¿Por qué lo habría hecho?

—No sé por qué lo habría hecho. No encuentro ninguna razón. Por eso renuncié a sospechar de usted.

—¿Y escarbó usted bien en mi pasado? ¿Compuso un calendario y un mapa de mis movimientos? ¿Buscó pistas y huellas? Si es así, lo hizo sin que me haya dado cuenta, con una sola excepción.

—Dejé de lado la rutina casi desde el principio, porque el mosaico no se componía. Por otra parte, no llevo una investigación de manera sistemática. Improviso, o si lo prefiere, soy muy desordenado —confesó Gregory. Notó algo rígido entre las hojas del libro y se puso a volver lentamente las páginas—. Hasta adapté una teoría a mi desidia: que coleccionando huellas no se obtiene nada mientras no se acierte con la orientación adecuada.

—¿Es usted un intuitivo? ¿Ha leído detenidamente a Bergson?

—Sí.

Entre las páginas del libro asomó un negativo fotográfico de tamaño bastante grande. Sobre el fondo blanco del papel se dibujaba en transparencia un tronco humano inclinado hacia atrás. Gregory acercó lentamente el libro a sus ojos, echando por encima una mirada furtiva a Sciss, sentado más bajo. Empezó a deslizar con un dedo el cliché a lo largo del margen blanco de la página, hablando al mismo tiempo:

—Sheppard me dijo que estaba usted en su casa cuando desapareció el cadáver en Lewes. Tiene, pues, una coartada. Me comporté como un perro que busca un hueso enterrado, corrí de árbol en árbol escarbando la tierra, pero no había nada, ni siquiera tierra donde cavar...

Seguía deslizando el negativo por la tira de papel blanco, hasta ver toda la imagen Era la foto de una mujer desnuda, medio echada sobre la mesa. El pelo suelto, oscuro, por lo tanto claro en la realidad, colgaba sobre su hombro apoyado en un montón de ladrillos negros, llegando casi a los pezones, marcados por dos manchitas lechosas. Las largas pantorrillas que colgaban de la mesa estaban envueltas en una sarta de perlitas blancas. En la otra mano tenía un objeto indefinible, desdibujado, puesto a través de sus muslos apretados. Los labios, entreabiertos en una mueca indescifrable, mostraban los puntos negros de sus dientes.

—Supongo que me juzgó usted bastante ridículo —continuó diciendo Gregory con una rápida mirada a Sciss, que hizo un lento gesto de cabeza con una débil sonrisa.

—No lo sé. Usted representaba un punto de vista diferente. Si viviéramos en los tiempos de la Inquisición, tal vez hubiera logrado su propósito.

—¿Qué quiere decir? —preguntó rápidamente Gregory. Volvió a mirar el cliché fuertemente apretado contra el papel y de pronto comprendió: lo que había tomado por unas cuentas era una cadenita. La muchacha tenía los tobillos atados. Frunció el ceño, cerró de golpe el volumen, lo puso en su sitio y se deslizó del brazo del butacón al asiento.

—Tengo muy poca resistencia al dolor, ¿sabe? Si me tortura me arrancará cualquier confesión. Me rompería los huesos, pero salvaría la paz de su espíritu. O, mejor dicho, el orden espiritual.

—No entiendo a Sheppard, en la misma medida que tampoco entiendo el problema en sí —dijo lentamente Gregory —. Me confió esta misión sin esperanzas, pero no me dio, desde el principio, ninguna oportunidad. Perdone, pero tal vez no le interesa.

—No, en realidad —Sciss puso la taza vacía sobre la mesa—. Ya hice todo lo que pude.

Gregory se levantó y se paseó por el cuarto. En la pared opuesta había una gran fotografía de una escultura vista desde abajo, con sombras y luces fuertemente marcadas.

—¿La hizo usted?

—Sí —repuso Sciss sin volver la cabeza.

—Es muy buena.

Gregory abarcó con la mirada toda la estancia y en la mesa del cliché reconoció el escritorio. «Aquellos ladrillos, son libros», pensó. Echó una mirada a las ventanas y vio que, además de los estores corrientes, arriba estaban provistas de otros, negros y fuertemente enrollados.

—No sabía que tuviera usted aficiones artísticas —dijo volviendo a la mesa. Sciss parpadeó y se levantó con esfuerzo.

—Me divertía, antaño. Tengo muchas fotografías; ¿le gustaría verlas?

—Oh, sí, con mucho gusto.

—Espere, ¿dónde tengo las llaves? Estarán en el abrigo.

Salió dejando la puerta abierta y encendió la luz del vestíbulo. Tardaba bastante en volver. Gregory tenía ganas de

abrir otra vez el tomo de la psicometría, pero temía arriesgarse. De repente le llegó el ruido de un forcejeo, algo chasqueó como tela al ser desgarrada; Sciss apareció en la puerta, totalmente cambiado. Erguido, se iba acercando a Gregory con pasos desmesuradamente largos, como si quisiese atacarle. Jadeaba. A dos pasos de Gregory abrió la mano dejando escapar un trozo arrugado de papel blanco. Gregory reconoció la servilleta. Las comisuras de la boca de Sciss se contraían con un asco indescriptible. Las mejillas y toda la cara de Gregory empezaron a arderle.

—¿Qué necesitas, gusano? —escupió Sciss con voz de falsete, ahogándose con las palabras—. ¿Una confesión? Aquí la tienes: soy yo. ¿Me oyes? ¡Soy yo! ¡Yo solo! Yo colocaba, disponía y me llevaba los cadáveres. Jugaba con los cadáveres como con muñecas, porque se me antojaba. ¿Entiendes? ¡Y no me toques, gusano, porque vomitaré. —La cara de Sciss se volvía violácea. Retrocedió hasta el escritorio, cayó en la silla buscando un punto de apoyo, con las manos temblorosas extrajo de un bolsillo un tubito de cristal, sacó con los dientes el tapón y, jadeante, se vertió en la lengua unas gotas de líquido viscoso. Poco a poco su respiración fue volviéndose más espaciada y profunda. Con la cabeza apoyada en un estante de libros aspiraba afanosamente el aire, cerrando los ojos, las piernas muy separadas. Luego, lentamente, se sobrepuso y se sentó, algo calmado. Gregory le miraba sin moverse; le seguía ardiendo la cara.

—Márchate. Márchate enseguida —ordenó roncamente Sciss sin abrir los ojos.

Gregory, incapaz de moverse, callaba esperando Dios sabe qué.

—¿No? Muy bien —Sciss se levantó; sacudido por un acceso de tos, la respiración entrecortada, tocó el cuello de su camisa que antes había desabrochado, se estiró la chaqueta y salió de la estancia. Un instante después resonó el estruendo de la puerta de entrada, violentamente cerrada.

Gregory se hallaba solo en el piso. Podía examinar todos los cajones, todo el escritorio, hasta al que se acercó, pero sabía bien que no lo haría. Encendió un cigarrillo y deambuló a grandes zancadas de una pared a otra, sin poder concentrarse ni pensar. Aplastó el cigarrillo, hizo un gesto de duda y se dirigió al vestíbulo. Su abrigo estaba en el suelo; al recogerlo, observó que la espalda aparecía desgarrada por la mitad; la tirita de colgar, junto con un trocito de tela, se había quedado en el gancho. Allí continuaba, de pie con el abrigo en la mano, cuando sonó el teléfono. Gregory escuchó un buen rato esperando que cesara, pero la llamada no se interrumpía. Volvió a la estancia indeciso, los insistentes timbrazos desgarrándole los oídos. «Carezco de escrúpulos y de consecuencias. Soy un trapo», pensó. No, ¿cómo fue? Un gusano. El teniente alzó el receptor.

—Diga.

—¿Es usted? —A pesar de todo reconoció la voz de Sheppard.

—Sí, soy yo. ¿Cómo... cómo supo usted que estaba aquí? —preguntó Gregory. Ahora se dio cuenta de que apenas le sostenían las piernas.

—¿Y dónde podía estar a las doce de la noche, no encontrándose en casa? —repuso Sheppard—. ¿Piensa usted quedarse ahí mucho tiempo más? ¿Está Sciss con usted?

—No, Sciss no está. No está en casa.

—¿Quién está, pues? ¿Su hermana? —la voz del inspector sonó más seca.

—No, no hay nadie...

—¿Qué? ¿Está usted solo? ¿Cómo ha entrado? —preguntó Sheppard con un asomo de aversión y sospecha.

—Hemos venido, pero él... salió. Tuvimos... un deplorable altercado —confesó con gran embarazo Gregory—. Yo... luego, es decir mañana, en cuanto pueda... Ah, vamos a dejarlo. ¿Qué ha sucedido? ¿Por qué llama usted?

—Ha sucedido que Williams ha muerto. Ya sabe a quién me refiero.

—Sí, lo sé.

—Recobró el conocimiento antes de morir y quiso hacer una declaración. Hice todo lo posible por encontrarle a usted, incluso por radio.

—Yo... perdone, no lo sabía...

—No hay por qué pedir perdón. Hemos grabado la declaración en la cinta. Me gustaría que la oyera.

—¿Hoy?

—¿Y por qué no? ¿Está esperando a Sciss?

—No, no... Ya iba a salir...

—Está bien. ¿Se encuentra con fuerzas de venir a verme ahora? Preferiría no aplazarlo hasta mañana.

—Puedo ir ahora mismo —dijo Gregory con voz apagada. Se acordó del abrigo y añadió apresuradamente—: Sólo tengo que pasar antes por mi casa. Dentro de una media hora estaré con usted.

—Conforme. Le espero.

Sheppard colgó. Gregory volvió al vestíbulo, recogió el abrigo, se lo echó al hombro y bajó corriendo la escalera. Al pasar, echó una ojeada al patio: el Chrysler gris no estaba allí. En la esquina tomó un taxi y fue al Savoy para recuperar el Buick. El motor, enfriado, tardó mucho en ponerse en marcha. Escuchando sus ronquidos, el teniente sólo

pensaba en una cosa: ¿qué diría a Sheppard?

Delante de la casa de los Fenshaw estaba prohibido estacionarse, pero no hizo caso; corrió al portal sobre el cemento mojado que reflejaba como un espejo unas luces lejanas. Luchó un rato con la cerradura, tratando en vano de dar la vuelta a la llave, hasta que se convenció con extrañeza de que el portal estaba abierto. Era la primera vez desde que vivía en aquella casa. El gran vestíbulo no aparecía totalmente oscuro, sino invadido de un resplandor tembloroso que crecía y se debilitaba acompasadamente sobre el techo abovedado en lo alto de la escalera. Gregory anduvo de puntillas hasta la sala de los espejos y se detuvo en el umbral.

Donde antes estaba la mesa, se encontraba un podio recubierto de alfombras. A ambos lados ardían unas velas, cuyos pabilos se multiplicaban en desfiles de llamitas en los espejos. El olor a estearina derretida saturaba el aire; las llamas azuladas y amarillentas oscilaban agitadamente; una de las velas se apagaba con un chisporroteo. La escena era tan inesperada que Gregory se quedó sin aliento un largo rato, con la vista fija en un espacio largo y estrecho entre las velas. Levantó lentamente los ojos como si quisiera contar los irisados destellos que se encendían y apagaban en una araña de cristal suspendida a poca altura. En la sala no había nadie. Tenía que atravesarla, se arrimó a la pared sigilosamente como un ladrón; en la penumbra puso el pie sobre una viruta blanquecina, fina, retorcida como un fleje. Ya junto a la puerta, oyó unas pisadas que se aproximaban. Aceleró el paso con la esperanza de poder alcanzar su habitación antes del encuentro. Ante sí divisó en la sombra el temblor de doradas chispitas. Del pasillo emergió la señora Fenshaw. Avanzaba lentamente; sobre su vestido negro llevaba un chal morado bordado con lentejuelas doradas que centelleaban a cada movimiento. Gregory no sabía qué hacer; quiso pasar junto a ella, pero la mujer le cerraba el camino. Andaba como ciega, y para no tropezar con ella Gregory retrocedió más y más; avanzaba como si no le viera, hasta que Gregory tropezó con el borde de una alfombra y se detuvo. Estaban ya entre los espejos.

—¡Mi vida! —sollozó la señora Fenshaw—. ¡Mi vida! ¡Ya! ¡Ya! ¡Ya se lo llevaron! —Se acercó tanto que el teniente sentía su aliento sobre la cara—. Sabía que no lo soportaría, lo sabía, lo sabía, me lo dijo hoy mismo. Pero era un día como los demás, ¿por qué no pudo seguir igual? ¿Por qué? —repetía quemándole con su aliento, hasta que finalmente sus palabras, pronunciadas con un dolor indecible, dejaron de tener significado para él.

—Oh... no sé... verdaderamente... lo siento tanto —farfulló confusamente Gregory con la sensación de hundirse en un contrasentido, en una incomprensible desgracia, en el teatro de unos acontecimientos irreales y un desespero real. De debajo del chal que envolvía a la señora Fenshaw emergió su oscura mano, surcada de tendones prominentes, y le asió fuertemente la muñeca...

»¿Qué ha ocurrido? Es que el señor... señor... —Dejó la frase sin terminar, porque, sollozando calladamente, la mujer afirmó con unos espasmódicos movimientos de cabeza—. Oh, tan de repente —murmuró Gregory. Esta palabra la hizo volver en sí. Le miró intensamente, fijamente, casi con odio.

—¡No! ¡No de repente! ¡No de repente! ¡No! Desde hace años! señor, desde hace años, pero él apartaba la idea, la aplazábamos juntos, tenía lo mejor que un hombre pueda tener en la Tierra. Le daba un masaje todas las noches y, cuando se encontraba peor, tenía su mano entre las mías hasta el amanecer, no me apartaba de su lado, únicamente de día podía estar solo, de día no me necesitaba. ¡Pero ahora es de noche!

Otra vez gritos, la voz se prolongaba en unos extraños ecos, como tañidos de campanas. Noche... llegó un sonido roto, deformado, desde el fondo de la casa, desde la hilera de habitaciones abiertas en la galería, por encima de la cabeza de la mujer, que con una mano agarraba la muñeca de Gregory y con la otra le golpeaba el pecho. Estupefacto, anonadado por esta impulsividad, esta pasión y fuerza del desespero, comenzando a entenderlo poco a poco, Gregory miraba las llamas movedizas que rodeaban el lugar vacío, tapizado de alfombras, en el centro de la sala.

—¡Oh, señor...! ¡Oh, señor! —gritaba la señora Fenshaw, de repente sus exclamaciones, dirigidas no se sabía si a Dios o a Gregory, se ahogaron en llanto. Una lágrima cayó como un destello de luz sobre la solapa de la chaqueta del teniente, que sintió un alivio al percibir que, por fin, la mujer podía llorar. La señora Fenshaw ya no gritaba. Al cabo de un rato de silencio, dijo en voz sorprendentemente tranquila, aunque temblorosa de llanto—: Gracias. Perdóneme. Vaya... váyase usted. Nadie le molestará. ¡O, nadie! A nadie, a nadie...

En las últimas palabras, su voz estuvo otra vez a punto de estallar en gritos enloquecedores. El pánico invadió a Gregory, pero la señora Fenshaw se alejó de él y se encaminó a la puerta, recogiendo los pliegues de su chal morado. El teniente se lanzó casi a la carrera por el pasillo, hasta que sintió bajo sus manos la puerta de su cuarto.

La cerró cuidadosamente tras de sí, encendió una pequeña lámpara y se sentó sobre su escritorio fijando la vista en la luz que le cegaba.

¿Así pues, estaba enfermo y ahora había fallecido? ¿De una larga y extraña enfermedad? ¿Le cuidaba ella? ¿Sólo de noche? ¿Y de día? De día deseaba estar solo. ¿Qué tenía? ¿Unos ahogos? Pero ella había hablado de masajes. ¿Algo de nervios? Sufría de insomnio, quizá padecía del corazón, sin embargo, parecía sano, no estaba, pues, enfermo de gravedad. ¿Cuántos años tendría? Seguramente cerca de los setenta. ¿Cuándo ocurrió? Hoy, o sea, ayer. Gregory estuvo

ausente de casa casi un día entero, el óbito tuvo que acaecer por la mañana o al mediodía o se llevaron el cuerpo por la noche. De otro modo, ¿qué harían allí las velas?

Encogió las piernas porque se le entumecían. «Todo se aclara ahora —pensaba—. Estaba enfermo necesitaba largos y complicados cuidados... ¿Y cuándo dormía ella...?»

Se puso en pie de un brinco recordando que Sheppard le estaba esperando. Sacó del armario un abrigo viejo, se lo echó a los hombros y salió de puntillas. En la casa reinaba el silencio. En el salón se consumían las velas; bajó la escalera sumida en un resplandor mortecino. Todo esto no duró más de una media hora, constató sorprendido, sentándose al volante. Cuando pasaba junto a Westminster, tocaba la una.

Sheppard le abrió la puerta en persona, como la primera vez; subieron la escalera en silencio.

—Perdóneme por haber tardado —dijo Gregory colgando el abrigo—, pero mi casero falleció y tuve que... emmm... dar el pésame.

Sheppard asintió lacónicamente con la cabeza y le indicó con un ademán la puerta abierta. El despacho seguía igual; sólo la colección de fotografías en las paredes tenía a la luz un aspecto algo distinto: «Algo pretencioso», pensó Gregory. Sheppard tomó asiento tras el escritorio, repleto de papeles y carpetas, sin pronunciar palabra. Gregory estaba todavía penetrado por la atmósfera, oscura y misteriosa, de la casa de los Fenshaw, con la pared repentinamente enmudecida junto a su cama, con el mortecino resplandor de las velas que se iban consumiendo. A pesar suyo se frotó la muñeca como queriendo borrar las huellas del contacto de la mano de la mujer, que aún notaba. Al sentarse frente al inspector, sintió, por primera vez aquella noche, el peso abrumador de su cansancio. De pronto se le ocurrió que Sheppard esperaba el informe de la visita a Sciss. La idea despertó en él una cierta aversión y resistencia, como si tuviera que traicionar a un amigo entrañable.

—Seguí hoy a Sciss casi todo el día —empezó a decir lentamente, se interrumpió y miró al inspector—. ¿Debo hablarle de ello?

—Me parece que es necesario. —Sheppard era la calma personificada.

Gregory asintió con la cabeza. Le fue muy difícil contar los acontecimientos de la noche; procuró, pues, no comentarlos por lo menos. Sheppard le escuchaba apoyado en el respaldo de la silla, sin intervenir; sólo una vez, al oír lo de la foto, se le estremeció el rostro.

Gregory guardó silencio un momento, pero el inspector no dijo palabra. Al terminar, levantó la cabeza y vio una sonrisa que se borró al instante de la cara de Sheppard.

—Bien, pues, dispone usted, por fin, de su confesión —dijo el inspector—. Si no me equivoco, usted dejó realmente de sospechar de Sciss cuando él se marchó, dejándole solo en su casa. ¿Es así?

Gregory quedó sorprendido; frunciendo el ceño, buscó una respuesta que no pudo hallar. Era verdad, aunque él no lo había comprendido hasta ahora.

—Sí —titubeó—. Supongo que sí. Por otra parte, yo ya había perdido antes la esperanza de que esto pudiera dar resultado. Actuaba por inercia, me pegaba a Sciss porque no tenía a nadie más, no disponía de nadie, qué sé yo, tal vez tratara de comprometerle. Es posible. ¿Para qué? Para tener la sensación de dominarle, quién sabe —Gregory se embrollaba cada vez más—; estoy convencido de que todo esto no tenía sentido. Al fin y al cabo, no sé nada de este hombre. Ni siquiera lo que puede hacer en este momento.

—¿Le gustaría saberlo? —preguntó incisivamente el inspector—. Es posible que le encontrara sobre la tumba de su madre en el cementerio, o en Piccadilly, buscando una prostituta muy joven. Este es más o menos su tenor de vida. No quiero ser su aya en la policía, pero tengo que decirle que debe usted estar preparado siempre a experiencias de este tipo, las que dejan tras de sí una desazón moral. ¿Qué piensa hacer en adelante?

Gregory se encogió de hombros.

—Unas semanas atrás les he apremiado a todos, asustándoles con la reacción de la prensa y del público —continuó Sheppard jugando con una regla de metal que flexionaba entre los dedos—, pero no ocurrió nada de lo que temía. Aparecieron unos pocos artículos que vinculaban el asunto con los platillos volantes y, paradójicamente, esto puso fin a la curiosidad pública. Unas cuantas cartas al redactor y nada más. No me había dado cuenta de las dimensiones que adquiere en nuestros días la indiferencia hacia lo insólito. Si es posible un paseo por la luna, es posible todo. Nos hemos quedado solos con nuestro problema, teniente, tan solos que podríamos archivarlo tranquilamente...

—¿Me llamó usted para decirme esto?

El inspector no contestó.

—Usted quería hacerme escuchar lo que dijo Williams, ¿no es cierto? —añadió un momento después Gregory—. Si puede ser ahora... luego me marcharé. Es tarde, no quiero que pierda el tiempo por culpa mía.

Sheppard se levantó, abrió el estuche de un magnetófono, lo conectó con la radio y dijo:

—La grabación se hizo conforme a su deseo. Los técnicos tenían prisa, el aparato era algo defectuoso y el sonido

dista de ser perfecto. ¿Quiere sentarse más cerca? Atención.

En el ojo mágico extendió las alas una mariposa verde y las agitó repetidas veces. Del altavoz se elevó un murmullo acompasado, unos chasquidos, un ronroneo, luego una voz lejana, deformada, como si llegara a través de un tubo de hojalata:

—¿Puedo yo hablar? Señor comisario, señor doctor, ¿puedo ya? Tenía una buena linterna, mi mujer me la regaló hace un año, para el servicio nocturno. Cuando pasé la primera vez, él yacía de la misma manera, con las manos así; a la segunda oí un ruido, como si hubiera caído un saco de patatas. Miré alumbrándome por aquella ventana, él estaba en el suelo; pensé que se había caído del ataúd, pero ya se movía, así, lentamente, se le movían las piernas. Yo pensé que estaba soñando y me froté los ojos con la nieve, pero él no paraba de moverse dando tumbos y tumbos. Llévense esto de aquí, por favor, quiero hablar, no me molesten. Señor comisario, no sé cuánto tiempo duró aquello, pero bastante. Alumbraba con la linterna y no sabía si debía entrar dentro, y él allí se encogía y se caía y así fue llegando a la ventana, entonces ya no vio mucho porque estaba debajo mismo, junto a la pared y seguía armando ruido. Entonces se abrió la ventana.

Una voz indistinta preguntó algo, pero no se entendían las palabras.

—Eso no lo sé —la voz sonó más cercana—, y no me fijé si se caían los trozos de vidrio. Tal vez sí, pero no lo sé. Yo estaba de este lado, no, no soy capaz de indicarlo. Pues estaba allí de pie, mirando y él no sé si estaba sentado o qué, sólo veía su cabeza, hubiera podido tocarla, señor comisario, estaba más cerca que de aquí a esta silla, pasé la luz bien por todo, pero no había nada, sólo brillaron las virutas en el ataúd vacío y nada más, no había nadie. Me incliné y le vi abajo, las piernas se le separaban y todo él se balanceaba como un borracho, señor doctor, el cuerpo se le iba de un lado a otro y golpeaba, como un ciego golpea con un bastón, así él golpeaba con las manos. Puede que tuviera algo agarrado. Le dije: alto, ¿qué hace? ¿Qué es esto? Eso dije, más o menos.

Sobrevino un momento de silencio, sólo se distinguía un delicado crujido, como si se arañase la membrana con una aguja.

—Se fue levantando, hasta que cayó de nuevo. Yo le ordené, le dije que parara, pero él no estaba vivo; pensé al principio que no había muerto y que se había despertado, pero él no vivía, no tenía ojos, con los que tenía no podía ver nada, tampoco sentía nada, si no hubiera dado aquellos golpes en la pared, porque armaba ruido como un condenado, así que no sé qué le estuve gritando, pero él siempre lo mismo, con los dientes se agarró al parapeto, ¿cómo?

Otra pregunta, incomprensible y ahogada, se entendía solamente la última palabra... ¿dientes?

—Le dirigí la luz a los ojos, los tenía turbios, bueno, como un pescado muerto, y no sé que más pasó, no sé.

Otra voz nueva, cercana, de tono grave:

—¿En qué momento sacó el revólver? ¿Quería usted disparar?

—¿El revólver? No puedo decirlo, no recuerdo. ¿Que me marché corriendo? ¿Por qué lo habré hecho? No sé. ¿Qué me pasa en el ojo? Se... señor doctor...

Otra voz:

—... no pasa nada, Williams. Cierre los ojos, así, enseguida se encontrará mejor.

Una voz femenina, de lejos:

—Ya nada, nada más.

La voz de Williams, jadeante:

—Así no puedo. ¿He dicho... todo? ¿Está mi mujer? ¿No? ¿Por qué no? Ah, sí, está. No me sirven las instrucciones, si no... dicen nada... de éstos...

Se oyeron los rumores de una corta discusión, alguien dijo en voz alta:

—¡Basta ya!

Intervino una voz distinta:

—Williams, ¿vio un coche? ¿Unos faros de coche?

—¿Un coche...? ¿Un coche...? —repetía débilmente, agotada, la voz de Williams—. No se me borra de la vista cómo se balanceaba, y no podía, y esas virutas que... arrastraba. Yo habría comprendido si hubiera visto la cuerda, pero no había cuerda...

—¿Qué cuerda?

—¿Una estera? No. ¿Cuerda? No sé. ¿Dónde? Ay, quien lo haya visto ya no disfrutará mucho en este mundo, pero es imposible, señor comisario... ¿Verdad? Viruta no. La paja... no... aguanta...

Un largo silencio, crujidos, sonidos confusos, como si varias personas conversaran en voz baja lejos del micrófono. Un corto estertor, un hipo, y la voz de Williams, más ronca que antes:

—Yo lo daré todo, para mí no quiero nada. ¿Dónde está ella? La mano... ¿Es tu mano? ¿Eres tú...?

Otros crujidos, un ruido como si se empujara en el suelo algo pesado, un sonido de cristal roto, el silbido de un gas

que escapara bajo presión, una serie de breves chasquidos y una voz de bajo, muy fuerte:

—Tú, desconecta. Se acabó.

Sheppard apretó un botón deteniendo la cinta y volvió a su sitio detrás del escritorio. Gregory, encorvado, no se movía; miraba los nudillos de su mano, blancos del esfuerzo que hacía apretando el pasamano de su silla, olvidando la presencia de Sheppard.

«Si pudiera volver atrás —pensó—. Meses atrás. No, con unos meses no basta. ¡Un año! Tonterías. No podré escapar...»

—Señor inspector —dijo de pronto—, si usted hubiera escogido a otra persona y no a mí, tendría ya tal vez al culpable en la celda. ¿Comprende qué quiero decir?

—Es posible. Continúe.

—¿Que continúe? En mi manual de física, en el capítulo de los fenómenos ópticos, había un dibujo en el cual se veía una copa blanca sobre fondo negro, o bien dos negros perfiles humanos sobre un fondo blanco. Podía distinguirse perfectamente una cosa u otra, y yo pensaba, de chico, que sólo una de esas dos imágenes podía ser verdadera, pero no sabía cuál de ellas. ¿No es ridículo, señor inspector? ¿Recuerda usted nuestra conversación en este mismo cuarto sobre el orden? Sobre el orden natural de las cosas. Se lo puede imitar, como dijo usted entonces.

—No, fue usted quien lo dijo.

—¿Fui yo? Es posible. Pero ¿y si no fuera así?

¿Si no hay nada por imitar? ¿Si el mundo no es un rompecabezas cuyas piezas sueltas tenemos ante nosotros, sino una sopa en la cual nadan al azar unos fragmentos que sólo por casualidad se congregan de vez en cuando, formando un conjunto coherente? Si todo lo que existe es fragmentario, fortuito, abortado, si los acontecimientos tienen un final sin haber tenido un principio, o sólo la parte central, o la delantera, o la de atrás, y nosotros nos afanamos en segregar, pescar y reconstruir aquellos trocitos hasta que vemos unos amores completos, traiciones y derrotas, aunque, en realidad, nosotros mismos somos unos amasijos heterogéneos y sin calidad. Nuestros rostros, nuestros destinos, son moldeados por la estadística, somos una resultante de los movimientos brownianos, unos esbozos inacabados, unos proyectos trazados al azar. Perfección, plenitud, belleza, ¡no son más que una excepción rara que sólo se presenta porque son tantos los fragmentos! ¡Su cantidad es inimaginable! La grandiosidad del mundo, su incontable multiplicidad, es el regulador automático de su devenir cotidiano, gracias a ella se completan aparentemente las lagunas y las fallas, el pensamiento, para salvarse a sí mismo, encuentra y une fragmentos más alejados. De pegamento nos sirven la religión y la filosofía, recogemos siempre y componemos unos jirones que se desmiembran en la estadística, para darles un sentido que serviría de campana a nuestra gloria, para que sonara al unísono. Mientras tanto, no hay más que la sopa... El orden matemático del mundo es nuestra oración a la pirámide del caos. ¡Por todos lados asoman fragmentos de la vida fuera de los significados que establecemos como únicos, y no queremos, no queremos verlos! ¡Sólo existe la estadística! El hombre racional es el hombre estadístico. ¿Será un niño guapo o feo? ¿Sentirá amor por la música? ¿Caerá enfermo de cáncer? Sobre todo esto decide un juego de dados. La estadística está presente en el momento de nuestra concepción, es ella quien sortea los conglomerados de genes que crean nuestros cuerpos, ella rifa nuestra muerte. De un encuentro con la mujer que amaré, de mi longevidad, de todo decide la normal distribución estadística. ¿Por qué no podría decidir si voy a ser inmortal? ¿Tal vez esto sea una atribución otorgada a alguien a ciegas, por casualidad? Y, puesto que no existen las series unívocas, puesto que la desesperación, la belleza, la alegría y la fealdad son obra de la estadística, puesto que la estadística es el forro de todo nuestro conocimiento, sólo existe el juego a ciegas, la eterna composición de unos modelos fortuitos. La infinita cantidad de Cosas se burla de nuestro amor al Orden. Buscad y encontraréis; siempre encontraréis finalmente si buscáis con el suficiente celo, ya que la estadística no excluye nada y todo lo hace posible, o mejor dicho, más o menos verosímil. La Historia, a su vez, es el cumplimiento de unos movimientos brownianos una danza estadística de los fragmentos que no dejan de soñar en un mundo temporal diferente...

—¿Quizá Dios exista sólo de vez en cuando? —dijo en voz baja el inspector. Inclinado hacia delante, con el rostro en la sombra, escuchaba lo que Gregory decía con tanta dificultad sin atreverse a mirarle.

—Tal vez —repuso con indiferencia Gregory—. Los intervalos en su existencia son muy largos, me parece.

Se levantó, se acercó a la pared y fijó la mirada ausente en una de las fotos.

—A lo mejor también nosotros... —dijo, vacilante— también nosotros existimos sólo de vez en cuando, es decir: a veces existimos menos, hay días que casi desaparecemos, nos disolvemos, después, con un repentino espasmo, un brusco esfuerzo, unificamos el hormigueo descompuesto de la memoria... por un día volvemos a existir...

El teniente interrumpió la frase. Al cabo de un momento, dijo con una voz diferente:

—Perdóneme. Hablando tanto, ni yo mismo sé adonde he llegado. Es suficiente... por hoy. Me voy a marchar.

—¿Tiene usted prisa?

Gregory miró a Sheppard, sorprendido.

—Prisa no tengo. Pero supongo que esta noche...

—¿Conoce los coches de Mailer?

—¿Los coches de Mailer?

—Sí, estos enormes camiones con neumáticos de balón, pintados a rayas doradas y rojas. Tiene usted que haberlos visto.

—Ah, esa empresa de transportes. «Mailer llega a todas partes» —recordó automáticamente el mensaje de los anuncios. ¿Por qué...?

Sin levantarse del sillón, Sheppard le tendió un periódico, indicándole una nota breve en el extremo inferior de la página. «Ayer —leyó Gregory— un camión de la firma Mailer Company sufrió un choque con un tren de mercancías cerca de Amber. El chófer, que irrumpió en un paso a nivel a pesar de la señal de advertencia, murió en el acto. No hubo víctimas entre el equipo del tren.»

Gregory, sin entender, miró al inspector, interrogante.

—Por supuesto, volvía sin carga a Timbridge Wells, donde Mailer tiene la base de unos cien camiones —dijo Sheppard—. Transportan productos alimenticios, principalmente carne y pescado en camiones frigoríficos. Viajan de noche para descargar la mercancía por la mañana. Salen muy tarde, con dos hombres a bordo, un conductor y un ayudante.

—Aquí se habla sólo del conductor —dijo lentamente Gregory, sin comprender lo más mínimo.

—Sí, porque al llegar a su destino, el conductor deja a su acompañante para que ayude a transportar la mercancía a los almacenes y vuelve después solo.

—El ayudante tuvo suerte —dijo Gregory sin un mayor interés.

—Desde luego. El trabajo de esos hombres es duro. Viajan haga buen o mal tiempo, por cuatro recorridos que recuerdan a una cruz: al norte, Bromley y Lovering; al este, Dover; al oeste, Horsham y Lewes, y al sur, Bringhton.

—¿Qué significa esto?

—Cada conductor tiene un horario. Viaja cada tercera o quinta noche; si las condiciones son difíciles, tiene un día libre suplementario. Este invierno no tuvieron mucha suerte. A principios de enero no hubo nieve, ¿recuerda usted? Las nevadas empezaron a partir del día 20; en febrero ya eran abundantes. Cuanto mayores dificultades tuvo el servicio de carreteras para despejarlas, tanto menor fue la media de velocidad de crucero de los camiones. De los sesenta kilómetros por hora al principio de enero, bajó a cuarenta en febrero. En marzo vinieron deshielos y heladas, así que la velocidad disminuyó en diez kilómetros más.

—¿Por qué me habla de esto...? —La voz de Gregory no parecía la misma. Se apoyó en el escritorio con las manos muy separadas, mirando al inspector. Éste le contestó con una mirada directa y preguntó tranquilamente:

—¿Ha conducido alguna vez en medio de una niebla densa?

—Sí, lo hice, qué...

—Sabe, pues, que es un trabajo agotador. Horas y horas tratando de ver a través de la niebla lechosa que flota delante del parabrisas. Hay quien abre la puerta y mira asomado fuera, pero de nada sirve. Se aprecia la anchura de la calzada sólo por intuición, la niebla dispersa la luz de los faros, finalmente no se sabe si se va hacia delante, de costado o hacia arriba; la niebla fluye, se mueve, los ojos se llenan de lágrimas de tanto esforzar la vista. Al cabo de algún tiempo se cae en un estado en que se ven las cosas más extrañas... unos cortejos de sombras, unas señales que vienen del fondo de la niebla, en la oscura cabina ya no se distingue nada, no se siente su propio cuerpo, el hombre cae en un estupor del cual le arranca sólo el miedo. Y así va, cubierto de sudor, en el monótono ronroneo del motor, adormilándose y despertando, sobrecogido. Es como una pesadilla. Imagine usted que desde años, desde hace mucho tiempo, brotan en su mente unas imágenes extrañas, unos extraños pensamientos que usted no se atrevería a contar a nadie, a confesar a nadie... tal vez ideas sobre el inverosímil mundo nuestro, tal vez sobre lo que se tendría que hacer a otra gente, en vida... o una vez muertos... En vela, de día, durante el trabajo, usted se da cuenta de que son delirios, fantasmagorías, los elimina como cada hombre normal. Pero esos fantasmas viven dentro de usted, se le presentan en sueños, se vuelven apremiantes. Usted aprende a ocultarlos, se cuida muy bien de que nadie los conozca, de que ningún tonto se entere de ellos, porque le podría tal vez perjudicar. Usted no puede diferenciarse de los demás. Luego usted consigue un trabajo un poco difícil, bien pagado, que exige que pase las noches en vela, una vela llena de intensa concentración. De noche, por los despoblados, conduce usted un enorme camión de ocho toneladas; tiene mucho tiempo para pensar, sobre todo cuando viaja con el camión vacío, solo, sin un compañero que le ayude a volver a la realidad trivial charlando de las ínfimas cosas banales que a otras personas les llenan la vida, mientras que usted... Y así viaja mucho tiempo, pasa el otoño, llega el invierno, se encuentra por primera vez con la niebla. Hace todo lo que puede para alejar a los fantasmas, para el coche, se apea, se frota la cara y la frente con la nieve y continúa el viaje. Pasa las

horas en una nube de algodón blanco, en la niebla lechosa que nunca acaba, en una infinita, líquida blancura, como si ya no existieran caminos normales, calles alumbradas, pueblos, casas. Está usted solo, le parece que para siempre, con su oscuro y torpe camión, usted mira desde su cabina negra y parpadea, se esfuerza en borrar algo que se le va imponiendo, cada vez con más fuerza, más apremio. Transcurre una hora, dos, quizá tres, hasta que llega el momento en el que aquello se vuelve irresistible, invencible, le embarga, se adueña de usted y ahora ya no se defiende, ya sabe bien lo que va a hacer, para el coche, baja...

—¡Qué está diciendo! —exclamó Gregory temblando.

—En la base trabajaban doscientos dieciocho conductores. Entre tanta gente siempre se puede hallar uno que es... un poco diferente. Que, digamos, no es completamente sano. ¿Qué opina usted de esto?

La voz de Sheppard no se alteró en ningún momento, hablaba acompasadamente, casi con monotonía, pero había en él algo despiadado.

—Lo que pasaba siempre en la segunda mitad de la noche, en los depósitos de unas pequeñas localidades provincianas, se diferenciaba en los detalles; sin embargo, permanecía un rasgo común, una regularidad que no podía ser planeada por un hombre, por ningún hombre. Nadie, ninguna mente, sería capaz de ello. Es lo que hemos afirmado, ¿verdad? Pero pudieron imponerle unas circunstancias exteriores. Primero: el horario de viajes. Segundo: el lugar de cada caso sucesivo se encontraba cada vez más lejos del centro. Timbridge Wells, la base de Mailer a la cual regresan los camiones vacíos en la segunda mitad de la noche, se encuentra muy cerca de nuestro «centro». ¿Por qué el lugar de cada caso sucesivo se encontraba cada vez más alejado de este «centro»? Porque la medida de la velocidad de los camiones iba disminuyendo, porque los conductores que partían de Timbridge Wells siempre a la misma hora alcanzaban cada vez más tarde el punto de destino, más tarde se ponían en camino de retorno, por tanto, cubrían en un tiempo igual un sector más corto de su recorrido.

—Pero ¿por qué el tiempo era igual? —exclamó Gregory.

—Porque la acción de la niebla, el origen de los fantasmas nocturnos, tenía que durar aproximadamente lo mismo: alrededor de dos horas. En el transcurso de estas dos horas, el camión recorrió la primera vez, sobre un buen camino, una distancia mayor que en la ocasión siguiente, etc. Por tanto, la segunda regularidad se manifestó como resultado de la creciente resistencia que la nieve ofrecía a las ruedas de los camiones. A su vez, la nieve obstruía el camino tanto más profundamente cuanto más baja era la temperatura; los motores tenían un menor rendimiento a temperaturas bajo cero, de ahí que el producto de la distancia del lugar del incidente desde el centro, y del tiempo entre dos incidentes, debe multiplicarse por la diferencia de las temperaturas, lo que nos da un valor constante. A medida que empeoran las condiciones del viaje, el encargado de Mailer da la salida a los camioneros en intervalos de tiempo crecientes. Y aunque durante las dos horas de camino en la niebla el conductor recorriera a cada viaje una distancia menor, el segundo factor, o sea el tiempo, contado en días, entre dos salidas, crecía proporcionalmente, por cuya causa el producto quedaba aproximadamente igual.

—Esto significa... un conductor, un paranoico... ¿Es así? Viajaba de noche, detenía el camión, robaba un cadáver, y después... ¿qué hacía con él?

—Al amanecer, cuando salía de la zona de la niebla, recobraba el conocimiento y volvía al mundo normal; se esforzaba entonces, por todos los medios por desprenderse de aquel vestigio de una noche de locura. Atravesaba un terreno tan grande, lleno de colinas, barrancos, malezas, ríos, arbustos... Le dominaba el miedo, no podía creer en lo que había hecho, tomaba la decisión de ir a un médico, pero temía perder el empleo; por tanto, cuando el encargado le indicaba la fecha del siguiente viaje, se sentaba al volante sin una palabra. Puesto que debía conocer de memoria la topografía del terreno, todos los caminos, encrucijadas, edificios, sabía bien dónde se encontraban los cementerios...

La mirada de Gregory se deslizó desde la cara del inspector al periódico.

—¿Es éste? —inquirió.

—Su locura debía ir en aumento —repuso lentamente Sheppard—. El recuerdo de los hechos, el temor de ser descubierto, la creciente desconfianza hacia todos, la morbosa interpretación de los chistes y observaciones inocentes de los compañeros, todo esto debía empeorar su estado, acrecentar la tensión en que vivía. Podemos suponer que volvía a la normalidad con mayor esfuerzo, que conducía peor, con una atención disminuida; podía fácilmente sufrir un accidente. Este accidente, por ejemplo...

Gregory se apartó de pronto del escritorio, se sentó en una silla situada debajo del estante de los libros y se pasó la mano por la cara.

—¿Era esto? —dijo—. Sí... Y la imitación de los milagros... ja, ja... ¿Y es ésta la verdad?

—No —contestó tranquilamente Sheppard—, pero podría serlo. O, mejor dicho, esto puede ser verdad.

—¿Qué me está diciendo? ¡Inspector, termine de jugar conmigo!

—No soy yo quien inventó este juego. Cálmese, Gregory. Entre seis casos, ¿me entiende?, entre los seis casos, este

conductor —golpeó el periódico con la mano— estuvo con toda certeza tres veces en el recorrido correspondiente. Esto significa que tres veces pasó en la segunda mitad de la noche junto a uno de los lugares donde desapareció un cadáver.

—¿Y en los otros...? —preguntó Gregory. Le estaba pasando algo extraño. Una repentina ola de alivio y esperanza le distendía el pecho, le parecía que respiraba mejor.

—¿En los otros casos? Pues... de uno, el de Lewes, no sabemos nada. En uno de ellos, en cambio, el conductor tiene... una coartada.

—¿Una coartada?

—Sí. No solamente no estuvo de servicio, sino que pasó tres días en Escocia. Está comprobado.

—¡Por lo tanto, no es él! —Gregory se levantó de la silla; tuvo que hacerlo. Bajo el impulso de su movimiento, el periódico se deslizó del borde de la mesa al suelo.

—No, no es él. Seguramente no, a menos que clasifiquemos este caso aparte.

El inspector miraba sin inmutarse a Gregory, cuya cara se contrajo en una mueca de ira.

—Pero, si no lo hacemos, si no *fue* Mailer, el chófer de Mailer, existen otros vehículos que circulan de noche, hay coches de correos, ambulancias, coches de los técnicos que van a arreglar una avería, trenes de cercanías, autocares... hay un sinfín de fenómenos que, por superposición, dan la regularidad que buscamos.

—¿Se está burlando de mí?

—De ninguna manera, yo trato de ayudarle.

—Gracias.

Gregory recogió el periódico del suelo.

—Aquel conductor era, mejor dicho, tenía que ser, un paranoico, un enfermo que actuaba en base a la ecuación: niebla por helada por locura... —miró a Sheppard con una extraña sonrisa en los labios.

—Y si tuviera en los casos restantes un recorrido diferente, por casualidad, por una casualidad, se convertiría en cabeza de turco...

Gregory se paseó por el cuarto sonriendo irónicamente.

—Tengo que saberlo —dijo—. ¡Ahora mismo... naturalmente!

Cogió el periódico y lo alisó.

—Falta la primera hoja, la de la fecha —observó Sheppard—, pero puedo decírsela. El periódico es de ayer.

—¡Ah!

—No, no he inventado todo esto en un abrir y cerrar de ojos. Todo lo que le he dicho se comprobó ayer, durante todo el día. Por la policía local y por Farquart, que fue en avión a Escocia, si le interesa saberlo.

—No, no, pero... querría saber por qué lo hizo usted.

—Al fin y al cabo... yo también trabajo en Scotland Yard —dijo Sheppard.

Gregory no parecía haber oído esta frase. Alterado, andaba por el despacho contemplando la fotografía del conductor.

—¿Sabe usted en qué estoy pensando...? ¡Sería realmente oportuno, muy, muy oportuno... extraordinariamente cómodo! El culpable existe, pero ha muerto. No se le puede indagar ni tomarle declaración... Es una solución muy humanitaria, se excluye un error de la justicia, nadie va a sufrir... ¿Usted sospechaba de él? ¿O solamente quería ajustar los elementos que tenía a su disposición, que nos obligaban a actuar para darle al caso una apariencia de coherencia, para cerrar el problema abierto por el simple sentido del orden? Es lo que me gustaría saber.

—No veo alternativa —dijo con desgana Sheppard. Parecía estar harto de la conversación; ya no miraba a Gregory, que se detuvo sobrecogido por una idea nueva.

—Se puede pensar también así —dijo—. Claro que sí. Lo sé, estoy convencido de que usted quería ayudarme. Hubo un momento en que no se podía hacer ya nada más, y ahora hay de nuevo unas posibilidades. Se puede socavar la coartada. O bien, excluir aquel único caso de la serie, tal vez otros también con él, y la investigación se moverá del punto muerto. ¡De todos modos, hay una oportunidad en esta enfermedad! ¡Una enfermedad puede explicar las más insólitas cosas, las visiones y los estigmas y aun... un milagro! Conoce usted seguramente los trabajos de Guggenheimer, Holpayy Wintershield. Estoy seguro de que los ha leído, aunque no los tengamos en nuestro archivo.

—¿Los psiquiatras? Han escrito varias obras. ¿A cuáles se refiere?

—A las que demostraban en base a un análisis del Evangelio, que Jesús estaba loco. En su tiempo hicieron mucho ruido. El análisis psiquiátrico de los textos que dio como resultado la hipótesis de la paranoia...

—Si me permite un consejo —intervino Sheppard—, haría bien renunciando a las analogías bíblicas, porque no conducen a ninguna parte. Se lo hubiera podido permitir, si acaso, al principio de la investigación, cuando unos granos de sal, para dar realce al problema, podían ser admirables..., pero ahora, en la parte de precisión de las pesquisas...

—¿Es eso lo que opina? —preguntó Gregory en voz baja.

—Eso mismo. Porque espero, estoy convencido de que no quiere usted parecerse al que clama en el desierto...

—¿Qué debo hacer, pues? —preguntó el teniente, acentuando ligeramente la actitud de obediencia. Erguido, miraba al anciano que se estaba levantando de su sillón.

—Tenemos que determinar unas directrices precisas para el futuro. Para el futuro inmediato. Le esperaré mañana por la mañana en el Yard.

—¿Cómo la vez anterior, a las diez?. —Una ligerísima nota divertida tembló en su voz.

—Sí. ¿Vendrá usted? —añadió en tono frívolo, sin insistir. Las miradas de los dos hombres se cruzaron.

Los labios de Gregory se estremecieron, pero no dijo nada. Retrocedió hasta la puerta, de espaldas a Sheppard, con la mano en el tirador; sentía sobre su persona la segura e inmutable mirada del inspector. Abriendo la puerta dijo por encima del hombro:

—Allí estaré.